

CARLOTA MANZANO

La culpa es de nuestros

Ex



CARLOTA MANZANO

La culpa
es de
nuestros
Ex

CARLOTA MANZANO

La culpa
es de
nuestros
Ex

Primera edición.

La culpa es de nuestros ex

Carlota Manzano

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

La culpa es de nuestros ex

Carlota Manzano

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



«Hace falta perder lo que no significa nada, para encontrar lo que lo significa todo... Difícil verlo en el instante en el que sucede hasta que no sientes y vibras con tal intensidad, que la perspectiva de lo conocido cambia, dándole un nuevo sentido a la vida cuando esta, hace todo lo posible para que suceda...»

Becca

Me paré frente al edificio mientras Nina, detrás de mí, hacía presión para que siguiera andando. No me moví pensando en dónde me iba a meter. Era sábado noche y cuando me llamó a primera hora de la tarde proponiéndome que tenía un planazo, el que nos iba a servir como un punto y aparte en nuestras vidas, según ella claro, ni por asomo imaginé algo parecido.

Me dio tanto la lata, que había accedido a ciegas, y en ese instante me estaba preguntado que hacía allí, o mejor, porque no salía corriendo en la dirección contraria al cartel que ya había leído varias veces sin salir del asombro, por lo que ponía.

—Espero que sea una broma. —Carraspeé señalándolo.

—No —respondió escueta y dejó evidencias de su diversión.

—Joder. Cuando has dejado caer en el restaurante al que hemos ido a cenar lo bien que nos lo íbamos a pasar... ¿en serio? —Me giré hacia ella, cruzando los brazos—. Yo no pienso entrar ahí —negué.

—¿Cómo qué no? Estamos incluidas en la lista de acceso, me ha costado el dinero, ¿eh?

—Eso es problema tuyo. Si me hubieras consultado antes te lo habrías ahorrado, al menos el mío. —Levanté una ceja.

—Va a ser divertido y nos vamos a desfogar —insistió.

—En ese letrero pone... —Señalé hacia él.

—«¿Quieres desligarte de la carga de tu ex? Esta es la ocasión ideal para ello. Un encuentro de personas con las mismas características que tú, dispuestas a todo para dejar el pasado atrás y pisado».

—Nina, que paso, de verdad. —Me froté la frente—. Qué carga, ni carga. Si la gente los menciona, si los recuerdan ahí dentro, los traerán de vuelta. —Bufé—. ¿Esa es la forma de dejar el pasado atrás? Un lumbreras es quien ha ideado esto.

—¿Y qué hay mejor para desahogarse que dejándolos en el pedestal que se merecen? ¿Eh? —Levantó las dos cejas.

—Ni que no me conocieras. —Puse los ojos en blanco—. ¿Tú me has visto a mí con ganas de eso? Si quieres entrar tú y dejar por los suelos a Pedro es cosa tuya, yo paso.

—A él, a Nando, a Miguel, a...

—Ya, he dicho Pedro porque ha sido el último. Deja la cuenta que entonces no cruzas la puerta, vas a necesitar toda la noche para nombrarlos —negué sonriendo.

2

—Tienes razón, ya lo haré dentro. —Rio—. Vamos. —Me agarró de la mano y tiró de mí.

—¿Cómo se supone que va esto? —La miré de reojo a la espera de que me contestara para pararme—. Como hay una charla general no les da tiempo ni a verme.

—¡Qué va! Es como una especie de fiesta. Hay bebida. Tenemos cuatro consumiciones que van incluidas con la entrada. —Levantó un dedo.

—Mira algo hacen bien porque para el tema del que se trata qué mínimo que esa cantidad, para empezar —negué.

—Ya te estás animando. —Aplaudió—. Si tengo que darte dos de las mías son tuyas.

—Tampoco te pases, a lo de animar, referente a lo otro ya veré si las necesito. Sigue.

—Pues eso, por las consumiciones no hay problema, que no se nos olvide recoger los tiques en la entrada. Supuestamente estaremos en una sala donde habrá música. La finalidad es que las personas ocupen las mesas que habrá repartidas y en ellas se irá sentando quien quiera para...

—¿Cómo?

—Pongo un ejemplo que se ve más fácil —asintió y tuve que contenerme por no reír al verla tan decidida y ¿entusiasmada?

—¡Ni que fuera algo difícil de entender! —me quejé.

—Da igual, tú escúchame. —Movié las manos en el aire—. Entramos, vamos a por una consumición y elegimos una mesa. Solo habrá dos sillas, la otra la puede ocupar cualquiera y entonces llega el momento de zasss. —Dio una palmada fuerte delante de mi cara.

—Eso significa que habrás aplastado a Pedro en décimas de segundo, ¿no? Por nombrar a uno. —Levanté las dos cejas.

—Exacto —rio y me uní a ella—, pero será en las dos direcciones.

—Madre mía. —Bufé.

—Si tú no quieres hablar piensa que vas a hacer una obra de caridad hacia los otros, escuchándolos, hasta puede que aconsejándolos.

—Como yo les hable, se echan a llorar —solté haciéndola reír.

—Utiliza la psicología.

^a—¿Tengo cara de psicóloga? Joder, yo quería tomarme algo tranquila o ir a algún lado a mover el esqueleto. ¡Qué es sábado! —me quejé.

—Va, ya verás que te lo vas a pasar bien. —Juntó las manos en una especie de súplica.

—Si hubiera algo cerca de aquí te esperaba fuera —solté un suspiro.

—Suerte que no lo hay, está todo cerrado —sonrió de forma exagerada.

—Una hora y es mucho. —Empecé a andar.

Soltó un grito por el que me reí mientras se ponía a mi lado, agarrándose de mi brazo, asintiendo. Pues a ver lo que nos encontrábamos, todo podía ser que el tiempo que le había dicho se redujera a pocos minutos. Entramos en el edificio y seguimos las indicaciones de los carteles que nos fuimos encontrando.

—¿Cómo te enteraste de esto? —Quise saber mirando alrededor.

—Me encontré un papelito de esos de publicidad en el parabrisas del coche. Me hizo gracia, llamé para informarme y reservé.

—Gracia. —La miré de reojo.

—Pues sí.

—¡No sé qué te ha llamado la atención! Recuerdas los nombres de tus ex por obra divina, nada más de ellos.

—No, si te parece... que les den. —Levantó un dedo dejando su postura más clara—. El tema es otro. —Se inclinó hacia mí.

—Acláramelo porque no lo veo —le pedí y más viendo la sonrisa pícaro que apareció en sus labios.

—Piensa en que todos los que van a asistir son ex. —Movié las cejas.

—¿Y?

—Coño, que no tienen pareja y la noche puede acabar por todo lo alto. Tú confía en mí que de aquí no salimos solas o, por lo menos, con algo encaminado.

Reí y con ganas por sus ideas o planes, porque decidida a ello estaba. Nos paramos a hacer cola al llegar a una fila interminable, sorprendiéndome por lo larga que era. Cuando tocó nuestro turno un hombre trajeado nos sonrió preguntando nuestros nombres, los que buscó y punteó en una lista que tenía, dándonos los tiques para las consumiciones.

—Suban a la primera planta. —Señaló hacia unas escaleras que quedaban en el lateral derecho—. No hay perdida porque accederán directamente a la fiesta.

—Perfecto —dijimos guardándonos los tiques.

Nos despedimos y seguimos su indicación.

—Ostras, qué ambientazo ¿no? —dijo Nina.

—Por lo visto los ex dominamos el mundo. —Reí.

1

Mejor tomármelo con humor. Ya me había mentalizado del cambio que había dado la noche y como estábamos allí, pues al menos gastaría las consumiciones y aguantaría el tipo hasta que bebiera la última, por no dejar sola a mi amiga.

Recorrimos la sala que era muy amplia, dirigiéndonos hacia la barra.

—Buenas noches, preciosas —nos sonrió el camarero que había detrás de ella.

Le correspondimos dándole los dos primeros tiques y nos sentamos en los taburetes cuando se puso a trabajar preparando nuestras bebidas. Observé a las personas que ocupaban la sala, tanto hombres como mujeres. Unos estaban conversando, haciendo corrillos, otros iban mirándolo todo sin saber hacia dónde dirigirse y los más decididos, ya estaban ocupando mesas a la espera de que alguien se animara a acompañarlos.

—Bien, ¿verdad? —Chocó su hombro contra el mío.

—Por ahora dejémoslo en soportable —negué.

—Ya verás como sales esta noche con el pensamiento de que he tenido la mejor idea del mundo.

—A mucho aspiras. —Reí mirando hacia la barra cuando el camarero llamó nuestra atención.

—Voy a hacerme con una mesa, haz lo mismo —me pidió con la copa en la mano.

—¿Ya? —Fruncí el gesto.

—Ahora hay libres. Si las ocupamos no nos tendremos que mover a no ser que queramos hacerlo. Como nos despistemos y no queden, seremos nosotras las que vayamos de unas a otras.

—Adelántate tú. —Me callé el decirle que lo último no iba a suceder, al menos por mi parte.

—Vale —respondió cantarina, alejándose.

Sonriendo al verla me tomé mi tiempo para beber con calma, sin moverme, e incluso acepté del camarero un bol con patatas chips, el que me ofreció haciéndome un guiño. Ni ganas tenía de salir de la barra en la que, si por mí fuera, pasaría la noche más que gustosa, pero cuando estaba apurando la bebida observé que la gente empezaba a dirigirse hacia las mesas y me dije que era ahora o nunca porque si me quedaba fuera, entonces sí que me iría negándome al propósito de esa reunión, fiesta o el nombre que le queráis poner.

Caminé entre ellas y elegí la más apartada, la que quedaba en una esquina cerca de la pared. Me quité la chaqueta vaquera y la colgué en la silla junto al bolso, sentándome con la esperanza de que nadie se acercara al haber muchas antes que la mía. El tiempo pasó y más feliz no pude ser porque mi intención al elegir había surtido efecto, hasta que me sobresalté al estar concentrada en el móvil pasando el rato.

—Buenas noches, mi nombre es César.

—Buenas noches, yo soy Becca. —Carraspeé sentándome recta.

Un hombre, ni idea la edad que podía tener porque era muy mala para hacer aproximaciones, y menos con el que

tenía delante que me miraba sonriente mientras se sentaba frente a mí, dejando su copa en la mesa. Tenía cara de jovencito.

—¿Quieres contarme tu experiencia? —Fue directo apoyándose en la mesa.

—Mierda —murmuré.

—¿Perdón? —Se inclinó hacia delante.

—Que empieces tú mejor. Eso he dicho —sonreí porque hasta me pareció tierno.

Animado a ello no tardó en relatar su experiencia mientras yo me mantenía atenta en todo momento, por el respeto que me dio que mostrara esa confianza conmigo. Podéis pensar que para eso estábamos allí, pero no siempre que te pones delante de alguien, sobre todo de un desconocido, dejas salir tus sentimientos de la misma manera.

—¡No me lo puedo creer! —Me incliné agarrando la mesa cuando terminó, con los ojos abiertos por la sorpresa—. ¿Te puso los cuernos con tu hermano? ¿En serio? ¿Con tu misma sangre? —Dejé los labios abiertos.

—Sí —soltó un suspiro bajando la vista hacia su bebida.

—Perdona, siento si he sonado...

—No te preocupes, es la reacción normal que me encuentro.

—¿Qué relación tienes con él desde entonces? Si te resulta incómodo o está fuera de lugar la pregunta, olvídale ¿vale? Es que...

—No te preocupes, me siento a gusto —asentí porque era recíproco—. ¿Qué ibas a decir? —sonrió triste.

—No sé, me das mucha ternura y viéndote así... todavía te afecta demasiado.

—Es que hace una semana —negó.

—Oh, joder. —Hice una mueca—. Sabes —carraspeé—, ninguno de los dos merece la pena por haberte hecho eso.

—Ya, no los puedo ni ver. Por suerte si mi madre no hace una reunión en su casa no coincidiré con él. —Se encogió de hombros.

—¿Puedo preguntarte que edad tienes?

—Veintinueve.

—Ostras, te hacía muchísimo más joven —dije divertida.

—Me suele ocurrir, pero no me considero mayor. —Rio.

—No he querido decir eso y menos con la imagen que das. Es impresionante, hubiera dicho que estabas rozando entre los diecinueve o veinte.

—Vaya, gracias —sonrió.

Me giré para llamar la atención del camarero porque necesitaba otra copa y no porque me sintiera agobiada. Asombrada estaba porque la presencia de ese hombre, que no jovencito, me estaba agradando y me sentía cómoda.

—¿Quieres otra bebida?

—Sí. —Giré para mirarlo.

—Pulsa ahí. —Hizo un gesto con la cabeza hacia un lateral de la mesa donde había un minúsculo botón que ni había visto.

—No me digas —dije haciéndolo, y reí al escuchar por un pequeño altavoz la voz de alguno de los camareros—. Qué moderno —comenté cuando hice mi pedido.

—Yo es la segunda vez que vengo a estas reuniones, la primera estuve igual que tú. —Rio y sonreí al verlo—. ¿Me explicas alguna de tus experiencias? —Se recostó en la silla.

—No hay mucho que contar. ¿Te digo un secreto? —Me incliné hacia delante.

—¿Cuál? —Hizo lo mismo.

—He llegado hasta aquí sin saber adónde me iba a meter. En contra de mi voluntad estoy —asentí varias veces.

»

—Lo que se resume en que no tienes intención de llevar a cabo el propósito de la reunión, ¿me equivoco?

—Para nada, ahí le has dado. —Reímos—. Pero como me has caído muy bien te diré... —Dejé salir el aire e hice una pausa cuando la camarera puso sobre la mesa mi bebida, a la que di un sorbo para continuar—. Encontrarte con una infidelidad es muy duro —dije acariciando la copa—. Confías en que la persona que tienes al lado, con la que lo compartes todo, nunca te va a fallar —negué haciendo una mueca—. Y cuando eso sucede se te viene el mundo encima por todas las expectativas que tenías y por todo el amor que queda destruido de una forma tan

radical. A veces cuesta demasiado asimilarlo.

—Lo sé —asintió apretando la mandíbula.

—Referente a mí fue por una tercera persona. Podría decir que, como tu caso, pero no. Siempre se comenta que la culpa no es de la que se inmiscuye al no tener ningún vínculo afectivo con otra, sino de la que está en una relación y no tiene lo que debe de tener para terminarla si no es feliz, haciendo el menos daño posible a quien ha compartido su vida a su lado. En tu caso esa teoría no sirve porque vale, ella estaba contigo, pero se tiró a alguien de tu sangre sabiendo el daño que te haría y la repercusión que tendría... y tu hermano, uf, a ese lo cogería por... —Retorcí las manos y a pesar del significado de mis palabras soltó una carcajada.

—Estoy de acuerdo. Por eso no quiero saber de ninguno de los dos durante el resto de mi vida. —Vació la copa en su garganta dejándola encima de la mesa más fuerte de lo normal—. ¿Y sabes qué es lo más increíble? Que ahora ella va detrás de mí arrepentida porque con mi hermano se acostó varias veces y si te he visto no me acuerdo.

—¡Qué fuerte! —Me llevé la mano a la frente sin entender el comportamiento—. Sobre lo primero, no lo puedes saber, por mucho que te lo repitas ahora —sonreí con cariño porque se daba a ello—. Por ella sí, pero él es tu hermano y el tema es más complicado. Solo el tiempo y las circunstancias serán los que marquen todo.

—Me ha gustado hablar contigo, Becca.

—Y a mí —asentí satisfecha—. Estoy segura de que llegará lo que te mereces.

—Gracias, lo mismo te digo.

—Conmigo dudo de que eso suceda. —Reí animada por el alcohol.

—Como acabas de decir, eso no lo puedes saber. —Acompañó con un guiño a sus palabras.

—No te voy a contradecir porque son palabras mías. —Hice una mueca haciéndolo reír.

—Un placer. —Se levantó—. Lo mismo vengo a ocupar otra vez esta silla.

—Igualmente. Aquí estaré a no ser que se me crucen los cables y deje a mi amiga sola. —Me encogí de hombros.

Riendo se apartó de mí y yo lo seguí con una sonrisa.

—Pues no ha estado tan mal —dije en voz alta pulsando otra vez el botón para llamar a la barra.

Iba a por la tercera copa y ya notaba los estragos del alcohol. Las risillas me salían por todo, no hacía falta que tuviera un motivo para ellas. Sorprendentemente me sentía a gusto, aunque todo el mérito se lo llevaba César por

lo agradable que había sido. Todo se había dado de manera natural en nuestra conversación.

Miré hacia las mesas, todas estaban ocupadas por dos personas y reí con ganas al llegar a la de Nina.

Superconcentrada, agarrándole las manos al hombre que tenía enfrente, asentía poniendo muecas según hablaba él. Cómo le iba el tema, si es que... no pude parar por el puntito que tenía encima, no necesitaba a nadie más para ello, hasta una mosca pasando frente a mis ojos sería motivo en ese instante para hacerlo con ganas.

No es que no estuviera acostumbrada a beber, con ello me refiero a vino durante las comidas o varias copas cuando se daba la ocasión, pero por lo visto en esa reunión los camareros se estaban esmerando, vete a saber por qué. Lo mismo por el mal trago que pasaría más de uno por el tema que se trataba. Las bebidas las hacían muy cargadas. Con los primeros sorbos había puesto muecas, pero una vez superados iba todo para dentro sin mostrar nada hacia el exterior. Faenita iba a tener para levantarme de la silla.

Girada en ella, observándolo todo, estaba de lo más divertida, hasta que escuché arrastrar la silla que hasta hacía poco había ocupado César. Miré hacia ella pensando que quien fuera se había sentado, el que por cierto no había visto acercarse. Error porque se mantenía de pie agarrándola y yo me quedé con los ojos puestos en la cinturilla del pantalón, o por esa zona, ya os hacéis una idea.

lo agradable que había sido. Todo se había dado de manera natural en nuestra conversación.

Miré hacia las mesas, todas estaban ocupadas por dos personas y reí con ganas al llegar a la de Nina. Superconcentrada, agarrándole las manos al hombre que tenía enfrente, asentía poniendo muecas según hablaba él. Cómo le iba el tema, si es que... no pude parar por el puntito que tenía encima, no necesitaba a nadie más para ello, hasta una mosca pasando frente a mis ojos sería motivo en ese instante para hacerlo con ganas.

No es que no estuviera acostumbrada a beber, con ello me refiero a vino durante las comidas o varias copas cuando se daba la ocasión, pero por lo visto en esa reunión los camareros se estaban esmerando, vete a saber por qué. Lo mismo por el mal trago que pasaría más de uno por el tema que se trataba. Las bebidas las hacían muy cargadas. Con los primeros sorbos había puesto muecas, pero una vez superados iba todo para dentro sin mostrar nada hacia el exterior. Faenita iba a tener para levantarme de la silla.

Girada en ella, observándolo todo, estaba de lo más divertida, hasta que escuché arrastrar la silla que hasta hacía poco había ocupado César. Miré hacia ella pensando que quien fuera se había sentado, el que por cierto no había visto acercarse. Error porque se mantenía de pie agarrándola y yo me quedé con los ojos puestos en la cinturilla del pantalón, o por esa zona, ya os hacéis una idea.

Capítulo 2



—¿Agradable a la vista? —habló.

—¿Perdón? —Levanté la cabeza con el gesto fruncido.

—Preguntaba si te estaba gustando...

—Ya sé lo que has dicho y el significado. —Entrecerré los ojos porque no necesitaba mucho más para saber que ese encuentro no iba a ser como el anterior. Intenté coordinar mi cabeza para centrarme.

—¿Entonces por qué lo has puesto como en duda? —siguió con el tema.

Lo observé más tiempo del normal porque al enemigo había que analizarlo a conciencia para saber cómo y cuándo contraatacar, otra cosa es que lo estuviera consiguiendo por las condiciones en las que estaba a esas alturas de la noche.

Sin mostrar ningún cambio en la expresión retiró la silla y la ocupó, quedándose sentado con la espada recostada. Lo que me quedó claro en mi análisis fue lo único en lo que no tenía que fijarme. Era muy atractivo, a pesar de tener marcadas las facciones duras en el rostro. Si el cuerpo a simple vista se apreciaba más que perfecto, sin ropa no quería ni imaginarlo.

—¿Qué mierda hago pensando en eso? —susurré y bufé.

—¿Decías? —volvió a hablar al no haberme escuchado.

—Para ti nada.

Lo dije con el propósito de que desapareciera de mi vista, para que se picara y se fuera. ¿Lo conseguí? Pues no, me descolocó ver sus labios ladearse sin dejar de observarme.

—Empieza tú —pidió.

—No pienso hablar contigo, no me has caído bien. —Me eché hacia atrás en la silla, como estaba él, dejándoselo claro porque por lo visto todavía no lo había pillado.

Esa vez sí conseguí algo, me refiero a que cambió la expresión. Pero no se fue, solo frunció el gesto por mi salida. No lo pude evitar, ¡cómo iba a hacerlo! El alcohol habló por mí con la reacción que tuve y más empeoré la suya al soltar una carcajada.

—No sé qué haces aquí en estas condiciones —dijo con voz fría y cortante.

—Lo que me da la gana. ¿Yo te lo he preguntado a ti? No, ¿verdad? Pues aplícate el cuento. Nadie te ha pedido que ocupes mi mesa —conseguí decir seria, todo un logro.

Para celebrarlo agarré la copa y bebí. Me tocó la moral sentir su desaprobación mientras lo hacía y más la vacié para dejar claro mi punto de vista.

—¿Esto es por lo mal que estás por tu ex? ¿Por eso te comportas así? —Quiso saber sin cambiar la expresión.

—¿Por ese? —Me sorprendí y eché el cuerpo hacia delante, cruzando los brazos encima de la mesa con la cabeza apoyada en ellos, sin poder parar de reír.

Cuando me calmé la levanté despacio, lo justo para poder mirar hacia él. Al comprobar que seguía con la misma apariencia me decidí a llevar a cabo lo único interesante, pulsar otra vez el botón de la barra para hacer mi último pedido porque tenía la copa casi vacía. Con la idea de salir de allí en cuanto me la bebiera para dar la noche por finalizada, esperé paciente cuando la voz del altavoz me pidió que le dijera qué quería.

—Otra copa de lo mismo, por fav... —No terminé, viendo sorprendida, cómo el hombre que tenía delante se inclinaba hacia la mesa y se tomaba la libertad de rectificarme.

—De eso nada —habló fuerte para que lo escuchara bien el camarero—. Traiga un refresco o agua.

—¿Qué dices? No —negué removiéndome en la silla.

—A esta mesa no va a llegar nada más que tenga alcohol. —Entrecerró los ojos.

—¡A ti qué más te da! —Solté un bufido—. No tienes decisión referente a mí, ni para aconsejarme.

—¿Entonces? ¿La copa, un refresco o agua? ¿Qué llevamos? —intervino el camarero.

—Tú elijes sobre las dos últimas opciones.

—La copa.

—No, un refresco. Hágame caso —insistió cabreándome.

—Marchando un refresco —fue lo último que dijo el camarero antes de cortar la comunicación, dejándome con la boca abierta al haberme ignorado.

—¿Quién te crees que eres? Voy perfectamente, aunque ni tendría que importarte. —Di un golpe en la mesa.

—Si estás así —me señaló y bajé la mirada hacia la dirección de su dedo, hacia mi pecho. Sonreí admirando la blusa que llevaba, era monísima—, no quiero ni pensar en cómo estarás si bebes algún grado más de alcohol.

—Esto es muyyyy fueerte —lo dije pensando en que lo había susurrado, pero mi percepción no estaba al cien por cien y mis palabras se escucharon perfectamente, en alto—. ¿Qué te importa? —Levanté la cabeza, cruzándome de brazos.

—No lo hace, pero estoy contribuyendo a hacer una buena labor contigo.

—El que está borracho eres tú. —Bufé—. Contribuir y labor dice. —Solté una carcajada—. Para que te enteres, puede que esté un poco perjudicada, según tú; según yo, solo estoy achispada. Tengo todo lo necesario activo para saber muy bien lo que hay e incluso para mandarte a la mierda, así de buenas a primeras, ¿qué te parece?

—Ya veo. —Se echó otra vez hacia atrás, repiqueteando la mesa con los dedos—. Si estás tan bien, responde: ¿cuál es la experiencia que te ha traído hasta aquí?

—Mi amiga —respondí antes de darme cuenta.

—¿Te has liado con ella y te ha dejado? Ya te vas soltando. —Ladeó un poco los labios.

—¿Qué dices! —Me asombré y reí, todo al mismo tiempo—. No tienes ni idea, como lo analices todo igual y saques tus conclusiones vas apañado —negué—. ¿Y a ti? —Ya que estábamos en esa situación... no porque me interesara saber nada de su vida, que quede claro, pero no iba a hablar yo sola, por poco que dijera.

—Tienes que seguir tú —negó.

—¿Y por qué tengo que hacerlo? —dije con voz ahogada.

—Porque te he invitado a la consumición. —Se quedó tan pancho.

—Perdona —apoyé el pecho en la mesa—, que yo sepa solo la has pedido, pasando por encima de mí, lo que tendría que preocuparte, aprovecho para decírtelo. Me has negado lo que quería. —Lo señalé—. Estaba gastando

el último tique que me quedaba.

—Me debes un favor.

—Estás peor de lo que parece. —Agrandé los ojos.

—Me trae sin cuidado lo que pienses, la realidad es esa. Primer favor pendiente que ya veré cómo me cobro.

—Sigue soñando. —Curvé los labios.

—Tengo los pies en la tierra, muy bien puestos.

—Venga valiente, hombre centrado. —Sonó a ironía, como pretendí—. Cuéntame algo de tus amantes. —Apoyé un codo en la mesa y la mejilla en la mano.

—No estoy aquí para eso. —Levantó una ceja.

—Vaya, tienes varias, no lo has negado. Seguro que vas dejando corazones rotos a cada paso que das. —Hice una mueca.

a

—Yo no he dicho eso, y, ni mucho menos sucede lo último. —Frunció el gesto.

—A veces no hace falta decirlo con claridad para saber a lo que atenerse —sonreí dejando más clara mi postura. Me daba igual si estaba en lo cierto o no porque me había tocado todo el conjunto para saltar sobre él—. Y esta reunión o como quieras llamarlo, es precisamente para eso. —Remarqué la última palabra.

—Un momento, a ver si consigo pillar por dónde vas. —Hizo una pausa—. ¿Qué narices es para ti una amante?

Me quedé con la contestación en la punta de la lengua cuando se acercó un camarero y dejó una limonada en el centro de la mesa. Arrugué la nariz al verla porque no me apetecía, sabiendo que no tenía posibilidad de pedirle que me la cambiara porque había abierto el botellín antes de llegar.

—Estoy esperando tu brillante respuesta. —Desvié la atención del refresco, buscando sus ojos.

—Es interesante que necesites aclaración. —Reí—. Toda aquella persona con la que te acuestas da igual el nombre que se le dé, aunque el significado real se contraponga con lo que se suele pensar cuando se escucha esa palabra, porque amante en sí, es quien ama algo o a alguien y como para ti entran en la ecuación todas a las que te habrás tirado en tu vida... Por cierto, todo tuyo. —Arrastré el botellín hacia él.

—¿Parejas incluidas? —Lo acercó hacia mí.

—Por supuesto —asentí devolviéndole el botellín.

—Ya te pillo. —Se tocó la barbilla, pensativo.

—Ya quisieras tú hacerlo. —Reí con ganas al ver su reacción—. Como veo que tienes que hacer un recuento grande —hice un gesto con la mano—, empezaré yo. —Por increíble que pareciera me animé. La culpa del alcohol, de eso no había duda.

—¿En serio? —Arrastró el botellín otra vez hacia mí.

Asentí y mientras relataba mi última experiencia, la que me había dejado más tocada de lo que aparentó al explicárselo, el botellín fue de uno a otro. Al final se lo plantaba encima de la cabeza y me quedaba más a gusto que todas las cosas.

—¿Te lo puedes creer? ¡Lo pillé con el miembro dentro! —Exclamé haciendo gestos, tantos hice, moviéndome en la silla, que me tambaleé y estuve a punto de caerme.

No sucedió y no porque yo reaccionara rápido porque no estaba para esas cositas, sino porque él lo hizo por mí. Se incorporó agarrándose fuerte de un brazo, quedándose ladeada apuntando hacia el suelo. Me estabilicé soltando un suspiro.

—Gracias —susurré porque lo que era, era.

—Continúa. —Le quitó importancia a ese dato o simplemente me ignoró ocupando otra vez su silla, pero como yo ya estaba centrada en lo mío...

—Joder, ¿qué mierda se hace en esas situaciones? Se me quedó una cara cuando lo sorprendí en plena faena, en el piso que compartíamos. Lo que tengo grabadito aquí —llevé un dedo a la cabeza— y me da un asquito.

»La mujer tenía casi treinta años más que él, detalle insignificante, pero lo detallo para que entiendas lo que viene ahora. —Levanté un dedo para que quedara más claro—. No me puse como lo hice porque ella tuviera esa edad, es algo que respeto al máximo, aunque lo más habitual es que te dejen por alguien más joven.

»Entonces... —Me quedé pensativa—. ¿Tendría que haberme puesto arrugas? Una mierda doble para él, en las dos posibilidades, porque lo más fuerte fue que eso mismo me sugirió y se quedó tan a gusto. ¡Increíble! —Al final tanto ir y venir el botellín, terminé agarrándolo y bebiendo un buen trago—. Que pasara por el quirófano par arrugarme la piel y entonces hablaríamos, soltó. Como si algunas de esas dos opciones fueran a ocurrir en la vida. —Reí.

—No me jodas que te dijo esa mierda. —Levantó una ceja.

—Como lo oyes, igualito a lo que sucedió. El que tiene que hacerse un retoque o entrar en el quirófano es él, a ver si le arreglan lo que tiene en la cabeza porque muy bien no está. —Bufé—. Si es lo que quiere que vaya a ello,

pero ¿meterme a mí de por medio? —Me señalé.

»No me sentí indignada y no me importó que estuviera con una mujer que superaba su edad, todo el derecho del mundo tiene ella. En el instante en el que los encontré me dio pena saber la prenda con la que se iba a quedar, por eso me animé a hablarle al verla desconcertada y apurada por la situación, dejando al otro fuera de la habitación, de los pelos casi lo saco. Hasta me lo agradeció porque la había engañado diciéndole que estaba soltero. —Puse los ojos en blanco.

»Salimos las dos conversando tan tranquilas y a él se le quedó una cara... —Reí—. Hoy en día todavía nos vemos de vez en cuando para tomar un café —sonreí porque había ganado una amiga que me hizo un gran favor sin saberlo, y perdido algo que no significó nada—. ¿Y a ti qué te pasó?

—La encontré follando dentro de mi coche.

—¡¡No!!! —Hice una “o” perfecta con los labios—. ¡Qué fuerte! Qué mínimo que lo hubiera hecho en el suyo. —Bufé—. No lo entiendo.

l

—¿El qué concretamente de lo que he dicho? Porque más claro no he podido ser. —Cogió el botellín y se lo llevó a los labios.

e

Medio lela me quedé cuando relamió con la lengua el borde, varias veces, con los ojos fijos en los míos. Terminó dando un trago y parpadeó seguido.

—¡Joder! Ha sido de anuncio televisivo. —Solté una carcajada doblándome en la silla y al menos él curvó los labios, algo era algo.

o

—Aclárame lo de antes —insistió cuando me calmé.

| —Me refería a que... ¿tú te has visto?

—Cada día desde que tengo uso de razón. —Levantó una ceja.

—Pues entonces sigo sin entenderlo y menos tu duda.

—Me estoy perdiendo sin moverme del sitio. —Se cruzó de brazos.

a

—Leches, que más bueno no puedes estar. Eres atractivo, un portento de hombre que hace girar las cabezas a su paso. Es más que evidente —dije de carrerilla.

Empecé envalentonada por el alcohol, pero en las últimas palabras fui perdiendo fuerza en la voz al ser consciente de lo que estaba diciendo.

r

Con expresión seria me observó con intensidad, echándose hacia atrás en la silla. En ese instante pensé que había

estropeado lo que parecía que se había enderezado y que se levantaría para alejarse como si el local se estuviera quemando por cómo me miraba, como si estuviera loca.

Pues anda que no estaba cuerda, vamos, de otra cosa me podían tachar, pero de eso, ni hablar. En mi día a día normal, sin los efectos de la bebida, en la vida habría dicho tan abiertamente lo que pensaba hacia un desconocido. Me removí en la silla al ver que no reaccionaba, pero eso cambió cuando levantó una ceja.

—No te lo voy a agradecer. —Volvió la voz fría y cortante.

Me quedé callada analizándolo otra vez. Tuve claro que había vuelto la arrogancia a él y hasta ahí llegué porque no estaba dispuesta a aguantar nada más, ni a alargar la situación.

—¿Alguien te lo ha pedido? —Fruncí el gesto dejándole claro que la tregua que nos habíamos dado se había terminado, no solo por parte de él—. Tú sabrás si tienes la educación suficiente para hacerlo y en qué momento sacarla. —Me levanté despacio, agarrándome a la mesa al sentir que se me iba la cabeza.

Una leche le iba a dar el gusto de mostrar el verdadero motivo por el que fue, por lo que hice que pareciera que simplemente me inclinaba para dejárselo más claro. Siguió todos mis movimientos.

—Diría que ha sido un placer —continué cuando tuve el control, más o menos, poniéndome la chaqueta vaquera—, pero no va a suceder.

Me colgué el bolso y le di la espalda, toda digna y centrando la vista en el suelo al ver cómo se movía bajo mis pies. Conseguí mi propósito, que no era otro que recorrer la distancia que había hasta la mesa de Nina. Cuando llegué a su lado estaba riendo junto a otro hombre diferente al que había visto anteriormente. Los dos se giraron hacia mí.

—Por tu madre, sácame de aquí. —Me agaché apoyando una mano en la mesa.

—Coño, ¿qué has hecho? —Agrandó los ojos levantándose despacio.

—¿A ti qué te parece? —Entrecerré los ojos.

—Vale, me callo. —Hizo el gesto cerrándose los labios—. Ha sido un placer, guapo. —Se dirigió hacia el hombre y bufé al escuchar esa palabra—. Tengo tu número, sabrás de mí. —Se despidió con un guiño, por lo que él asintió satisfecho.

Después de esperar a que se abrigara y de que me dejara apoyarme en su brazo, caminamos hacia la salida. Menuda odisea bajar las escaleras porque por cada escalón que había yo veía cuatro como mínimo.

—No veas la que llevas encima —dijo con una risilla Nina mientras yo iba colgada de su cuello para llegar al

final, con los ojos cerrados para que no se me fuera el cuerpo. De esa manera las bajamos.

—No me tires de la lengua que la liamos. —Bufé—. Solo necesito salir de aquí.

• Soltó una carcajada y me dejé guiar por ella, metiéndome en mi mundo, en uno en el que danzaba sin parar en contra de mi voluntad. Cuando sentí en la cara el cambio de temperatura del exterior, cogí varias bocanadas. Nina condujo mi coche mientras yo me adormecía en el trayecto. Terminamos la noche subiendo las dos a mi piso donde me ayudó a ponerme el pijama porque si por mí hubiese sido, me habría dejado caer tal cual estaba al sentir el cuerpo muy pesado y cansado.

Entre murmullos, cubierta por la colcha, le agradecí que lo hiciera. Lo último de lo que fui consciente fue de su beso en la cabeza y de un hasta mañana susurrado, poco más antes de dejarme envolver por la oscuridad.

final, con los ojos cerrados para que no se me fuera el cuerpo. De esa manera las bajamos.

—No me tires de la lengua que la liamos. —Bufé—. Solo necesito salir de aquí.

Soltó una carcajada y me dejé guiar por ella, metiéndome en mi mundo, en uno en el que danzaba sin parar en contra de mi voluntad. Cuando sentí en la cara el cambio de temperatura del exterior, cogí varias bocanadas. Nina condujo mi coche mientras yo me adormecía en el trayecto. Terminamos la noche subiendo las dos a mi piso donde me ayudó a ponerme el pijama porque si por mí hubiese sido, me habría dejado caer tal cual estaba al sentir el cuerpo muy pesado y cansado.

Entre murmullos, cubierta por la colcha, le agradecí que lo hiciera. Lo último de lo que fui consciente fue de su beso en la cabeza y de un hasta mañana susurrado, poco más antes de dejarme envolver por la oscuridad.

Capítulo 3



Enzo

—Hola guapo, ¿quieres saber mi experiencia? —Se sentó frente a mí un hombre y me atraganté con el trago que le estaba dando al refresco.

—Vete a la mierda. —Ladeé los labios provocando que soltara una carcajada.

Negué hacia Pablo. Era mi mejor amigo y lógicamente estábamos haciendo una broma entre nosotros. Después de cenar en su casa habíamos salido para empezar la noche de fiesta, pero nos tomamos una pausa accediendo a esa reunión. Cuando paseábamos por la calle y vimos el letrero, no se me ocurrió otra brillante idea que hacer algún que otro comentario sobre nuestras ex. Eso fue lo que motivó a Pablo para tirar de mí, metiéndome casi a la fuerza en el edificio.

Habíamos acabado en esa zona porque según él, había un local que estaba de moda. Ni rastro del bar de copas fantasma porque recorrimos varias calles sin resultado, hasta que le hice buscar el nombre en internet y le llovieron las amenazas por mi parte, las que se tomó a cachondeo. Lo que lo provocó fue que nos dimos cuenta de que el nombre de la calle a la que habíamos ido directos, en la que supuestamente tenía que estar, variaba a la correcta en una consonante y una vocal. Vamos que lo había interpretado como le había dado la gana provocando que nos dirigiéramos a la nada y yo me había dejado llevar confiando de que estaba informado. Allí era exactamente lo que había a esas horas, nada. Todo estaba cerrado y desierto, menos el edificio al que entramos.

Con la labia que tenía se cameló al hombre que estaba repartiendo tiques en la entrada, porque por lo visto las reservas se tenían que hacer por adelantado para asistir, para que estuvieras en la lista en la que terminó apuntándonos. Ni una mínima idea tuve en ese momento de lo que nos íbamos a encontrar cuando pagamos el pase.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido? —preguntó interesado.

—Como suponía. —Me encogí de hombros.

—Te he visto muy bien acompañado —comentó divertido.

—¿Has estado pendiente de mí en vez de hacerlo hacia la persona que tenías enfrente? —Levanté una ceja.

—Hombre, no me iba a perder el numerito que ha supuesto verte en tensión todo el rato. —Rio.

—He estado de lo más relajado —negué.

—A lo mejor me lo creo, tengo ojos en la cara.

—¿Nos vamos? —Me levanté porque ya había tenido suficiente experiencia.

—¿No quieres probar suerte con otra? —Me miró de reojo cuando se puso a mi lado.

No le contesté mientras caminábamos hacia la salida, dándole la respuesta. Sintiendo su observación en todo momento lo intenté ignorar.

—Deja de mirarme. —Primer aviso.

—Cuando me respondas.

^a —Poco hay que decir —comenté serio.

—¿No has profundizado con esa chica?

—¿Qué quieres que profundice? —Me paré a mitad de las escaleras, girándome hacia él con el gesto fruncido.

—En lo que has pensado no, por supuesto. —Rio—. Al menos no ahí dentro.

—¿Qué sabrás tú lo que ha pasado por mi mente? —Puse los ojos en blanco.

—Joder, pues yo con semejante mujer lo que tengo claro es lo que no se me habría ido de la cabeza. Que atino dirigirte hacia ella directamente, ¿eh? —continuó divertido.

—Lo he hecho al azar —me justifiqué mientras seguí bajando.

—Claro que sí y yo me lo trago. —Me dio una palmada en el hombro, apretándomelo.

—Ese no es mi problema. ¿Y tú qué? —Cambié la dirección de la conversación.

—Mientras tú has alargado el rato con la misma, a mí me ha dado tiempo a sentarme frente a cuatro —dijo satisfecho—. He aprovechado bien mis momentos, sobre todo con una de ellas.

—No sé dónde ves la finalidad de haber entrado. —Salimos a la calle y empezamos a caminar hacia mi coche.

—Joder, ha sido una buena experiencia. Ahora me dirás que no te lo has pasado bien.

—Pues qué quieres que te diga, escuchar las experiencias malas de la gente...

—Como una terapia.

—Seguro —negué—. Lo mismo sirve de algo recordar esas cosas cuando lo primordial es olvidarlo.

—¿Tú te has sincerado con ella?

—He dicho más de lo que creía en un principio. No sé el motivo por el que lo he hecho. —Bufé—. Una frase y ya es demasiado. Básicamente he estado intentando que no bebiera más, que no se cayera de la silla y escuchándola porque el alcohol le ha soltado la lengua. Dudo de que en otra situación hubiera obtenido el mismo resultado.

Abrí el coche y nos montamos para irnos en busca del bar de copas.

—Demasiada preocupación por tu parte. —Giré despacio hacia él.

—La que tendría con cualquiera en la misma situación —aclaré.

—No digo lo contrario, pero no deja de ser interesante y más al haberte visto en acción.

—Busca la dirección y pon el GPS, no controlo dónde tenemos que ir. Solo a ti se te ocurre hacerlo de refilón y autoconvencerte de una zona, sin asegurarte de que estás en lo correcto. —Me referí al local al que queríamos ir desde el principio.

—Ya sé por dónde está.

—Búscalo porque como falles otra vez te llevo a casa.

Divertido lo hizo porque sabía perfectamente que sería lo que sucedería. Empecé a circular siguiendo las indicaciones y cuando llegamos, encontrándolo sin ningún incidente, busqué aparcamiento, lo que me llevó bastante tiempo porque allí sí que había mucho movimiento.

La noche acabó bien. Nos tomamos varias copas, rodeados de la música que era tendencia. Eso al principio, porque conforme avanzó, fuimos cuatro en vez de dos. Entablamos conversación con dos chicas, hubo

acercamientos que auguraron que acabaríamos mejor de lo que íbamos buscando, hasta terminar la fiesta dejando a Pablo en su casa, junto a una de ellas, la que había estado todo el rato encima de él, literalmente.

Lo mismo hice yo dirigiéndome hacia la mía, en la que nada más entrar ni me dio tiempo a ofrecerle algo. Nuestras ropas salieron volando y como era a lo que íbamos, lo que estábamos esperando, sucedió sin más. Después de dos sesiones de sexo la despedí en la puerta al haberse negado a que la llevara hasta su casa, lo que sí hice fue avisar a un taxi que esperaba fuera cuando se fue.

Más que satisfecho cerré y me dirigí hacia mi habitación apagando las luces, yendo directo hacia la ducha porque era lo único que me faltaba para dormir como un bebé. Solté un suspiro al tumbarme en la cama, tapándome la cara con un brazo.

Lo que había sucedido había sido en el salón y en una habitación pequeña donde tenía una cama, de la que quitarí las sábanas al día siguiente.

—Al fin de cuentas no hay ido tan mal —murmuré adormecido.



—¿Cómo va hijo? —Me abrazó Andrés, gesto que le correspondí.

—Muy liado, pero bien —sonreí cuando nos separamos.

—Dame cinco minutos. He recibido una llamada y me he retrasado.

—Tranquilo, no hay prisa —dije metiéndome las manos en los bolsillos del pantalón vaquero.

Asintió y desapareció rápido en el interior de la casa. Andrés no era mi padre, aunque su recibimiento os haya hecho pensar que sí. Era mi tío, hermano de mi madre y un pilar fundamental durante toda mi vida. Estaba muy unido a él desde bien pequeño y hacíamos una piña junto a mis padres. No había momento compartido, bueno o malo, en el que su presencia no estuviera junto a nosotros.

Era domingo y había aprovechado para llamarlo. Me apetecía verlo y, sobre todo, hacerle compañía porque mis padres estaban de viaje y no tenía pareja desde hacía muchos años.

Caminé hacia la cristalera y la abrí, saliendo para que me diera el sol. El día mejor no podía estar y para aprovecharlo le había propuesto ir a desayunar fuera y lo que surgiera. El entusiasmo con el que aceptó la propuesta me hizo sonreír.

—Ya estoy, han sido menos de cinco. —Me giré hacia él, viéndolo sonriente.

—Perfecto, pues vamos —asentí.

—¿Cómo va el trabajo?

—Como siempre, muy liado y a la espera de nuevos cambios —comenté mientras salíamos de la casa.

—Ponme al día anda, que si no fuera por tus padres últimamente no sabría de ti.

—Lo siento, me dejo absorber mucho —negué porque tenía razón.

—No pasa nada, hijo, es lo que toca. —Me apretó un hombro.

^aUna vez subimos a mi coche le expliqué cómo iba mi día a día, detallándole todo. Recibí alguna reacción de desaprobación por su parte, por el hecho de las horas a las que solía llegar a casa.

—¿Y qué hay de Pablo y Mateo? Cuando los vea les habrá salido barba —dijo divertido haciendo referencia al tiempo que hacía que no coincidía con ellos.

—Eso hace mucho que sucedió. —Reí—. En la línea de siempre. —Me encogí de hombros empezando a circular—. A Mateo hace varias semanas que no lo vemos, está de viaje, volverá en un par de días. Todo le va bien y después de la inversión que hizo está más que satisfecho con los resultados que está teniendo.

—Me alegro —dijo satisfecho.

—Y Pablo...

—Cada vez que lo dejas para el último tiemblo. —Rio contagiándome.

—No es para menos, tiene unas ideas... —Puse los ojos en blanco—. Pero así lo conocí cuando tenía seis años y ya no hay posibilidad de devolverlo —dije con guasa.

—Toda una vida, hijo. No sabes cómo me alegro de que continuéis los tres tan unidos.

—Como digo, ya no hay devolución por parte de ninguno de los tres —sonreí rememorando durante unos segundos, imágenes que me llegaron de todos los años que llevábamos de amistad.

—A ver, cuéntame de él.

—Le va bien con la tienda de informática —asentí—. Por esa parte está muy centrado.

—Ya me imagino en lo que no lo está. —Lo miré de reojo y reí al verlo con los ojos en blanco.

—No sabes lo último que se le ocurrió. Bueno, después de todas las cosas que se le vienen a la cabeza esa se quedó en nada, la verdad —negué y continué al verlo expectante—. Hace dos semanas salimos para ir a un local que está de moda, pues no miró bien la dirección y acabamos en la otra punta de la ciudad.

—Como si no lo conocieras. —Rio.

—Ya, pero eso fue lo mínimo. —Bufé—. En la zona en la que acabamos estaba todo cerrado, menos una cosa. —Paré el coche cuando estacioné, quitando la llave del contacto.

—Fuera lo que fuera acabasteis dentro —aseguró saliendo del coche.

—Eso estaba claro desde el principio. —Lo miré divertido—. A lo que me refiero es que nos dimos de frente con una reunión de exparejas.

—Joder, me siento más viejo de lo que soy. ¿Eso qué es?

—Un sitio donde entablar relación con personas que van a desahogarse de sus malas experiencias. No te sientas así porque yo ni sabía que existían. —Me encogí de hombros—. Al menos cuando salimos de allí la noche fue a mejor.

Llegamos a la terraza de una cafetería y nos sentamos en una mesa, para disfrutar de la temperatura. La conversación continuó relatándole por encima lo que sucedió esa noche, haciendo una pausa cuando un camarero se acercó para tomarnos nota.

Desayunamos con calma, hablando de mis padres y de lo bien que se lo estaban pasando. Me enseñó las fotos que le habían enviado, las mismas que yo había recibido, pero me callé al verlo ilusionado hablando de cada detalle de ellas.

Después de hacerme un resumen de su día a día, con otros cafés en la mesa al habernos terminado la primera ronda, nos quedamos en silencio. Recostados en las sillas, con las cabezas hacia arriba sintiendo el sol en la cara, así estuvimos durante un tiempo. Hasta que mi tío lo interrumpió...

—Hombre, Manuel. —Lo escuché hablar y me senté más recto, pero dejando los ojos cerrados y ocultos por las gafas de sol para adaptar el enfoque de la vista.

—Hola —respondió otro hombre, alegre.

Poco tiempo tardé en abrirlos y cuando lo hice me quedé estático al ver a quién tenía delante. Suerte de las gafas que ocultaron la sorpresa que me llevé.

Mi tío empezó a hablar animado con el hombre y la mujer que lo acompañaba, la que supe que se llamaba María al nombrarla varias veces. Tuve claro que se conocían de hacía tiempo por la familiaridad en la que se trataban y el cariño que mostraban los tres. Varias risas, varios tenemos que vernos más a menudo, muchos cuando queráis por parte de mi tío porque tanto ella como él insistieron bastante en ello.

Todo esto que os cuento estaba perfecto, todo, menos la presencia de otra mujer que estaba muy cerca de los tres y se había mantenido al margen, sin ni quiera prestar atención a la conversación al tener los ojos puestos en mí.

Si yo estaba sorprendido ella estaba en otro nivel superior al mío, ya os lo digo. Lo único que había conseguido hacer es cerrar la boca porque se le había abierto al verme. Increíble, pero tenía delante de mí a la chica con la que estuve hablando en la reunión de los ex, hacia la que me dirigí sentándome en su mesa.

Mis labios se curvaron, despacio, al ver que no sabía dónde meterse en ese instante. Consiguió desviar la vista de mí y se centró en los que tenía al lado. Justo en ese instante supe qué era ella para el resto y su nombre, porque no tenía ni idea de él al no habernos presentado en el acercamiento que tuvimos aquella noche.

—Becca, ¡cuánto tiempo! Sé por tus padres —le apretó un hombro al tal Manuel— que todo te va muy bien. —La miró con cariño mi tío.

—Eh. —Le costó reaccionar—. Sí, Andrés, hace bastante —le sonrió y no me perdí ninguno de sus movimientos ni gestos—. Así es, no me puedo quejar. —Carraspeó provocando que mis labios se curvaran más.

—Perdonad, él es mi sobrino, Enzo. —Se giró hacia mí.

Me levanté lentamente siendo consciente de la mirada de reojo de Becca, motivo por el bajé la cabeza y la observé por encima de las gafas. Su reacción fue ponerse tensa cuando me acerqué a ellos.

—Cómo pasan los años, muchacho. La última fotografía que vi de ti fue la de la graduación en la universidad —sonrió Manuel.

—Pues sí, ha llovido mucho desde entonces —asentí devolviéndole el abrazo que me dio, saludándolo.

Lo mismo hice con su mujer, María, y claro, tocó el turno de acercarme a la que estaba intentado evitarme de todas las formas posibles sin hacerlo notar. Me puse delante de ella, esa vez serio. Recorrí todas sus facciones a corta distancia, más de lo que había tenido oportunidad de hacer, protegido por la privacidad que me daban las gafas al tener los cristales oscuros por completo.

—Es nuestra hija Becca. —Me la presentó su madre con toda la simpatía que le faltaba a su retoño.

—Encantado, Becca. —Pronuncié su nombre, alargándolo.

Di un paso hacia delante con la intención de darle un beso, como había hecho con el resto, pero me quedé solo en eso porque alargó rápido la mano, ofreciéndomela.

Levanté una ceja lo que distinguió por las arrugas de mi frente y se la acepté para no hacer un feo a sus padres.

—No vas a decir encantada —solté inclinándome hacia ella.

Retrocedió el cuerpo, que no los pies, agrandando los ojos al verme demasiado cerca.

—No sé por qué voy a decir eso, se da por hecho —susurró tirando de su mano disimuladamente, intentando soltarse.

No lo consiguió y más curvé los labios al ver la cara que se le quedó cuando se la moví de arriba abajo con fuerza y con energía.

—Esta juventud, ellos se entenderán con sus modas —dijo su padre provocando que los tres que estaban siendo espectadores directos terminaran riendo.

Hice presión hacia mí de su mano en cuanto sentí que no éramos el punto de atención y volvían a reanudar la conversación. Bajé la mirada hacia su garganta, al verla tragar. Era evidente que estaba nerviosa.

—Ahora podría decirte algo parecido a lo que me soltaste borracha —susurré para que nadie me escuchara—. Por cierto, muy impertinente fuiste.

—¿Qué dices? —consiguió hablar, parpadeando rápido.

—Como fue... ah, sí, ya me acuerdo. —Me quité las gafas con la mano que tenía libre, dejándome ver por completo—. Lo de que, tú sabrás si tienes la educación suficiente para hacerlo y en qué momento sacarla. No se habla de lo que no se lleva a cabo, Becca. —Volví a alargar su nombre.

—Lo dice el impertinente número uno —siseó—. Suéltame ¿cuánto te duran a ti los saludos? —murmuró molesta por mi apreciación.

—El tiempo que crea conveniente. —Levanté una ceja.

—Los muchachos ni se han enterado. —Escuchamos la voz de mi tío, demasiado divertido para mi gusto en ese instante.

La solté de golpe porque no era plan de seguir con la misma estrategia delante de ellos. Quería que siguieran pensando que era la primera vez que nos veíamos, por lo que la dejé de lado y me centré en él.

—Pues no, la verdad —confirmé.

—Estábamos diciendo que vamos a ir a nuestra casa a comer, todos —dijo María mostrando felicidad, emocionada.

—¿Cómo? —Se atragantó Becca y me coloqué otra vez las gafas para hacer lo que quería, mirarla de reojo.

—Hija, hace mucho que lo estamos aplazando —intervino extrañado su padre, Manuel—. Si no es por una cosa e: por otra y solo nos vemos por cortos espacios de tiempo.

—Lo siento —se disculpó apurada, centrándose en mi tío.

Bien supo que su reacción no sonó bien de cara a él, en este caso a nosotros. Tuve dos cosas seguras, la primera que no le importaba la presencia de mi tío y estaría encantada de estar con él en su casa, lo segundo, que en su cabeza yo no entraba en ello y quería borrarle del mapa para que me extinguiera.

—Discúlpame, Andrés, no he querido ser grosera. Hoy no tengo buen día. —Carraspeó—. Será un placer, me alegro por vosotros —sonrió.

—No quisiera... —Empezó a decir mi tío, dudando.

—Ni lo digas, he tenido una reacción tonta y sin pensar, de verdad. —Se acercó a él y lo abrazó sin perder la sonrisa.

—Está bien. —Le devolvió el gesto él, asintiendo cuando se separaron—. Hijo. —Miró sobre su hombro en mi dirección—. ¿Te parece bien? Igualmente íbamos a comer juntos.

—Me parece —acepté rápido y sin dudar, asintiendo.

Intenté no soltar una carcajada al ver el cuerpo de Becca ponerse más recto de lo normal al escucharme. «Si te piensas que te vas a librar de esta, no me conoces», fue lo que pensé. Ni puñetera idea de porqué acepté, bueno, la invitación sí, claro, solo con ver la alegría de mi tío y de sus amigos ya era motivo para ello. Lo que me chocó fue el interés que había despertado en mí la situación, buscando pinchar lo más que pudiera a una sola persona.

—Pues no, la verdad —confirmé.

—Estábamos diciendo que vamos a ir a nuestra casa a comer, todos —dijo María mostrando felicidad, emocionada.

—¿Cómo? —Se atragantó Becca y me coloqué otra vez las gafas para hacer lo que quería, mirarla de reojo.

—Hija, hace mucho que lo estamos aplazando —intervino extrañado su padre, Manuel—. Si no es por una cosa es por otra y solo nos vemos por cortos espacios de tiempo.

—Lo siento —se disculpó apurada, centrándose en mi tío.

Bien supo que su reacción no sonó bien de cara a él, en este caso a nosotros. Tuve dos cosas seguras, la primera que no le importaba la presencia de mi tío y estaría encantada de estar con él en su casa, lo segundo, que en su cabeza yo no entraba en ello y quería borrarle del mapa para que me extinguiera.

—Discúlpame, Andrés, no he querido ser grosera. Hoy no tengo buen día. —Carraspeó—. Será un placer, me alegro por vosotros —sonrió.

—No quisiera... —Empezó a decir mi tío, dudando.

—Ni lo digas, he tenido una reacción tonta y sin pensar, de verdad. —Se acercó a él y lo abrazó sin perder la sonrisa.

—Está bien. —Le devolvió el gesto él, asintiendo cuando se separaron—. Hijo. —Miró sobre su hombro en mi dirección—. ¿Te parece bien? Igualmente íbamos a comer juntos.

—Me parece —acepté rápido y sin dudar, asintiendo.

Intenté no soltar una carcajada al ver el cuerpo de Becca ponerse más recto de lo normal al escucharme. «Si te piensas que te vas a librar de esta, no me conoces», fue lo que pensé. Ni puñetera idea de porqué acepté, bueno, la invitación sí, claro, solo con ver la alegría de mi tío y de sus amigos ya era motivo para ello. Lo que me chocó fue el interés que había despertado en mí la situación, buscando pinchar lo más que pudiera a una sola persona.

Capítulo 4



Becca

Mierda y más mierda, jolines. Eso me estaba repitiendo en bucle desde que había reconocido al hombre que estaba sentado en una mesa, junto al amigo de mis padres. Y tanto que lo hice porque por mucho que me subiera la bebida aquella noche tenía todos los recuerdos claros e intactos. Al verlo no tuve duda, a pesar de que llevaba unas gafas de sol puestas.

Al ser domingo, había ido desde bien temprano a visitar a mis padres para desayunar con ellos. Era el día que aprovechábamos para estar los tres juntos, aunque algunos no coincidiéramos, pero por normal general, terminábamos la semana reuniéndonos. Caminando tranquila junto a ellos, conversando, si no hubiera sido porque habíamos escuchado en alto el nombre de mi padre no nos habríamos parado, siguiendo de largo de la terraza de la cafetería. Ni me habría fijado en la presencia que estaba sentada en ella, al no estar pendiente.

A media mañana decidimos salir un poco por el buen día que hacía. A mala hora los había acompañado y no me había quedado en la casa para esperarlos porque estaba segura de que, si yo no hubiera estado, el sobrino de Andrés, Enzo, no se habría apuntado a la invitación.

Me cagaba en todo, no me iba a salir caro el haber asistido a la dichosa reunión. En mi casa, joder, en mi propia casa iba a estar. Bueno en la de mis padres, pero ya me entendéis. Pues sí y no había marcha atrás a no ser que él la diera, de lo que no parecía tener intención por lo rápido que había aceptado la propuesta.

No sería yo la que dijera algo más al respecto, aunque me fastidiara y me consumiera tragándome todo lo que sentía. Bastante mal me había quedado por la reacción que había tenido frente a Andrés. Si el hombre supiera el motivo por el que había sido en realidad... su nombre salía en muchas conversaciones de mis padres, era consciente del cariño y amistad que le tenían. Yo hacía mucho tiempo que no lo veía porque, o se daba la coincidencia en que sucediera los domingos o rara sería la posibilidad, porque me movía por otra zona.

Mi piso estaba hacia el lado opuesto de la ciudad, a bastante distancia de donde vivían mis padres. Me establecí allí porque estaba cerca de mi trabajo, ese fue el motivo principal por el que me fui a vivir a la otra punta.

—Joder, tuve que encontrármelo en la única noche que se me soltó la lengua —murmuré cabreada conmigo misma, por el pequeño detalle, insignificante, de haberle explicado mi experiencia.

—¿Me has dicho algo? —Escuché su voz y moví la cabeza hacia él al haber estado mirando hacia otra dirección.

Parado a unos pasos por delante de mí me observaba mientras el resto seguía avanzando. Me había quedado a propósito más retrasada, intentando digerir la situación y mentalizándome para lo que estaba a punto de suceder.

Entrecerré los ojos, poco faltó para que de ellos me salieran rayos dirigidos hacia su cuerpo. Con la expresión tensa, así se mostraba, pero no porque estuviera serio, nooo, fue porque estaba intentando no reír.

—Ni me hables. —Pasé por su lado.

a—Mmm... qué educación, sí señor —soltó con guasa.

—Doy lo que recibo desde el principio —siseé aumentando el nivel de cabreo.

—Auch, encima rencorosa. Qué de virtudes tienes. —Se puso a mi lado, demasiado cerca, para mi gusto.

—No hay más acera para caminar ¿o qué?

,

a—Es evidente que sí, pero yo elijo por dónde voy.

—Pues ve junto a tu tío —susurré.

—Estoy bien aquí, es más divertido. —Me paré fulminándolo con la mirada—. Me has sorprendido.

—Si piensas que te voy a preguntar... como si me importara. —Volví a andar, cogiendo un ritmo más rápido sin obtener el resultado que quería.

—Da igual, fíjate, te lo voy a aclarar. Hoy estoy parlanchín.

—Pues dirígete a cualquier persona o cosa, menos a mí. —Bufé.

—Como decía —carraspeó ignorándome—, estoy sorprendido porque me has reconocido. Con lo mal que estabas aquella noche...

—¿Qué sabrás tú si estaba mal o no? —dije sin dejar de mirar hacia el frente, a las espaldas de mis padres y de Andrés— Iba perfectamente, contentilla, pero perfectamente. Creo recordar que hasta insinué que te podía manda a la mierda. Fíjate —repetí la misma palabra que había utilizado él, con retintín— que si en las condiciones en las que estaba podía hacerlo, no te digo ahora mismo.

—No me queda claro... ¿Quieres mandarme a la mierda? ¿O te quedaste con las ganas la otra noche?

—Cállate porque voy acumulando y te voy a enviar a otro lugar peor y mucho más cálido—siseé acelerando el paso—. ¡Quieres dejarme! —dije frenándome de golpe al notar que volvía a seguirme de cerca, con la seguridad y la tranquilidad de que ya no nos podían ver ni escuchar porque tanto mis padres como Andrés, acababan de entrar en la casa y habían dejado la puerta entornada para que lo hiciéramos nosotros.

—Siento decirte que eso no va a suceder. —Se inclinó con los labios curvados.

—Que te quede clara una cosita —dije apoyando un dedo sobre su pecho, señalándolo—, tengo mucha educación por ello me he callado y voy a seguir haciéndolo frente a las tres personas que están ilusionadas por lo que se va a dar hoy.

»Si encuentras fallos en mí, date el mérito tú porque solo va dirigido hacia ti. Fuiste el primero en ser impertinente y donde las dan, las toman. Voy a soportarte, punto, hasta ahí llega mi grado de educación con tu presencia. Si me ignoras todo saldrá bien, sino lo haces, atente a las consecuencias.

—¿Qué harías? Me has creado curiosidad. —Me agarró de la mano y pensé que era para apartarla de su cuerpo.

Error porque la rodeó e hizo presión sobre ella. Bajé la mirada hacia su gesto, quedándome desconcertada por unos instantes.

—Dime, Becca, ¿qué consecuencias serían esas?

—Pensándolas te quedas, ya te las irás encontrando —murmuré soltándome.

Le di la espalda y aceleré el paso para llegar a la casa, lo que no tardé en hacer porque puse el turbo. Una vez dentro sonreí hacia Andrés y mi padre que estaban sentados en el sofá, diciéndoles que enseguida me unía a ellos dirigiéndome hacia el pasillo. De cabeza hacia mi habitación fui, para encerrarme en ella y hacerme la despistada hasta que no tuviera más remedio que salir al salón.

A pesar de hacer años que ya no vivía allí, mi habitación seguía estando como la dejé. Cerré la puerta y caminé por ella sin poder parar de moverme.

—Manda narices. —Bufé varias veces.

Me quité la chaqueta vaquera dejándola encima de la cama junto al bolso y busqué dentro de él el móvil.

r —No te lo vas a creer —hablé rápido cuando Nina descolgó.

—A estas alturas de mi vida me creo cualquier cosa. —Rio, obteniendo un bufido de mi parte—. ¿Qué te pasa?

¿No has ido a ver a tus padres? ¡No me digas que en el camino el coche te ha dejado tirada! —exclamó.

—Todo. Sí. No —respondí rápido dejándome caer sentada en la cama.

—¿Cómo? Joder, espera que pienso lo que te he preguntado y el orden en el que lo he hecho.

—Me pasa de todo. Sí, he venido a pasar el día con mis padres. Y no, el coche va perfecto, no llames al mal tiempo —aclaré.

—Ah —dijo pensativa—. Estoy esperando, por si no lo has notado —dijo subiendo el tono—. ¿Qué pasa con lo primero?

—¿Qué pasa? Todooo —dije alterada, repitiéndome.

Me callé mirando hacia la puerta al escuchar ruido fuera, nerviosa porque llamaran y no tuviera más remedio que salir del encierro. Con un suspiro de alivio al no suceder nada y volver el silencio, me centré en Nina.

—Tierra llamando a Becca, ni, no, ni, no....

—¿Qué dices?

—Joder, que te he hablado varias veces y me has ignorado —se quejó.

—Estoy en una encerrona —susurré al escuchar voces fuera.

—¿Qué dices? ¿Qué te pasa hoy? Joder, que la cuerda eres tú. Me estás quitando mi puesto y a lo grande.

—Calla y escucha. —Me resbalé por la cama hasta quedarme sentada en el suelo.

—Lo primero, sabes que es imposible y lo segundo, es lo que estoy haciendo desde el principio, pero no hay manera de que te entienda, chica.

—A media mañana he salido con mis padres a dar un paseo...

—Ah, muy bien ¿no? —me interrumpió pensativa.

—Pues sí —solté un suspiro—. ¿A qué no sabes con lo que me he encontrado cuando volvíamos para la casa? ¿Eh? ¿Eh?

—Pues como no me digas que a un extraterrestre, porque sería lo único que podía dar lógica a cómo estás.

—Dios mío has acertado. —Me tapé la boca evitando soltar una carcajada al imaginarme a Enzo con unas características muy específicas, vamos las que me había creado desde la infancia con relación a ese tema.

—Coño —gritó—. ¿Qué me estás contando? ¿Así? ¿De buenas a primeras? ¿Y cómo era? Porque si fuera como los humanos habría pasado desapercibido. Ay, Beca —volvió a gritar— que como llegue a oídos de las altas esferas van a ir a por ti para que les detalles todo y yo me quedo sin mejor amiga.

—Alto, moreno, con la cara dura y los ojos negros, ¿cómo te quedas?

—Leches, ¿te has acercado tanto como para tocarle la cara? —preguntó con un jadeo ahogado—. Oh, y los ojos negros, ya tengo la imagen, la tengo.

—Ya me hubiera gustado comprobarlo con la mano, pero no he tenido esa suerte —murmuré, quedándome callada unos segundos—. Se llama Enzo.

—¡Ostras que nombre más bonito tiene!

—Pues será lo único que tenga. —Bufé.

—Pobrecito, que es un extraño en nuestro país —se lamentó—. Lo habrás tratado bien, ¿no? Capaz de no haberle prestado la atención que se merece. Ayyy, como te busque para llevarte con él me da algo. Olvida lo que he dicho sé borde y arisca.

—Nina...

—¿Sí? Va, dime. —Cambié el tono terminando las bromas al diferenciar mi voz.

—Enzo es...

—¿Cariño? —Escuché la voz de mi madre y me asomé por encima de la cama.

—Un momento, me llama mi madre —le pedí a Nina—. ¿Sí? —respondí.

—Hija que con la emoción del encuentro se nos ha olvidado comprar el pan. Tengo algo congelado, pero no es suficiente —dijo cuando abrió la puerta—. ¿Qué haces en el suelo?

—Hablar con Nina.

—Ah —asintió despacio—. Dale saludos y dile que a ver cuando te acompaña un domingo, tenemos ganas de verla —sonrió con cariño—. ¿Vas a la panadería? Todavía está abierta, queda media hora para que cierre.

—Vale, dame unos minutos y salgo —acepté rápido con ganas de alejarme de allí.

—Perfecto. —Cerró dejándome sola.

—Tienes un minuto para decirme de verdad lo que sucede. Empieza —me pidió Nina.

—Me he encontrado con Enzo y sí, es alto, moreno, y los ojos negros eran por unas gafas de sol. —Me froté la frente.

—¿Y quién narices es Enzo? ¿Y lo de la cara dura?

—La cara dura la tiene por cómo se comportó y se ha comportado. —Bufé.

—Mmm... pasado y presente —dijo pensativa, intentando descubrir de quién hablaba—. Chica, pues no caigo en ningún Enzo que haya estado ni esté en tu vida.

—Es que no lo hay. —Bufé levantándome—. Enzo no es otro que el segundo hombre con el que estuve en la reunión de las exparejas —dije con retintín—. El último que se sentó a mi mesa.

—¡No fastidies! ¿El que te prohibió beber? ¿El que derrochaba simpatía por cada poro de su piel? ¿El que...? —empezó a decir con voz aguda.

—El mismo. —Lloriqueé cortándola.

—Es una broma, ¿no?

—¿Me ves de humor?

—Ni mijita, tienes razón. —Rio.

—Esto serio —me quejé.

—Pero vamos a ver, vale lo has visto. Ha sido de esas casualidades en la vida en las que te preguntas por qué a mí Pero si te he visto no me acuerdo, olvidado queda.

—Es que lo más fuerte no te lo he dicho —susurré acercándome a la puerta.

—Dios mío, no me digas que te has lanzado encima de él y habéis dado el numerito revolcándoos por el suelo —dijo con un jadeo.

—Resulta que es sobrino de Andrés, el amigo de mis padres. ¿Te lo puedes creer? Oh, yo no, todavía me cuesta

hacerlo. Y lo más fuerte es que ahora mismo está aquí, bajo el techo de la casa de mis padres y se va a quedar a comer junto a su tío porque ha aceptado la invitación.

—¡Qué fueerte! Nena...

—Me recorre de todo por el cuerpo —me lamenté—. Mierda de domingo, no me hubiera quedado en la cama.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó sin salir del asombro.

—¿Qué quieres que haga? Pues ignorarlo —asentí para mí misma porque era el único planazo al que podía echar mano.

—Eso se te da muy bien —dijo seria y terminó soltando una carcajada, haciéndome sonreír.

—Te dejo, tengo que ir a por el pan. Más tarde hablamos.

—Vale, cariño, yo estoy esperando a Anaís para ir a comer. Cuando estés en tu piso nos ponemos al día las tres. Y arriba ¿eh?, dale duro —gritó la última parte.

—Tendría que haber ido con vosotras. —Hice una mueca.

—¿Y perdernos este cotilleo? ¡Nooo! Tú fuerte y cómetelo, con todo Beccaaa.

Después de colgar, riendo, me guardé el móvil en un bolsillo trasero del tejanos y me puse la chaqueta vaquera, cogiendo dinero del bolso, el que pasó a un bolsillo delantero del pantalón. Salí de la habitación y ni me paré a mirar a nadie comentando que enseguida volvía, que iba a la panadería.

Ese día no era el mío, si no me había quedado claro a esas alturas, lo hizo cuando escuché la voz de Enzo. Por ese sonido que retumbó en mis oídos me paré con el pomo de la puerta en la mano, girando la cabeza hacia él, despacio.

—Te acompaño. —Fue lo que dijo, levantándose del sofá.

¡.

—No hace falta. —Reaccioné rápido—. Está a dos calles de aquí.

—Igualmente. —Caminó hacia mí con una ceja levantada, con la cazadora en una mano.

—No tardéis, chicos, la comida está casi lista. —Pasó por nuestro lado mi madre, sonriendo.

—No es mi intención —murmuré abriendo, conteniendo la fuerza porque lo hubiera hecho tan rápido que le habría dado a Enzo con ella en la cara al ir detrás de mí.

Otra vez a mi lado, otra vez adaptándose a mis pasos y otraaa vezzz todo mi interior prendía. Di gracias a que se mantuvo en silencio durante el camino. Entramos en la panadería y le pedí a Carmen lo que quería, junto con unos pastelitos que vi y llamaron mi atención. Era domingo, ¿no? Pues eso, día de disfrute al máximo y más teniendo en cuenta lo que me iba a costar digerir la comida.

Fueron varias las veces que sentí la mirada de Enzo, pero lo ignoré. Siguiendo el propósito que me había marcado salí despidiéndome de Carmen, llevando conmigo una bolsa bastante llena. Había tenido que acceder a dejarlo pagar porque se empeñó, después de varios intercambios de palabras disimulados.

—¿Becca?

Me paré de golpe, sorprendida con los ojos más abiertos de lo normal al reconocer la voz que me habló.

—No puede ser, ¿en serio? —susurré.

—¿Qué pasa? —Se interesó Enzo mirando hacia atrás, yo todavía no me había movido.

—De todo, hoy se ve que no me va a faltar de nada. —Bufé.

Lo miré de reojo encontrándome con su gesto fruncido. Cogí aire y medio giré hacia la persona que me había llamado.

—Hola y adiós, y mucho es —solté y volví a andar.

—Pero mujer, qué mínimo que podamos tener una conversación como dos personas civilizadas. ¿no? —Me cagué en todo al sentir a Rodrigo detrás de mí.

—¿Tú eres? —dijo Enzo.

—¿Y tú? No te conozco y sé mucho de la vida de Becca —respondió Rodrigo.

—Ni falta que hace que lo hagas. —Levantó una ceja Enzo.

Sus ojos me buscaron y se quedaron en mí como analizando mis reacciones. Yo había vuelto a pararme y los miraba de frente. Le hice gestos con las manos a Enzo para que se moviera porque no tenía intención de estar allí mucho más tiempo.

Su reacción fue entrecerrarlos y después de unos segundos los centró en Rodrigo.

—Él es... —Empezó a decir, mirándolo de arriba abajo.

—Sí —lo corté—. Vamos que hay prisa.

s

—¿Estás con él? —Se giró hacia mí Rodrigo, con un tonito que me tocó la moral.

—¿Y a ti qué leches te importa? Ni un detalle de mi vida quiero que sepas. —Levanté un dedo.

—Becca... —Intentó acercarse.

—Ya la has oído. —Se adelantó a él Enzo, llegando a mi lado.

Casi me atraganto cuando me agarró de la mano y empezó a andar llevándome con él. Eso al principio, al no esperarlo, pero tardé pocos segundos en respirar tranquila y sentirme agradecida por sacarme de la situación.

—Gracias —susurré sin saber qué más decir—. Ya puedes soltarme, se ha quedado muy atrás.

—¿Por qué me has cortado? Iba a decirle varias cosas para que le quedaran claras —habló ignorando mi petición.

—¿Eh? ¿Para qué? No vale la pena y es cosa mía.

—Sí, ya he visto cómo lo has enfrentado.

Me paré provocando que él lo hiciera también.

—Es que no quiero enfrentarlo, quiero ignorarlo porque para mí no es nadie. No me conoces, ¿vale? Lo sé afrontar perfectamente, a él y a cualquiera, que no te quepa duda. Solo que hoy no es mi día y no quería que te hiciera sentir molesto por lo que ha podido llegar a pensar al vernos juntos. Sé de sobra que se habría puesto impertinente y...

—Te recuerdo —se inclinó hacia mí—, que, según tú, me llevo el primer premio en impertinencia. Ese no tiene nada que hacer conmigo. —Levantó una ceja.

Me quedé callada. ¿El motivo? Había dejado la cara tan cerca de la mía que solo pude mirársela por varios segundos, casi sin pestañear. No fui la única en hacerlo, hasta que sus labios se curvaron y se separó, tirando de mí.

A poca distancia de llegar a la casa me soltó metiéndose las manos en los bolsillos. Lo miré de reojo y tragué saliva porque tenía una sensación... una mierda de domingo, eso es lo que era y seguiría siéndolo hasta que no me encerrara en mi piso.

Capítulo 5



Enzo

—¿No entras? —Se extrañó Becca.

Me había parado al final de los escalones mientras ella abría la puerta.

—Ahora lo haré —respondí observándola atentamente.

Se encogió de hombros diciéndome «como quieras» y desapareció en el interior de la casa, dejándome solo en el exterior. Me giré dándole la espalda a la entrada principal y miré hacia todos los lados porque sabía, aunque no lo hubiera exteriorizado de ninguna manera, que el tío que nos habíamos encontrado nos había seguido los pasos.

Me senté con calma en el primer escalón, sacando las gafas de sol y la cajetilla de cigarros. Me las coloqué y saqué uno, encendiéndolo. No era un fumador habitual, solo esporádicamente y en los momentos en los que me apetecía, y en ese instante lo hizo mientras movía los ojos de un lado al otro esperando ver al tal Rodrigo por algún sitio, resguardado por las gafas.

Dejé salir el humo, despacio, cuando apareció entre dos coches, centrado en la casa. Tenía gracia que después de lo que le hizo a Becca, de su comportamiento y de su actitud, se tomara la libertad de lo que estaba haciendo.

Me fumé el cigarro con calma siendo consciente de que me miraba, él por mi parte tendría duda de si lo hacía, al llevar los ojos cubiertos. Por eso y porque había inclinado la cabeza hacia el móvil que había sacado para aparentar que estaba mirando algo en él. Después de un tiempo no tuve duda de que no sabía que mi atención la tenía puesta en él porque si no, se habría tapado para pasar desapercibido.

Con la cabeza hacia abajo, pero los ojos muy bien centrados en mi punto de interés, apagué la colilla y me levanté despacio. Bajé los escalones y caminé hacia una papelera que había cerca, lanzándola dentro.

—¿Hay algo que te interese para que lleves un buen rato ahí? —solté de repente, en alto para que lo escuchara bien.

Lo que me propuse lo conseguí. Se sobresaltó dando muestras de ello. Giré la cabeza encontrándolo, quitándome las gafas.

—Solo pasaba por aquí. —Tragó saliva.

—Eso imaginaba —asentí serio—. Hay muchos caminos alternativos a este, la próxima vez evita pasar por aquí.

—¿Quién eres tú para decirme eso? —Dio un paso hacia delante, envalentonado.

—Eso te gustaría saber —curvé los labios provocando que frunciera el gesto—, pero no lo harás. Lárgate por las buenas porque como me acerque más a ti, lo harás por las malas.

Volví a colocarme las gafas y le di la espalda, empezando a caminar hacia la casa. La advertencia estaba lanzada, lo siguiente ya no lo sería.

—Voy a hacer que Becca y sus padres sepan cómo eres —dijo alzando la voz.

Me paré medio girándome, bajando las gafas un poco, solo lo justo para que viera mis ojos.

—¿De verdad te crees que tu palabra vale algo? Lo que tienen que saber lo saben y lo que queda por descubrir, yo me encargaré de mostrarlo. Piérdete por donde has venido.

Fueron mis últimas palabras. No dejé de observarlo hasta ver cómo, cabreado y murmurando algo, lo que no llegué a escuchar y ni falta que hizo, se alejó de allí en tensión. Satisfecho por ello miré hacia la casa y empecé a caminar para entrar. Los ojos se me fueron hacia una ventana lateral, encontrándome con la imagen de Becca asomada en ella y con sus ojos puestos en mí.

Como el que no se ha dado cuenta llegué a la puerta y la abrí al estar entornada, accediendo al salón. Me quité la cazadora de piel y la dejé en una silla.

La mesa ya estaba puesta y todo estaba preparado para sentarnos, pero mi tío y el padre de Becca seguían en el sofá conversando y de la madre y la hija no había rastro.

—¿El baño? —pregunté.

—La segunda puerta del pasillo —respondió Manuel, sonriendo.

—Perfecto —asentí dirigiéndome hacia él.

Me lavé las manos y me paré a mirarme en el espejo. Sentía una sensación extraña a la que no sabía ponerle

nombre. Sin querer darle vueltas para no descifrarlo salí y me dirigí hacia la cocina.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté desde la puerta.

—No te preocupes Enzo, ya vamos a sacarlo todo —me sonrió María.

—Pues os ayudo —comenté refiriéndome también a Becca que tenía los ojos puestos en mí.

Me acerqué hasta la isla donde había varias bandejas y cogí las que me indicó María, saliendo de la cocina para dejarlas en la mesa. Al verme mi tío y Manuel se levantaron. Terminamos todos colaborando y cuando estuvo todo colocado nos sentamos.

—¿Todos queréis vino? —preguntó Manuel con la botella en la mano—. Enzo hay cerveza y más variedad, si quieres ir a la nevera para ver...

—No hace falta, el vino está perfecto —sonreí y asintió.

Empezamos a comer con calma y no tardaron en salir los halagos por lo bueno que estaba todo. Durante la comida Becca y yo nos mantuvimos tranquilos sin decir ningún comentario entre nosotros. No puede evitar mirar en su dirección, extrañado por lo silenciosa que estaba.

Atendía y miraba hacia todos siguiendo las conversaciones, pero daba la impresión, al menos a mí, de que tenía la cabeza en otra cosa. Me pregunté si le habría afectado encontrarse con su ex, porque eso era Rodrigo para ella y hasta qué punto le había molestado que yo me hubiera acercado a él.

Sabía que referente a ello se había tragado preguntas, solo había necesitado ver su expresión a través de la ventana y la que me dedicó cuando entré en la cocina. Repiqueteé los dedos en la mesa, pensativo, mientras con la otra mano me acercaba la copa a los labios.

—Voy a recoger. —Arrastró la silla.

La seguí con cuando se fue haciendo el primer viaje, cargada con todos los platos.

—Ya la ayudo yo. —Me levanté parando a María, al verle la misma intención.

—Gracias, Enzo —me sonrió.

—No hay de qué, es lo mínimo que puedo hacer.

Acumulé lo que quedaba y lo cargué yendo hacia la cocina. Cuando entré Becca estaba en el fregadero, dándome la espalda. Hacia ella me dirigí dejando lo que llevaba en las manos a su lado.

—Tampoco ha ido tan mal —dejé caer para tantear el terreno.

—¿Cómo? —Se giró con expresión de no haberme entendido. Ni se había dado cuenta de mi presencia hasta que no había hablado.

—Decía —carraspeé—, que no ha ido tan mal. ¡Míranos! Estamos de una pieza.

—Ya. —Hizo una mueca—. No te vengas arriba. No iba a presentar batalla delante de todos. —Desvió la mirada hacia las manos con jabón.

—No lo hagas tú. —Deslicé las palabras al decirlas, despacio, inclinándome hacia ella—. Si ha habido una tregua es porque yo he querido.

—¿Perdona? Eso no te crees ni tú —remarcó la última y soltó una carcajada.

—Chicos, ¿queréis helado?

a

Me separé un poco por la interrupción de María, disimulando mientras ponía dentro de la pica todo lo que había llevado. Nuestras manos se rozaron y no me moví, mirándola de reojo. Sus ojos se movieron centrándose en ello, parpadeando más rápido de lo normal.

,

Hasta que las sacó rápido secándoselas con un trapo, alejándose de mí.

—A mí no me apetece, mamá.

a

—Yo me voy ya —respondí y las dos me miraron.

—¿Ya? Con el helado iba a poner los pastelitos que habéis comprado —comentó María.

—Disfrutadlos vosotros. Mañana es lunes y tengo varias cosas que hacer —me justifiqué.

—Tranquilo, es normal —me sonrió—. Me alegro de haberte tenido con nosotros, ha sido un placer. Espero que se repita, ¿verdad Becca?

—Claro —susurró.

—Lo tengo en cuenta. —Le hice un guiño—. El placer ha sido mío. —Me acerqué y me despedí agradeciéndole todo.

Esperé a que saliera con todo lo que había ido a buscar y me centré en Becca, la que me observaba de reojo sin

decir nada. Di unos pasos hacia ella e intenté no reír cuando levantó rápido la mano, como su primer saludo de ese día. Se la acepté, pero sin nadie más a nuestro alrededor no iba a actuar como lo había hecho horas antes.

Tirando hacia mí la acerqué y me incliné hacia su mejilla, sintiendo como retenía el aire.

—Ahora repetiré tus mismas palabras, las que me dijiste cuando te despediste derrochando simpatía...

—¿Qué? —susurró— Será porque te lo buscaste. —Reaccionó rápido.

—Eso habría que analizarlo a conciencia. Ya me debes dos favores.

—¿Qué dices? No te debo nada.

—Y tanto que sí. Uno por invitarte al refresco en la reunión —intenté no reír cuando intentó mirarme de frente y no pudo porque hice más presión pegando su cuerpo al mío—, el otro ha sido por hoy, por lo bien y correcto que me he comportado. Ahora sí, como tú me dijiste... Podría decir que ha sido un placer... pero no va a suceder —hablé con los labios casi rozándole la piel, sintiendo su tensión.

Satisfecho al obtener el resultado que quería la solté y me alejé dejándola atrás. Salí al salón y me puse la cazadora de piel.

—Tío.

—Hijo, ¿ya nos vamos?

—Yo sí, pero tú no tienes que hacerlo. Llámame cuando quieras irte y paso a recogerte.

—No hace falta, solo tengo un paseíto hasta casa. —Se acercó a abrazarme.

—Si se hace muy tarde lo acerco con el coche —me sonrió Manuel mientras se despedía.

—Perfecto, pues ya nos veremos. Muchas gracias por todo —sonreí hacia los tres, también hacia María que me dio dos besos.

Salí y mientras arrastraba hacia mí la puerta para cerrarla, miré hacia la cocina, encontrándome a Becca atenta a mí. Levanté una ceja y terminé de cerrar dejándola encajada.

Otro paseo tenía yo hasta el coche porque seguía aparcado cerca de la cafetería. Así lo había decido porque según dijeron en aquel momento, tampoco había mucha distancia hasta la casa de los amigos de mi tío. El día empezaba a refrescar al perder fuerza el sol y me ajusté la cazadora, pensativo, rememorando cada pequeño detalle que se había dado.

Entré en el coche y cogí aire, tomándome unos minutos para arrancar y moverme. Una sonrisa apareció en mi cara y negué introduciendo la llave en el contacto. No tenía nada que hacer como le había comentado a María, ni intención de ello, pero había sentido la necesidad de irme y así lo había hecho inventándome una pequeña excusa.

Al llegar a casa abrí la conversación del grupo que tenía con mis amigos, Pablo y Mateo. Leyéndolos divertido me dirigí hacia la habitación para desprenderme de la ropa.

Enzo: *Acabo de llegar, ha sido un día muy interesante. Voy a la ducha de cabeza.*

Pablo: *Hombre, el desaparecido. ¿Qué tal ha ido? ¿Cómo está Andrés?*

Mateo: *¿Cómo va a ir? Menuda pregunta, jajaja... id preparándoos porque en dos días estoy ahí.*

Pablo: *Mira el otro, joder, es lo que se suele preguntar.* —Acompañó a sus palabras con un emoji de un dedo levantado—. *Acláranos eso de interesante.*

Enzo: *Es... glu, toy... glu, debajo el agua, glu, glu...* —Reí dándole a enviar.

Pablo: *Mira qué cachondo está. No te vayas a ahogar, glu, glu, gluuu...*

Mateo: *Jajaja, nadie como él para pararte los pies.*

Sonriendo dejé el móvil a un lado y me metí en la ducha, cerrando los ojos al primer contacto con el agua caliente. Los abrí despacio, retirándome el exceso de agua, dejándolos centrados hacia las baldosas de enfrente.

—Mierda —solté al saber perfectamente lo que provocó que todo en mi interior se removiera.

Me enjaboné rápido obviando la erección repentina que tuve y me enjuagué de la misma manera. Después de secarme el cuerpo con la toalla, me la enrollé a la cintura caminando hacia la habitación. Me dejé caer en la cama, eran cerca de las cinco de la tarde y sin ganas de moverme, cerré los ojos tapándomelos con un brazo.

Ignoré el sonido de mi móvil. Los pitidos de los mensajes seguían llegando, de los que me aislé porque toda mi atención estaba en la parte baja de mi cuerpo, la que apuntaba hacia arriba y sobresalía por la apertura de la toalla.

—No me jodas. —Separé el brazo y miré hacia abajo, soltando un bufido, viendo cómo tenía vida propia y se movía necesitado y expectante a que le pusiera solución.

Documentos, transacciones, pensando en las llamadas que tenía que hacer al día siguiente, reuniones... con todo ello intenté ocupar la mente para que esa parte de mi cuerpo volviera a su sitio, frustrándome cada vez más al no obtener el resultado que quería conseguir.

1 Me levanté de la cama cabreado y abrí la colcha. Deshaciéndome de la toalla y dejándola caer a los pies me metí dentro. Ni el roce fresco de las sábanas suavizó cómo me sentía, ni provocó que la temperatura que me había aumentado se redujera.

2 —No pienso tocarme pensando en ella, joder —solté—. Esto es de locos. —Bufé.

Me levanté de la cama cabreado y abrí la colcha. Deshaciéndome de la toalla y dejándola caer a los pies me metí dentro. Ni el roce fresco de las sábanas suavizó cómo me sentía, ni provocó que la temperatura que me había aumentado se redujera.

—No pienso tocarme pensando en ella, joder —solté—. Esto es de locos. —Bufé.

Capítulo 6



Cuatro semanas más tarde...

Becca

—¿Te has enterado? —preguntó Nina arrastrando una silla, sentándose delante de mí.

—¿De qué supuestamente tengo que hacerlo? Ni idea por dónde vas. —Me centré en ella divertida porque le iban más los cotilleos... todo lo opuesto a mí que pasaba de ellos.

—Vamos a tomar un café y te lo cuento. —Se frotó las manos.

—Hace poco más de media hora que nos hemos tomado uno. —Levanté una ceja.

—¿Y qué? Joder. Es lunes, las nueve de la mañana y el cuerpo lo sabe. —Hizo una mueca.

—Y tanto que sí y más para ti, que si has dormido cinco horas en todo el fin de semana mucho es. Ahora que empiezo a coger el ritmo quiero avanzar aquí. —Señalé hacia los papeles que tenía encima de la mesa.

—Y lo bien que me lo he pasado, ¿qué? —Rio—. El ritmo lo puedes coger más tarde. —Bufó—. Como si se fueran a ir por sí solos los papeles. Vamos. —Se levantó.

—Me tienes que explicar bien cómo ha ido. —La imité.

—Pero ¡si te lo he contado antes en la cafetería! —Se giró hacia mí sorprendida cuando me puse a su lado empezando a andar.

—Estaba dormida. —Me encogí de hombros mirándola de reojo.

—La madre que te...

—Sss... cuidadito, a mi madre la dejas tranquila.

—Con más motivo, vamos a por el segundo café. Qué fuerte que me hayas ignorado.

—No ha sido así, simplemente todavía no tenía las neuronas activadas y he asentido a todo lo que me has contado pero...

—Lo que yo digo, ignorado por completo.

—Anda, empieza. —Le di un codazo y no tardó en ponerse a relatar, emocionada, lo que había dado de sí su fin de semana.

Sin que parara de hablar nos dio tiempo a bajar en el ascensor, a pedirnos los cafés, a sentarnos en la mesa a tomárnoslo, a terminarlos y a subir. Esa vez por las escaleras porque había cola en el ascensor para ir de vuelta hacia la planta en la que trabajábamos.

—Jolines, solo a ti se te ocurre no esperar al ascensor. —Hizo una mueca—. Qué poca paciencia.

—Por si no has quemado las calorías suficientes este finde. —Reí, parándome a esperarla porque se había frenado a la mitad.

—Mira qué graciosa, me parto y me mondo contigo. —Reí—. A mí que me den más meneos como los que he tenido y déjame de hacer estos deportes extremos.

—¿A subir las escaleras lo llamas deporte extremo? —Solté una carcajada.

—Te diré, como si estuviera escalando el Everest. —Puso los ojos en blanco.

—No te veo muy en forma como para aguantar el ritmo al que te refieres —negué apoyándome en la barandilla— ¿Subes o qué? Te quedas aquí sola, ¿eh? Porque a este paso no hago nada.

—Mira lo que te hago. —Se llevó la mano a la boca he hizo una pedorreta, provocando que volviera a soltar una carcajada, a la que se unió.

—Tanto hablar y aún no me has dicho a lo que te has referido antes. —Empezamos a subir, pero con menos ritmo al agarrarme de una mano para marcarlo ella.

—¿El qué?

—Ah, no sé, tú sabrás —negué.

—¿Cuando te he hecho la propuesta tentadora del café?

—Es lo único que queda por que me digas, el resto me lo has dejado bien clarito.

, —Ahora te lo cuento, pero antes, el próximo fin de semana salimos con Anaís —asintió.

—Vale, a ese me apunto —confirmé.

—¿Y por qué no lo has hecho este? Hubiéramos triunfado las dos.

—¿Por qué no me apunté? Tenía resaca de tus locuras —dije intentando no reír.

—Hoy estás que te sales —se quejó.

—Es lunes, no me tires más de lengua —sonreí de forma exagerada.

—Tengo dos noticias. —Soltó una risilla.

' —¡Quieres decirlas ya!

—He escuchado y viene de una vía muy fiable la información, que... —Hizo una pausa haciendo el sonido de unos tambores y añadiendo los gestos como si lo tocara.

—Vamos que has arrinconado de buena mañana a Sergio. —La miré de reojo.

—¡Cómo lo sabes! Bueno pues eso, que me ha dicho que se espera la llegada de una nueva incorporación a la empresa.

· —¿Y eso es tan interesante? —Abrí la puerta cuando llegamos.

—Te diré, es que no sabes lo mejor.

—Sorpréndeme —negué.

' —Resulta que se trata de un nuevo socio. Por lo visto la empresa está en una posición difícil y esa es la solución a la que ha llegado el jefe. ¿Tú sabías algo? Yo me he quedao muertecita, oye, pero sea quien sea, si nos ha salvado de que nos echen a todos de patitas a la calle le voy a hacer una pedazo de ola cuando lo vea que va a flipar.

—La que vas a flipar eres tú como lo llesves a cabo —sonreí—. No tenía ni idea. —Me encogí de hombros—. Me alegro de que se haya resuelto si esa era la situación.

—¿No tienes curiosidad por cómo será? —dijo pensativa.

—Con que tenga dos piernas, brazos y cabeza ya tengo bastante —negué divertida.

—Coño, solo faltaría que no fuera humano. Ni segundo café ni mierda, hoy no hay quien te haga digerir bien el día.

—Bastante bien estoy para lo que llevo aguantado ya, y son solo... —Miré el reloj—. Joder, qué tarde. —Me sorprendí dándole varios golpecitos a la esfera porque tenía que haberse parado, no podía ser...

—Ostras, ha pasado casi una hora —dijo con voz ahogada.

—Madre mía. —Bufé acelerando el paso.

—No te he dicho la segunda cosa.

—Ahora no, más tarde —dije sin mirarla al haberme adelantado varios pasos.

—Tampoco te estreses que no pasa nada. ¿Qué sucede?

—Ni idea —susurré extrañada.

Enfrente de nosotras estaban todos nuestros compañeros haciendo un corro, entre el pasillo y los huecos que podían, dándonos la espalda. Pues ya no había prisa por volver a la mesa, me dije llegando hasta ellos sin ver el foco de atención porque eran muchos los que teníamos por delante.

—¿Una reunión? —Me incliné hacia Magda, llamando la atención de una compañera.

—¿Dónde estabas? —Se giró abriendo más de la cuenta los ojos, susurrando.

—Tomando un café.

—Por lo que veo las dos empleadas que faltaban nos honran con su presencia. —Se escuchó una voz de hombre, alta y fuerte callando los murmullos de alrededor.

Me puse en tensión automáticamente, sintiendo algo electrizante recorrerme que me erizó el vello.

—¿A quién se refiere? —Quiso saber Nina y antes de que pudiera sacarla de la duda, porque era más que evidente, Magda respondió por mí.

—¿A quién va a ser? A vosotras. Fernando ha pasado lista como si estuviéramos en el colegio y llevamos un buer

rato aquí de pie escuchándolo.

Fernando era el único jefe que conocíamos, bueno hasta ese momento porque me daba a mí que faltaba poco para que cambiara.

—¿Qué me dices? —susurró con un jadeo Nina.

—¿A qué viene eso de la lista? En la vida... —Quise saber recomponiéndome, pero no me dio tiempo a terminar.

—Por lo que parece con falta de educación, haceros visibles. —Volvió a hablar el mismo hombre, con peor tono.

—La hemos liado, ¿verdad? —murmuró Nina haciendo una mueca al ver asentir a Magda.

Yo no pude ni hablar, tragando saliva. Nina me dio un tirón de la mano para que no se me ocurriera decir nada que empeorara nuestra situación, como si eso fuera posible en ese instante en el que me quedé hasta sin voz por lo nerviosa que me puse. En otra ocasión habría sucedido, pero en esa... Parpadeé varias veces centrada en las caras apuradas de mis compañeros que se giraron hacia atrás, intentando buscar la coordinación de mis piernas para empezar a moverme.

Cogiendo aire lo conseguí, caminando por el pasillo que hicieron para darnos paso. No vi la presencia de la persona que había hablado hasta que me paré en el centro con Nina a mi lado. Más fuera de juego me quedé ante la imagen que tenía a pocos pasos de distancia, haciéndose realidad lo que había temido al identificar el tono de voz.

—Joder, tenía que aparecer hoy el nuevo jefe. Porque eso es lo que es, ¿no? —susurró mi amiga con la misma apariencia que yo, agarrándose de mi brazo, pero por un motivo muy diferente al mío.

Al menos no fuimos las únicas en quedarnos desconcertadas porque el hombre que había hablado poco variaba a cómo estábamos nosotras. Increíble, pero cierto. Por la apariencia que tenía imaginé que si Fernando había mencionado mi nombre ni por asomo lo había relacionado conmigo.

Si ya me había levantado esa mañana con una sensación rara, menudo asco de inicio de semana.

Él se recompuso antes que nosotras. Apoyado en una de las mesas, con las manos agarrándose del filo, levantó las dos cejas en una sola dirección. ¿Os hacéis una idea de quién fue la afortunada verdad? Presente, ya que no había estado para esa tontería de pasar lista no me iba a quedar con las ganas de decirlo, aunque fuera en mi cabeza porque todavía no había conseguido reaccionar, ni mucho menos hablar.

Se incorporó despacio, poniéndose al lado de Fernando. Desvié la mirada hacia nuestro jefe, el que nos observaba con una expresión que dejó claro que estaba intentando no reír. Tenía la suficiente confianza con él para saber que por su parte no tenía que preocuparme. Era conocedor del trabajo que realizaba y de la implicación que tenía en él

y de que el tiempo que me tomaba con los descansos los recuperaba si hacía falta quedándome tiempo extra hasta terminarlo. Desde el principio había tenido su apoyo y cariño, el que había ido aumentando con los años. Lo único que me preocupó, en cierta manera, fue el otro que no apartaba la vista de mí.

—Presentaros —habló serio.

—Mi nombre es Nina. —Dio un paso al frente, sonriendo nerviosa—. Ella es...

—Ella tiene boca para decirlo —la cortó, dejándola callada y sorprendida.

Curvé los labios, sintiendo que todo en mí volvía a su sitio después de la gran sorpresa inesperada que me había llevado.

e—¿Quién lo quiere saber? —Me crucé de brazos.

—Becca, que tiene que ser... —murmuró Nina extrañada, pero dejó de hablar por el carraspeo de nuestro jefe.

—Chicos, volved a vuestros puestos, por hoy ya está. Ahora les explicaremos a vuestras compañeras lo que se ha dicho en la reunión —habló en alto Fernando.

Nos dejaron solos en el centro de la sala. Nuestro jefe nos pidió que lo siguiéramos y lo hicimos al instante. Pasé por al lado del segundo en discordia y lo ignoré centrada en la coordinación de los pasos que daba. Nos llevó hasta su despacho y abrió ofreciéndonos entrar con una mano, donde nos paramos en el centro.

—Sentaros —nos pidió cerrando la puerta cuando estuvimos todos dentro—. Chicas —dijo dirigiéndose hacia su mesa—, él es Enzo. A partir de hoy socio de la empresa. La llevaremos entre los dos —nos sonrió.

—Coño, no había escuchado ese nombre en mi vida y en poco tiempo es la segunda vez que... —susurró Nina centrándose en mí, perdiendo la fuerza conforme lo decía al ver mi expresión—. ¡No! ¿O sí? Ay la virgen. —Agrandó los ojos.

—¿Qué sucede? —Se interesó Fernando, mirándonos divertido, pasando de una a otra.

¡Nina no pudo prestarle atención porque toda se la había llevado Enzo, el que se mantenía a poca distancia de la mesa, con los brazos cruzados, observando la situación.

—¿Os conocéis? —Terminó deduciendo.

—No —respondí rápido.

,

l—Sí. —Hizo de la misma forma y a la vez Enzo.

› Sentí su mirada, pero seguí ignorándolo.

—Vaya —dijo sorprendido Fernando, sentándose despacio.

—Eso mismo digo yo jefe, así estoy. —Se dejó caer Nina en otra, enfrente de él.

Se levantó de un salto reaccionando y se acercó hacia Enzo para presentarse.

—Mi nombre es Nina. —Le ofreció una mano, la que él aceptó asintiendo.

—Hija. —Se inclinó hacia la mesa Fernando.

Supe que era un toque de aviso, como también que no tuvo problema en identificar, porque me conocía muy bien, aunque no lo exteriorizara en ese instante, que me importó bien poco su intento de suavizar la situación para que no saliera perjudicada ni empezara con mal pie.

—Déjala Fernando —cortó el silencio Enzo—. Como he dicho, la conozco lo suficiente para saber que la educación no es lo suyo —soltó quedándose tan pancho.

Mi cabeza giró rápido hacia él, mis ojos se entrecerraron y mi cuerpo volvió a ponerse en tensión.

a

—No puede ser. —Lo rectificó Fernando, sorprendido—. Becca es muy correcta siempre.

—Gracias jefe. —Lo miré agradecida haciéndole un guiño, manteniéndome de pie—. ¿Hay algo más importante que debemos saber después de esta increíble presentación? Tengo trabajo que hacer, hay unas llamadas que debo realizar dentro de... —hice una pausa mirando el reloj— diez minutos.

—No te ha preocupado mucho perder el tiempo antes y ahora tienes prisa —intervino Enzo.

—Lo que es la vida, ¿eh? —sonreí de forma exagerada hacia él.

—Bueno —carraspeó Fernando—, solo deciros cómo irá todo a partir de ahora. No habrá muchos cambios, pero para que estéis informadas de...

Siguió detallando las nuevas novedades que se darían, explicándonos la situación que lo había llevado a tener que asociarse. Atentas a él escuchamos cada palabra que dijo.

—Eso es todo. —Terminó mirándonos a las dos, pero parándose más veces en mí por lo que había presenciado y por cómo me veía.

—Gracias —asentí—. Ha sido un placer, jefes —solté y la guasa fue más que evidente.

Me giré hacia la puerta con ganas de salir de allí y poder digerir la nueva presencia que estaría cada día dando vueltas por la oficina.

—Becca. —Me paró Fernando—. Dentro de un rato, cuando acabes lo más urgente, pásate por aquí —me pidió tranquilo.

—Claro. —Medio giré sonriendo.

Abrí y desaparecí. No me preocupó su petición porque sabía perfectamente para qué sería. Se había quedado preocupado y hasta que no le hablara claro, lo que solo sucedería estando los dos solos, no se quedaría conforme.

Ni supe cómo llegué a mi mesa al sentir temblor en las piernas. Me dejé caer en la silla y apoyé los codos en ella, dejando caer la cabeza en las manos.

—Mierda —susurré.

—Esto es muy fuerte, cuando se lo contemos a Anaís no se lo va a creer. —Escuché la voz de Nina y levanté la vista, viéndola pasar ligera por mi lado—. Luego lo destripamos amiga, fuerza. —Levantó un brazo para reafirmarlo, haciéndome reír.

—¿Y la ola que le ibas a hacer? —pregunté rápido mientras podía escucharme.

—Como le lance una ola es para ahogarlo en ella. —Soltó una carcajada y negué sonriendo.

Con un suspiro centré la vista en la mesa, arrugando la nariz. Tenía mucho trabajo, lo que se resumía en que iba a empezar la semana saliendo más tarde de lo normal. Hice una mueca y abrí una de las carpetas para olvidarme de todo, moviendo el ratón para activar la pantalla del ordenador.

Dejando varias hojas delante de mí, levanté la cabeza al sentir una sensación... la giré hacia los lados, hasta que encontré el motivo. Parado cerca de las puertas de los despachos, Enzo se mantenía de pie observándome con gesto serio.

Levanté una ceja y desvié la atención de él sin poder mantener la vista mucho tiempo, llevándola hacia la pantalla como si lo que había en ella fuera lo más interesante del mundo.

—Gracias —asentí—. Ha sido un placer, jefes —solté y la guasa fue más que evidente.

Me giré hacia la puerta con ganas de salir de allí y poder digerir la nueva presencia que estaría cada día dando vueltas por la oficina.

—Becca. —Me paró Fernando—. Dentro de un rato, cuando acabes lo más urgente, pásate por aquí —me pidió tranquilo.

—Claro. —Medio giré sonriendo.

Abrí y desaparecí. No me preocupó su petición porque sabía perfectamente para qué sería. Se había quedado preocupado y hasta que no le hablara claro, lo que solo sucedería estando los dos solos, no se quedaría conforme.

Ni supe cómo llegué a mi mesa al sentir temblor en las piernas. Me dejé caer en la silla y apoyé los codos en ella, dejando caer la cabeza en las manos.

—Mierda —susurré.

—Esto es muy fuerte, cuando se lo contemos a Anaís no se lo va a creer. —Escuché la voz de Nina y levanté la vista, viéndola pasar ligera por mi lado—. Luego lo destripamos amiga, fuerza. —Levantó un brazo para reafirmarlo, haciéndome reír.

—¿Y la ola que le ibas a hacer? —pregunté rápido mientras podía escucharme.

—Como le lance una ola es para ahogarlo en ella. —Soltó una carcajada y negué sonriendo.

Con un suspiro centré la vista en la mesa, arrugando la nariz. Tenía mucho trabajo, lo que se resumía en que iba a empezar la semana saliendo más tarde de lo normal. Hice una mueca y abrí una de las carpetas para olvidarme de todo, moviendo el ratón para activar la pantalla del ordenador.

Dejando varias hojas delante de mí, levanté la cabeza al sentir una sensación... la giré hacia los lados, hasta que encontré el motivo. Parado cerca de las puertas de los despachos, Enzo se mantenía de pie observándome con gesto serio.

Levanté una ceja y desvié la atención de él sin poder mantener la vista mucho tiempo, llevándola hacia la pantalla como si lo que había en ella fuera lo más interesante del mundo.

Capítulo 7



Enzo

Entré en el despacho que Fernando me había preparado, parándome frente a la mesa llevándome las manos al pelo, pasándomelas varias veces. Cuando nombró en la lista el nombre de Becca yo lo había escuchado como cualquier otro, sin poder imaginar ni anticipar que era la misma que había conocido.

Bien podría haber dicho Lola en ese instante que mi reacción hubiera sido la misma. Quizás al oírlo sí que había centrado la mirada en todos los empleados, esperando para ver quién atendía a ese nombre. Una reacción de lo más normal y que se tenía por instinto. Pero solo me había durado unos segundos la inspección sin darle mayor importancia porque ¿cuántas mujeres podían tener el mismo nombre? Y más lo había dejado de lado al comprobar que nadie alzaba la voz ni daba un paso hacia delante.

Cogí aire interiorizando la casualidad que acababa de suceder y las consecuencias que tendría a partir de ese instante. Observé el despacho, la imagen que daba era de frialdad al estar solo ocupado por una mesa grande, casi vacía, en la que solo había un ordenador y una silla acompañando al conjunto. Eso era lo que llenaba el centro, junto con un pequeño sofá de dos plazas en un lateral y en el lado opuesto, un armario con llave.

Pensando en que tenía que darle mi toque personal y sin poder apartar las sensaciones con las que me había quedado, varios golpes en la puerta me hicieron girar hacia ella.

—Adelante —hablé.

—¿Te gusta? ¿Te parece bien? —Entró Fernando, sonriente.

—Claro —asentí—, ya lo pondré a mi forma.

—Lo que necesites me lo comentas —asintió—. En la segunda planta tenemos el almacén y allí encontrarás todo el material necesario.

—Perfecto, en un rato voy.

—Enzo...

—Dime. —Me senté en el filo de la mesa.

—Lo que ha sucedido...

—No te preocupes. —Quise quitarle importancia.

—Solo quería decirte que tanto Nina como Becca son unas excelentes trabajadoras. Nunca me ha preocupado que se tomen el tiempo libre que necesiten porque el trabajo que realizan es impecable y muchas veces son de las últimas en dejar la oficina, excediendo el horario laboral. Tengo plena confianza en ellas, tienen mucha responsabilidad con el trabajo y sé que terminarás comprobándolo de buena mano.

Asentí y miré hacia la puerta. Como le había dicho, no tenía de qué preocuparse porque no era de juzgar a la ligera hasta que no veía por mí mismo lo que había. Curvé un poco los labios y negué.

—Ya he dicho que a una de ellas la conozco. —Lo miré.

—No me esperaba que conocieras a Becca. Pensé que la ibas a tomar con ella —soltó un suspiro.

—¿Qué te ha hecho pensar eso? —Levanté una ceja, divertido.

—¿Vuestras reacciones?

—En nuestra línea —me incorporé—, por lo tanto, te aviso de antemano.

—¿Sobre qué?

—Que puede que sí que la tome un poquito con la empleada del año. —Junté varios dedos delante de él.

—Si me dejas darte un consejo. —Carraspeó.

—Puedes hablar, claro —asentí.

—Como es referente al trabajo ya lo he explicado, en lo personal, es una persona que aportará y ayudará en todo lo que pueda, pero si se siente atacada, si nota que algo va en contra de su persona o de alguna otra... no se callar y puede que al principio te altere y te lleve a tomar decisiones que no...

Reí, no pude aguantarme más la verdad. Se quedó desconcertado por mi reacción.

—No voy a tomar represalias contra nadie sin asegurarme de que lo merece. Quédate tranquilo, Fernando. Por mi parte no ha sucedido nada, hasta que vuelva a darse, porque no dudo de que así será, ¿verdad? —dije divertido.

—Hasta que te coja el punto, ármate de paciencia —negó sonriendo.

—No necesito saber nada más, con solo escucharte hablar de ella tengo bastante —asentí sonriendo.

—Le tengo un gran cariño y mi mujer es una gran defensora de ella. —Rio.

—Se nota, lo tuyo; lo de tu mujer estaré pendiente por si alguna vez aparece por aquí, para no traspasar ninguna línea con Becca y así evitar que se me eche encima. —Hice un guiño.

—Has pillado la idea. —Rio haciéndome sonreír—. Hasta yo me voy a mentalizar porque por lo que comentas...

a—Cómo decirlo. —Carraspeé—. Entre nosotros es muy habitual que eso suceda —intenté no reír—, pero nada de lo que tengas que preocuparte, sé dejarla callada.

—Pues serás el único que lo consigue —dijo sorprendido.

Sonreí de oreja a oreja, negando. Y tanto que mis métodos surtían efecto, otra cosa es cómo se los tomara ella.

—No me voy a aburrir, va a ser muy divertido —aseguré—. ¿Quieres un café? Lo necesito antes de subir a buscar las cosas para poder empezar a trabajar. —Me acerqué a él.

—Por supuesto, vamos. —Me dio una palmada en un hombro.

Salimos del despacho y caminamos por el pasillo para bajar a la planta inferior que era donde estaba la cafetería a la que iban todos los que trabajaban en el edificio. Había más oficinas de diferentes empresas en él, las nuestras abarcaban tres plantas completas.

No tardé en fijar los ojos en la mesa de Becca. En ese instante no me vio, miraba hacia abajo concentrada en unos papeles y hablaba por teléfono. No lo pude evitar, en cuanto pasamos por delante de ella, porque quedaba frente a pasillo, me hice notar.

—Haga bien su trabajo, empleada —remarqué la última palabra—. No quisiera tener que darle un toque de atención con el poco tiempo que llevo aquí. Estaré pendiente de cada paso que dé.

í

Serio y sin mostrar la diversión que me provocó que levantara la cabeza de golpe y entrecerrara los ojos dirigiéndolos hacia mí, seguí mi camino alejándome de allí junto a Fernando, el que miró por encima de mi hombro para ver su reacción. Volví a curvar los labios al escuchar perfectamente, en tono muy bajo, un «idiota impertinente» por parte de ella.

—Me vais a dar más de un dolor de cabeza —negó cuando llegamos a las escaleras y empezamos a bajarlas, al haberla oído tan bien como yo.

—Relájate, no voy a hacer uso de mi autoridad ni a pasar por encima de nadie.

—¿No lo estás haciendo ya?

—¿Yo? —Reí—. Bueno, quizás solo un poco, pero lo que viene siendo normal cada vez que nos tenemos cerca, sea su jefe o no.

—¿De qué os conocéis? Si no te importa decírmelo...

—Para nada, pero creo que te vas a quedar peor cuando lo haga. —Lo miré de reojo.

—Dios mío. —Se frotó la cara.

—Vamos a tomarnos el café y te pongo al día. —Reí, entrando en la cafetería.



Eché la espalda hacia atrás en la silla. Eran las seis de la tarde. El horario laboral terminaba a las cinco, pero había aprovechado para ponerme más al día de lo que estaba para poder empezar al día siguiente con lo que me había marcado.

Apagué el ordenador y me levanté cogiendo la americana de la silla, colocándomela. Lo guardé todo y fui hacia la puerta para dar el día por terminado. Nada más salir a la sala principal la recorrí entera. Estaba en completo silencio al estar casi todas las mesas vacías, casi, porque una que tenía por delante de mí seguía ocupada.

Con calma empecé a andar hasta que llegué a ella, parándome frente a Becca.

l—¿Todavía aquí? —dije mostrándome serio. Actitud que intenté mantener porque lo complicó con su actitud, al pasar de mí— ¿Tan concentrada estás que no me oyes?

—Claro que lo hago, jefe —remarcó—, pero ya tengo bastante con escucharle como para encima contestarle. —Siguió concentrada en la pantalla del ordenador—. ¿Qué haces? —Esa vez sí que se centró en mí.

Acababa de apagarle la pantalla, lo que por lo visto no le sentó muy bien. Poco me importó para llevar a cabo mi propósito.

—Cuando hablo —apoyé las manos en la mesa, inclinándome hacia delante—, me gusta, no, quiero, que me

miren a los ojos. Llámame raro, pero el resto lo considero una falta de respeto.

Se echó hacia atrás en la silla, levantando una ceja, hasta que se impulsó hacia delante, quedando cerca de mí.

—¿Así le parece bien? —preguntó sin pestañear, agrandando los ojos muy cerca de los míos—. Respondiendo a su pregunta, jeeefe, si me lo permite, no quisiera faltarle el respeto en ningún momento pero... ha sido un poco tonta porque sobra decirla cuando estoy aquí, se ha parado para hablarme y me está mirando. —Curvó los labios.

—Estoy muy por encima de ti para permitirme el lujo de hacer todas las preguntas tontas que crea oportunas. —Levanté una ceja.

—Lo de muy por encima de mí solo lo crees tú, lo que se resume en que yo tengo la opción de dignarme a responderlas o no. —Puso los ojos en blanco e intentó encender la pantalla.

—Vete a casa. —Le aparté la mano antes de que lo hiciera.

—Aún no. —Frunció el gesto—. Me queda media hora para...

—He dicho —me incliné más—, que lo dejes por hoy. Mañana continuas. —Volví a evitar que rozara el interruptor de la pantalla.

—¡Ya está bien! —Se levantó con tanta energía que la silla se desplazó bastante hacia atrás—. Vamos a dejar desde ya las cosas claras. —Me señaló.

—Soy todo oídos. —Me senté muy tranquilo en el borde de la mesa.

Con un bufido la rodeó quedándose frente a mí.

—Como no estamos en horario laboral voy a ir directa... no tienes ningún derecho a comportarte conmigo de diferente manera que con cualquier otro empleado. —Siguió señalándome—. Que me conozcas de fuera no implica que...

—¿Lo hago? —Levanté una ceja.

—Ya me has entendido. —Bajó la mano y apretó las dos cerrando los puños—. Estamos en el trabajo, por desgracia con esta inesperada sorpresa, la que vamos a tener que digerir para...

—Yo no he tenido problema en hacerlo. —Ladeé un poco los labios.

—¿¡Quieres dejarme terminar!/? —Alzó la voz.

—Me vas a quitar el primer puesto de impertinente. —Crucé los brazos.

—Así no se puede —se quejó soltando un bufido.

—¿Quieres que te trate de otra manera? Gánatelo.

—¿Qué dices? —Echó hacia atrás el cuerpo e intenté no reír.

—¿Tienes problemas de audición? Espera, que te lo repito...

—Cállate ya —siseó.

—Como decía. —Me incorporé despacio, dando el paso que me separaba de ella—. Para que se cree una normalidad entre nosotros tienes que ganártelo, no seré yo el que propicie que eso suceda. —Me incliné hacia ella

—El número uno lo sigues teniendo tú —murmuró cabreada.

—Me encanta ser el primero en algo —curvé los labios—, y te vas a dar cuenta ahora que nos tenemos muy cerca de que lo soy en todo lo que me propongo.

La agarré rápido de uno de los puños que mantenía apretados y tiré de ella, acercándola a mí. Contuvo la respiración al chocar conmigo, parpadeando varias veces con la vista fija en mi pecho, donde se había quedado su cabeza.

—¿Esa zona también es agradable a la vista? —susurré.

La pregunta iba dirigida al momento en el que me acerqué a la mesa que ocupaba en la reunión de los ex, la primera vez que me vio, dejando los ojos fijos en la parte baja de mi cuerpo.

—Para nada —murmuró.

—Te podría creer si no fuera porque... —hablé bajando hasta dejar mis labios cerca de su oreja. Sonreí por su reacción, al ponerse rígida— A veces no hace falta decirlo con claridad para saber a lo que atenerse —repetí sus propias palabras, unas de las tantas que me dedicó aquella noche.

Me separé rápido provocando que se tambaleara y le di la espalda, metiéndome las manos en los bolsillos.

—Tienes cinco minutos para salir de aquí, si no, vendrá alguien de seguridad avisado por mí para sacarte. Tú elijas cómo quieres hacerlo.

Con esas palabras salí de la sala y llegué hasta el ascensor. Cuando la puerta se abrió entré y giré pulsando el

botón de la planta principal, con la vista fija hacia delante, hacia Becca que aún no se había movido de donde la había dejado, con una expresión...

—Cuatro minutos... —Reduje el tiempo antes de dejar de verla.

Cogiendo aire me apoyé en un lateral, pensativo. De esa manera salí cuando las puertas se abrieron, directo hacia la plaza de aparcamiento donde había dejado el coche. No me paré a llevar a cabo la advertencia que le había hecho, estaba más que seguro de que no tardaría en dejar el edificio.

Y así fue cuando unos minutos más tarde sonreí desde el interior del coche viendo cómo caminaba ligera despidiéndose de varias personas que encontró a su paso. Conforme, arranqué y me fui, dando el día por finalizado, uno más que satisfactorio y que tenía que analizar muy bien una vez llegara a casa.

„Increíbles todas las coincidencias que se daban con Becca como principal protagonista.

,

botón de la planta principal, con la vista fija hacia delante, hacia Becca que aún no se había movido de donde la había dejado, con una expresión...

—Cuatro minutos... —Reduje el tiempo antes de dejar de verla.

Cogiendo aire me apoyé en un lateral, pensativo. De esa manera salí cuando las puertas se abrieron, directo hacia la plaza de aparcamiento donde había dejado el coche. No me paré a llevar a cabo la advertencia que le había hecho, estaba más que seguro de que no tardaría en dejar el edificio.

Y así fue cuando unos minutos más tarde sonreí desde el interior del coche viendo cómo caminaba ligera despidiéndose de varias personas que encontró a su paso. Conforme, arranqué y me fui, dando el día por finalizado, uno más que satisfactorio y que tenía que analizar muy bien una vez llegara a casa.

Increíbles todas las coincidencias que se daban con Becca como principal protagonista.

Capítulo 8



Becca

—¿Por qué tiene esa cara? —Quiso saber Anaís dirigiéndose hacia Nina.

—Está en guerra con el universo entero, menos con nosotras, que nos libramos —le respondió riendo.

—No me toquéis la moral que estoy muy tranquila. —Dejó caer, recostada en el sofá de Anaís.

Era viernes, bien entrada la tarde, había pasado una semana completa de trabajo en la que había estado acosada y martirizada por el nuevo jefe. Pocos momentos me había dejado en paz. Que, si Becca tráeme un café... como si él no tuviera pies para ir a por él. Que, si Becca ven a mi despacho para explicarme con lo que estás. Que, si Becca ves al archivo, pidiéndome todo tipo de documentación que él podía buscar solito porque más ordenado no podíamos tenerlo. Fernando lo hacía, pero el señorito, no. Y así podría continuar, lo que se había repetido en incontables ocasiones.

Hasta las narices estaba y solo habían pasado cinco días, ciiinco. El remate final lo había dado cuando sobre las dos del mediodía, porque los viernes hacíamos jornada intensiva, había salido de su despacho tan campante y al pasar por delante de mí me había ordenado, oh sí, ordenado, no pedido con educación, que fuera hacia su despacho a apagarle el ordenador porque él ni se había molestado en hacerlo.

¿Os lo podéis creer? ¿Y qué había hecho yo? Llevar a cabo mi trabajo como una profesional, sobra decirlo, a pesar de que todas las funciones que me mandaba o exigía no tenía por qué realizarlas porque no iban conmigo. Pero “supercalladita” y modosita las había llevado a cabo sin mover los labios para no darle el gusto de soltarle cualquier cosa.

Ah, pero por dentro estaba, Dios, a punto de explotar y cuando lo hiciera mejor elegir el mejor momento porque iba a destrozar con el estallido que soltara todo lo que hubiera a cinco kilómetros de mí, como mínimo.

Esperé a que desapareciera de la oficina, tomándome mi tiempo para dejar cerrado mi ordenador y recoger todos los papeles hasta que volviera el lunes. Cuando lo hice me levanté con calma y me dirigí hacia su despacho para

llevar a cabo lo que me había ordenado, con una sonrisa que me fue saliendo conforme llegaba hasta él.

—Becca. —Me paré al escuchar a Fernando.

—¿Ya te vas? —sonreí porque con él era imposible mostrar mi mala leche. Bueno en alguna ocasión la había dirigido hacia él, pero en esos casos había sido más que justificado, que conste, porque lo adoraba.

—Sí, se acabó la semana —asintió.

—Dale recuerdos a Jasmín, a ver si me paso algún día a verla. —Me referí a su mujer, a la que también adoraba.

—Así lo haré y eso no pienso decírselo. —Rio y levanté una ceja—. Hija, que si se lo comento estará cada media hora insistiendo para que te llame, para saber cuándo lo vas a hacer. Mejor que vayas directamente cuando tengas tiempo —negó divertido.

—Ah, vale. —Reí entendiéndolo—. A ver si hago un hueco y voy.

—La harás feliz. —Hizo un guiño—. ¿Adónde vas? —Se fijó en la puerta del despacho de Enzo, la que teníamos muy cerca.

—Tu querido socio y mi archienemigo jefe me ha exigido que vaya a su despacho para apagarle el ordenador porque por lo que se ve, él tiene las manos muy finas y delicadas como para molestarse en hacerlo —solté con guasa.

—Eso te ha pedido —dijo pensativo.

—Sí, mi queridísimo Fernando, ¿cómo se te queda el cuerpo? Orgullosos tienes que estar de mí porque más no lo he podido ignorar durante toda la semana y ni he abierto la boca cada vez que me ha hablado.

—Estás madurando —dijo intentando no reír, hasta que no pudo controlarlo y soltó una carcajada.

—Sabes perfectamente que eso sucedió hace muchísimo tiempo —negué divertida, soltando el aire.

—Es buen hombre, hija. —Se acercó poniendo una mano sobre mi hombro, sonriendo.

—¿Quién dice lo contrario? Hay personas que encajan y simplemente entre él y yo eso no ha sucedido. —Me encogí de hombros.

—O lo habéis hecho más de la cuenta. —Rio acercando la mejilla a la mía, dándome un beso.

—¿Qué quiere decir eso? —Fruncí el gesto hablando en alto porque se alejaba de mí, dándome la espalda.

—Te falta la maduración de ese dato en concreto, cuando la consigas lo entenderás por ti misma —dijo con guasa levantando una mano como última despedida.

—Pues mira qué bien. —Hice una mueca.

Seguí con lo que tenía que hacer y abrí accediendo al despacho. Caminé hacia la mesa y me coloqué delante del ordenador. Sorprendida me quedé cuando moví el ratón para activar la pantalla, por lo que apareció en ella. Me incliné hacia delante como si el tamaño de la letra no fuera suficiente para verla desde el fondo del despacho porque más grandes no podían ser.

«Becca, Becca... la próxima vez que tardes tanto en realizar algo que te ordeno, me sumo otro favor a la lista en la que los voy acumulando. Por ahora este sería el tercero, el que ya veré si el lunes lo doy como bueno por todas las muecas que estas poniendo ahora mismo y lo que estás pensando de tu adorado jefe nuevo, o sea, yo».

—Este hombre es tonto de remate. —Me separé de golpe, resoplando mientras miraba hacia todos los rincones de despacho para ver si había alguna cámara en la que me estuviera viendo, porque había acertado en lo de las muecas. Y en los pensamientos, ah, pero para mí quedaba la gran variedad de ellos que tenía y jamás iba a saber él.

Sin poderme contener, pulse el *enter* y desplacé el cursor hacia abajo, para que cuando volviera a trabajar lo recibiera con agrado.

«Mi querido y adorado jefe nuevo, o sea, tú. Léalo con toda la ironía del mundo por si sus neuronas no dan para tanto... me congratula decirle a través de aquí: que se vaya a la mierda un poquito y deje de tocarme la moral porque cuando explote, oh, cuando lo haga, me lo voy a llevar por delante. Atentamente, su empleada predilecta porque parece que en la empresa no existe nadie más para ordenarle y mandarle que yo».

Satisfecha y con una sonrisa de oreja a oreja cambié el nombre del archivo por uno que llamaría mucho su atención y lo guardé. Antes de apagarlo lo dejé colocado en el centro del escritorio para que fuera lo primero que viera el lunes al llegar, cuando lo encendiera.

Y no tuve bastante con eso que empecé a llenarle la pantalla de pósits en los que alabé todas sus cualidades de mi puño y letra. Cuando terminé me separé, orgullosa de mí misma, y salí dejando cerrado. Como ya he comentado me había mantenido callada durante toda la semana, pero ello no había quitado que me quedara a gusto llevando a cabo varias cosillas como las que acababa de hacer.

¿Insignificantes verdad? Por supuesto, con lo que estaba aguantando eso no era nada.

Dejé los pensamientos de lo que había sucedido, volviendo al presente junto a mis amigas, a la casa de Anaís al

escuchar la voz de Alba, su hija.

—Tía Becca. —Salió corriendo directa hacia mí, con una sonrisa.

—Dime cariño. —Me senté bien en el sofá y la abracé sentándola en mis piernas.

—Quiero enseñarte unos dibujos antes de que te vayas. —Balanceó las piernas.

—Claro. —Le di un beso en la mejilla.

Con seis años era la niña mimada de todas, desde que nació. A Nina y a mí nos consideraba sus tías y así nos sentíamos nosotras hacia ella.

—Vamos a verlos. —Me levanté dejándola en el suelo.

l —Rocío tiene que estar al llegar —nos avisó Anaís.

—No hay prisa. —Le hice un guiño dejándome guiar por Alba.

Rocío era la niñera que se quedaba con la pequeña cuando salía del colegio porque el horario de trabajo de mi amiga no cuadraba para que pudiera recogerla, llegando una hora más tarde a casa. En esas ocasiones y como en la que se daría esa noche en la que se quedaría a dormir con la pequeña porque íbamos a salir las tres.

—A ver qué preciosidad has hecho —dije sentándome en el suelo a su lado, esperando mientras buscaba entre varios folios.

—La tía Nina ya los ha visto, se los he enseñado ante de que llegaras —dijo concentrada, haciéndome sonreír.

—Ala, qué bonitos —dije sorprendiéndome cuando me los puso delante—. Tienen muchos detalles, son preciosos. —Los miré con atención mientras ella aplaudía emocionada—. ¿Este quién es? —Levanté una ceja dejando el dedo encima de una imagen que pasaba desapercibida, pero que estaba bien detallada en una esquinita.

—Peter —respondió poniendo morros.

l —Ajá —asentí observándola— ¿Y qué está haciendo Peter con la mano?

—Tirarme del pelo. —Se cruzó de brazos, enfadada.

—Y esto... —carraspeé— ¿ha salido de tu imaginación o has recreado una realidad? —Esperé, y por el puchero que hizo no necesité que me respondiera—. A ver, ven aquí. —Dejé a un lado los dibujos y la acerqué a mí, sentándola encima de mis piernas—. Cuéntame quién es Peter y cada detalle de él.

—¿Le vas a pegar tú? —dijo emocionada y contuve el soltar una carcajada.

—Eso no se hace —negué—, lo que no quita —levanté un dedo al verla hacer una mueca de desaprobación—, que la tía Becca le deje claras varias cositas al tal Peter, con su madre al lado. —Le hice un guiño.

—¿Lo harás? —Agrandó los ojos.

—Cuéntame lo que hace y lo que pasa. —Le revolví el pelo con cariño.

—Se mete conmigo. —Bajó la mirada.

—¿De qué manera? —La apreté contra mí.

—Siempre hace comentarios de que no tengo papá —dijo con la voz tomada—. Se ríe de mí en clase y en el patio siempre me busca para tirarme del pelo. —Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Entiendo. —Le di un beso—. No te preocupes, yo me encargo.

—¿Vas a hablar con su mamá? —susurró.

—Ese es el primer paso, sí. Si fuera mayor de edad me lo saltaría, pero... —Le hice cosquillas para que dejara la tristeza y el bajón que le había dado, consiguiéndolo, porque tenía muchas. Terminó escapándose de mis brazos, alejándose a gatas riendo.

—¿Cuánto hace que sucede? —Me levanté despacio.

—Desde el inicio del curso, vino nuevo. —Hizo lo mismo agarrándose de mi mano.

—Está bien, pues olvídate ya del tema, ¿vale? —sonreí.

—Vale —asintió convencida.

—Creo que ya ha llegado Rocío, he escuchado la puerta.

—Sí —gritó mientras salía de la habitación.

Antes de hacerlo, de seguirla, me agaché para coger el dibujo que quería y lo doblé, guardándomelo en el bolsillo del pantalón. Cuando llegué al salón todas estaban entre el sofá y en varias sillas. Me uní a ellas saludando a Rocío y tardamos más de media de hora en salir para ir a cenar.

—¿Sabes quién es Peter? —Me dirigí a Anaís mientras caminábamos por la calle hacia el restaurante en el que habíamos reservado.

—¿Peter? —Se quedó pensativa.

—Un compañero de la clase de Alba —aclaré por si estaba pensando en un adulto.

—Ah, sí. —Se puso seria—. Últimamente saca mucho su nombre.

—¿Quién es ese? —Quiso saber Nina.

—Uno que está molestando a la pequeña —dije tranquila—. ¿Has hablado con su madre? —La miré de reojo.

—Sí —soltó un suspiro—, pero por lo que parece no ha hecho nada al respecto.

—Ya veo —asentí, pensando.

—¿Le está haciendo algo a nuestra pequeña? —dijo con un jadeo Nina.

—Estaba, pasado —aseguré.

—No te metas en problemas —me pidió apurada Anaís—. Ya he hablado con la tutora y la directora.

—¿Con qué resultado? Porque sigue pasando lo mismo. —Levanté una ceja.

—Ya, ese niño pasa de todo y cuando no lo ven encuentra siempre la ocasión para...

—Pues es el momento de dejarle varias cosas claras por muy pequeño que sea, ya que en su casa eso no lo encuentra —dije seria.

—Becca... —Me agarró de un brazo Anaís.

—Ni te preocupes —le sonreí—. Ahora toca divertirnos.

—Cuando vayas a ir me apunto —dijo convencida Nina.

—Ay, madre mía, que os conozco. —Se llevó las manos a los mofletes Anaís—. Yo también estaré —soltó haciéndonos reír.

—Los problemas hay que atajarlos de raíz y si no surte efecto... pues ya veré cómo lo hago. Pero ya te digo que ese tal Peter no va a volver a mirar ni la sombra de Alba. Vamos. —Tiré de las dos los últimos pasos para entrar a

restaurante.

Nada más sentarnos cambiamos de tema con la primera botella de vino por delante. Disfrutamos de la cena. Yo me dediqué a rellenarle la copa a Anaís al notarla más pensativa de lo normal, con la necesidad de que dejara el problema que la atormentaba apartado, al menos por esa noche.

Cerca de la media noche dejamos el restaurante y buscamos un taxi. Como sabíamos que íbamos a beber, no mucho, pero lo normal, optamos por no coger ninguno nuestro coche. No tardamos mucho en ver a uno libre y lo llamamos.

—Me duelen los pies. —Se apoyó en mí Nina, arrugando la nariz.

—¿Por qué te has puesto tacones tan altos? —negué divertida, mirando hacia sus pies.

—Tampoco lo son tanto. ¿Habéis visto qué culito me hacen? —Nos dio la espalda poniéndolo en pompa.

Al lado de la barra, con las copas en las manos, soltamos una carcajada cuando empezó a moverlo delante de nosotras. Normal que se quejara, en la vida me había puesto unos de esa altura y eso que en el trabajo de vez en cuando optaba por llevarlos. Y más normal era al llevar casi una hora bailando al ritmo de la música alta que nos envolvía.

—Quítate los mientras no vayas a bailar —sugirió Anaís.

—Como se los quite ya no podrá volvérselos a poner. ¿Con lo hinchados que los tiene?

—¡Qué asco! En el suelo tiene que haber de todo. —Hizo una mueca Nina.

—Pues no te queda otra que aguantar el tipo —negó Anaís.

—Estoy por preguntarle al camarero si tiene unas zapatillas detrás de la barra, de esas como las de los hoteles —dijo pensativa.

—Todo tuyo. —Reí apartándome.

Decidida se inclinó sobre la barra, dejando la parte de arriba del cuerpo en ella mientras llamaba la atención de él.

—¿Qué pasa? —Reí al ver su expresión cuando bajó de golpe.

—Que no he llamado la atención del camarero. —Me miró agrandando los ojos.

1—Pues sigue intentándolo —propuse.

—Lo he hecho hacia otro. —No modificó la cara de sorpresa y levanté una ceja.

—¿Qué dices? ¿Quién? —se interesó Anaís ocupando el sitio que hacía nada Nina había dejado—. Yo no veo a nadie que esté mirando hacia aquí —confirmó bajando, girándose hacia nosotras.

No le presté atención sin poder dejar de observar la expresión de Nina, la que se agarró de mi brazo. Me moví despacio, inclinándome en la barra, pero sin ocuparla tanto como habían hecho ellas. Y lo entendí todo porque la misma sorpresa me llevé yo, quedándome igual a Nina cuando hice un recorrido por la barra, hasta encontrar una cara que miraba en mi dirección, seria.

—Mierda —solté poniéndome recta.

—Me estoy perdiendo algo. —Nos miró Anaís.

Me llevé la copa a los labios y di un buen sorbo sintiendo que no hacía el efecto que necesitaba.

—No me lo puedo creer. —Terminé bufando.

—¿Vais a decir algo claro? Porque no hay quien os entienda.

—Nuestro jefe está aquí —aclaró Nina.

—¿Fernando? —Se extrañó Anaís sin caer a quién se estaba refiriendo.

—No, el otro —la rectifiqué cortante, pero no hacia ella.

—Oh. —Agrandó los ojos sabiendo perfectamente a quien nos referíamos porque estaba al día de todas las novedades que nos habían sucedido—. ¿En serio? Al fin voy a ponerle cara. —Se emocionó aplaudiendo, lo que solo le dio tiempo a hacer una vez porque enseguida empezó a disimular cogiendo la copa, por la mirada que le eché.

—Nos vamos —aseguré porque no quería que la noche se me estropeará, ni estar incómoda. Sería por bares de las mismas características al que estábamos...

—Menuda sorpresa. —Escuché una voz detrás de mí que provocó que el vello se me erizara.

Bueno, me dije cerrando los ojos con fuerza, al menos todavía no ha visto los regalitos que le he dejado en su despacho.

Capítulo 9



Enzo

A quien menos esperaba ver, con ella me di de frente. Menuda novedad, ¿verdad? Por lo visto una parte de mi vida se resumía repitiéndose con lo mismo. Al principio solo había visto a Nina, pero claro, una cosa lleva a la otra y no tardó en hacerse presente Becca, apoyándose en la barra después de que lo hiciera otra que no conocía.

La recorrió entera fijándose en las personas que conversaban animados en ella, era de imaginar que alertada por su amiga, de eso no tuve duda en cuanto sus ojos me vieron. La sorpresa que se llevó fue evidente, a mí ya me había dado tiempo a recomponerme y a prepararme.

—¿Algo interesante por el otro lado? —Se asomó Mateo mirando en varias direcciones, sin localizar el punto de mi interés porque ya no se hacía visible.

Aunque lo hubiera encontrado de poco le hubiera servido porque ni la conocía, ni le había dado a él ningún detalle las veces que el nombre de Becca había salido en nuestras conversaciones. El único que podía reconocerla era Pablo, si se acordaba, porque la vio en la reunión de los ex.

Me bebí lo poco que quedaba en la copa y me separé de la barra, dándole un golpe suave en la espalda a Pablo que estaba moviendo las caderas delante de una chica con la que llevaba un tiempo tonteando.

Una hora y media aproximadamente hacía que estábamos allí. A última hora de la tarde nos habíamos reunido en mi casa y habíamos hecho tiempo para la cena. Esa vez pidiendo comida a domicilio, para después salir a tomar algo.

—¿Dónde vais? —Medio giró hacia nosotros al ver que nos movíamos.

—Ni idea, está de un misterioso. —Me señaló Mateo, provocando toda la atención de Pablo que se giró hacia nosotros después de decirle algo a la chica.

—¿Ya te quieres ir? —preguntó porque iba hacia la dirección en la que estaba la salida.

—No es la intención —respondí curvando un poco los labios.

El local estaba al completo, o más que eso, porque cada dos pasos tenías que pararte y hacerte hueco para seguir avanzando. Un agobio estar por la zona que pasamos porque al menos donde nos habíamos hecho con un rincón teníamos más libertad de movimiento.

—Nada, hombre, pues cuando quieras ya nos dices hacia dónde vamos —comento Mateo.

Seguí a lo mío con ellos detrás, hasta que me paré cerca de la barra y hablé, provocando que las cabezas de mis amigos se asomaran por mis hombros, cada una en uno.

—Menuda sorpresa —dije haciéndome notar.

Becca era la única que estaba dándonos la espalda, Nina y la otra chica quedaron frente a nosotros, por lo que nos miraron al instante. Intenté no reír al notar la rigidez del cuerpo de Becca mientras Nina le daba un toque con la mano como si por ella misma no se hubiera dado cuenta de mi presencia.

1

—Ostras —soltó Pablo, sorprendido, pero no hacia ella, sino en la dirección de Nina.

—Ay, mi madre —dijo ella cuando Pablo salió de detrás de mí.

—¿Os conocéis? —hice una pregunta obvia porque fue más que evidente y habiendo estado los dos también en la reunión de los ex... ahí las vi por primera vez cuando Becca fue a buscarla para irse.

2

—Preciosa —dio un paso hacia delante para acercarse a ella.

—¿Dónde te crees que vas? —Entrecerró los ojos ella.

e

—A saludarte mujer —dijo sonriente él.

—Pues sigue esperando, como yo hice durante varios días tu llamada. —Movié un dedo delante.

—Perdí el papel con tu número de teléfono —se justificó.

—Claro que sí, a lo mejor me voy a tragar sea tontería. —Bufó.

—Búscalos, verás que no los tengo. —Cogió el móvil y lo colocó frente a ella.

—Lo puedes haber borrado a propósito o ni siquiera grabarlo. —Levantó la cabeza hacia un lado, rechazándolo.

Dejé de prestarles atención y me centré en la cabeza de Becca que aún no se había movido. Di un paso hacia delante, quedando muy pegado a su espalda por lo que se puso más en tensión.

—¿No me saludas ni fuera de la oficina? —susurré cerca de su oído— Mmm... al final creo que tendré que añadir clases de modales a tu rutina de trabajo.

Tuve la reacción que buscaba y contuve el soltar una carcajada cuando se giró tan rápido hacia mí, que la nariz se le quedó casi pegada a mi jersey. Con varios bufidos dio un paso hacia atrás, levantando la cabeza para mirarme.

—No hay nada que tú puedas enseñarme a mí. —Se señaló.

—¿Estás segura de eso? —Levanté una ceja.

—Hola —interrumpió la chica que no conocía—. Yo soy Anaís. —Levantó una mano llevándose la atención de los tres.

—Encantado, preciosa. —Fue Mateo el primero en acercarse, presentándose con dos besos—. Por lo visto somos los únicos que no se conocían —comentó mirándonos divertido.

—Eso parece, creo que alguno se ha llevado una sorpresa —afirmó ella risueña.

Pablo y yo fuimos hacia ella para presentarnos ya que no lo hicieron sus amigas por nosotros, al igual que Mateo hizo con Nina y Becca, y Pablo con la última también ya que no la conocía de cerca. Después de separarme de darle dos besos a Anaís, me centré en Becca y en Nina que murmuraban entre ellas, distinguiendo pocas palabras, unas de ellas fueron las de Becca preguntándole asombrada que cómo podía conocer a mi amigo, por lo que Nina se justificó diciendo que, que iba a saber ella si en ningún momento nos vio juntos.

Divertido me apoyé en la barra, muy cerca de la sorprendida.

—¿No tienes más sitio para estar? Que corra el aire. —Bufó intentando separarse, pero no llegó a dar ni un paso por lo estrechos que estábamos.

—Invito a una ronda. —Dio una palmada en la barra Mateo, llamando la atención del camarero.

En el momento en el que le pedimos lo que queríamos y él sacaba la cartera para pagar, Becca se dirigió a mí.

—Hola —dijo como si nada.

—Hola —sonreí—. Vas mejorando.

—No lo estropees —siseó, pero la escuché perfectamente.

—Si lo estropeo es según tu percepción, no la mía. —Me incliné hacia ella.

r —Tened —nos interrumpió Mateo dándonos las copas.

Se lo agradecemos y a partir de ese instante lo único que se escuchó a nuestro alrededor fue la música. Así pasamos un buen rato, cada uno a lo suyo con varios focos de atención. Mientras bebía con calma me fijé en las miradas de reojo que Nina le lanzaba a Pablo, el que poco a poco, más despacio de lo que él quería, se acercaba a la posición de Nina que parecía rehuirle. Mateo se había quedado apoyado a mi lado en la barra, moviendo un poco el cuerpo, de vez en cuando, observando a Anaís e intentando disimularlo, la que en ese momento estaba centrada en el móvil.

Llevé los ojos hacia la única que me faltaba, hacia Becca. Bebiendo sorbos pequeños observaba hacia el frente de donde no había apartado la vista, sin moverse. A punto de dirigirme a ella para hacerla saltar un poco más preguntándole si había apagado mi ordenador, encontrándose con el detallito que le había dejado, no llegué a hacerlo porque Anaís se puso en medio llevándose la atención de todos.

—Tengo que irme. —Pareció apurada.

—¿Qué pasa? —respondió rápido Becca, extrañada.

—Me ha escrito Rocío, a Alba le duele mucho la barriga. Es mi hija, tiene seis años —nos aclaró y entendí su reacción.

—¿Qué dices? ¡Ay! —Se acercó a ella Nina, preocupada.

—Voy a pedir un taxi, quedaros aquí y seguid disfrutando —les pidió a sus amigas.

—De eso nada —negó Becca llegando a su lado—. Nos vamos las tres y si hay que llevarla al médico...

—No lo creo, bueno, ni idea. Hasta que no esté con ella...

—Os llevo. —Me separé de la barra porque nosotros habíamos llegado en mi coche.

—Ve tranquilo, te esperamos aquí. No hay prisa. —Me apretó un hombro Mateo porque todos no cabíamos.

—Gracias. —Nos miró Becca.

—No hay de qué —respondí serio.

Se despidieron de Pablo y de Mateo y las seguí hacia la salida, quedándome el último. Nos montamos en el coche

y durante el trayecto Anaís llamó a Rocío, la que me enteré de que era la niñera que estaba con la pequeña.

Paré en un vado porque a las horas que eran no había sitio cerca del portal que me indicó Anaís y me despedí de ella que volvió a agradecérmelo, lo que había hecho varias veces, junto con Nina que la siguió rápido cuando se bajó.

Miré por el espejo retrovisor hacia atrás, buscando encontrarme con Becca.

—Ve —hablé al verla dudar.

—Sí —soltó un suspiro—. Muchas gracias, Enzo —susurró.

Fue la primera vez que oía mi nombre de sus labios y me gustó demasiado la sensación.

—Ya te he dicho que no hay de qué —repetí.

—Da igual. —Se encogió de hombros.

—¿Me espero por si tenéis que llevarla al médico?

—No hace falta, las tres tenemos los coches aquí. Íbamos a dormir en casa de Anaís.

—Ok —asentí—. ¿Habíais bebido mucho antes de aparecer nosotros? —Quise saber porque desde ese momento solo habíamos tomado la consumición que había pedido Mateo, alargándola con calma.

—No, dos copas en total —confirmó—. El vino de la cena a estas horas ya no cuenta.

—Está bien. —Di como bueno porque en ningún momento las había visto afectadas.

—Salgo —dijo como si tuviera que convencerse a sí misma para hacerlo, buscando mi mirada en el espejo.

—Que vaya bien. —Me giré hacia atrás—. Espero que no sea nada y que quede en eso.

Asintió sin moverse, así se mantuvo durante unos minutos en los que no volvimos a hablar, solo nos mantuvimos la mirada sin apartarla. Con un suspiro susurró el último adiós y se bajó, cerrando. La seguí con la vista hasta el portal, en el que se paró y se giró hacia mí. Sonreí al verla levantar la mano antes de dirigirse hacia las escaleras y empezar a subirlas rápido.

Envié un mensaje al grupo de los chicos avisándoles de que iba a por ellos y me puse en marcha alejándome. Cuando llegué cerca del bar de copas volví a escribirles confirmándoles que ya estaba allí y pocos minutos después salían por la puerta, localizándome.

Para mí, como para ellos, porque así lo confirmaron con mensajes, se terminó la noche. Ya no quedaban ganas de seguir alargándola.

—¿Cómo ha ido? —Quiso saber Mateo nada más entrar.

—El llevarlas bien —me encogí de hombros empezando a circular—, como está la niña ni idea.

—Joder, tío, qué casualidad —habló Pablo.

—Esas cosas ocurren —contesté porque pensé que lo decía por lo que había sucedido.

—Lo sé, no me refería a eso. —Lo miré por el espejo encontrándolo sonriente.

—Ah, ya —negué sabiendo por dónde iba—. También suelen ocurrir esas coincidencias y de un tiempo a esta parte, por lo visto más de la cuenta.

—Son muy simpáticas las tres —comentó Mateo y lo miré de reajo, curvando los labios—. ¿No las relacionabais? —Se giró hacia Pablo refiriéndose a Nina y a Becca.

—¿Qué iba a relacionar yo? Ni que fuera adivino —dijo sorprendido—. La única vez que las he visto fue por separado y solo hablé con Nina, fue en la segunda mesa que me senté. En ningún momento a ella la ha nombrado Enzo.

—No, solo lo ha hecho con una —dijo con tono divertido Mateo, mirando hacia delante.

—Eso no es verdad, seguro que las he nombrado a las dos. Trabajan para mí. —Carraspeé—. Cuando Pablo me contó que aquella noche que se había hecho con un número de teléfono en ningún momento dijo el nombre de la dueña.

—Mierda, ¿Nina también está en tu empresa? —Se adelantó Pablo entre los asientos.

—Sí —confirmé.

—Joder, tío, creo que voy a hacerme socio. —Soltó una carcajada.

—¿Quieres que te esclavice? —Levanté una ceja.

—Paso, me lo he pensado mejor —negó volviendo a sentarse bien.

Soltamos una carcajada. Pocos minutos me llevó llegar a la casa de Mateo y unos diez más al piso de Pablo. En el

interior del coche, solo, no pude evitar pensar en qué se habrían encontrado las tres al llegar al de Anaís. No tenía forma de saberlo porque no tenía el número de ninguna.

El de dos podía conseguirlo si quería, pero no había caído en ello durante la semana de trabajo. Llegué a mi casa y metí el coche en el garaje. Subí las pocas escaleras que me llevaban al interior y caminé hacia la habitación.

Eran las dos de la madrugada, pero no tenía nada de sueño. Me di una ducha rápida y me puse cómodo, yendo hacia el salón para sentarme en el sofá. Encendí el televisor y busqué algo para ver, que me entretuviera hasta que notara los síntomas del cansancio.

Cuando di con algo interesante, me recosté. Ni película ni mierda, no sé ni para que la puse porque tuve los ojos fijos en la pantalla, pero no me enteré de nada con la mente yendo de un lado al otro.

Llegué a la decisión de que iba a intentar cambiar los acercamientos que tenía con Becca, me había gustado demasiado cómo se habían dado los últimos instantes entre nosotros. Aunque para qué decir lo contrario, también lo hacía cada vez que me dirigía a ella haciéndola saltar y el cómo se enfrentaba a mí.

—Tampoco tengo que dejar de pincharla, solo bajar el ritmo —murmuré pensativo.

Cerca de dos horas después, lo supe porque cuando enfoqué la vista en la pantalla la película ya había terminado, me incorporé soñoliento dirigiéndome hacia la habitación para descansar bien. Al final tanto darle vueltas a la cabeza me había quedado dormido sin darme cuenta.

Me metí en la cama, por primera vez con ganas de que llegara el lunes para incorporarme al trabajo. No es que me costara habitualmente, pero tenía un aliciente extra que me motivaba mucho, uno, que estaba deseando volver a ver. Ese fue el último pensamiento y con el que cerré los ojos.

interior del coche, solo, no pude evitar pensar en qué se habrían encontrado las tres al llegar al de Anaís. No tenía forma de saberlo porque no tenía el número de ninguna.

El de dos podía conseguirlo si quería, pero no había caído en ello durante la semana de trabajo. Llegué a mi casa y metí el coche en el garaje. Subí las pocas escaleras que me llevaban al interior y caminé hacia la habitación.

Eran las dos de la madrugada, pero no tenía nada de sueño. Me di una ducha rápida y me puse cómodo, yendo hacia el salón para sentarme en el sofá. Encendí el televisor y busqué algo para ver, que me entretuviera hasta que notara los síntomas del cansancio.

Cuando di con algo interesante, me recosté. Ni película ni mierda, no sé ni para que la puse porque tuve los ojos fijos en la pantalla, pero no me enteré de nada con la mente yendo de un lado al otro.

Llegué a la decisión de que iba a intentar cambiar los acercamientos que tenía con Becca, me había gustado demasiado cómo se habían dado los últimos instantes entre nosotros. Aunque para qué decir lo contrario, también lo hacía cada vez que me dirigía a ella haciéndola saltar y el cómo se enfrentaba a mí.

—Tampoco tengo que dejar de pincharla, solo bajar el ritmo —murmuré pensativo.

Cerca de dos horas después, lo supe porque cuando enfoqué la vista en la pantalla la película ya había terminado, me incorporé soñoliento dirigiéndome hacia la habitación para descansar bien. Al final tanto darle vueltas a la cabeza me había quedado dormido sin darme cuenta.

Me metí en la cama, por primera vez con ganas de que llegara el lunes para incorporarme al trabajo. No es que me costara habitualmente, pero tenía un aliciente extra que me motivaba mucho, uno, que estaba deseando volver a ver. Ese fue el último pensamiento y con el que cerré los ojos.

Capítulo 10



Becca

—Has avisado a tu trabajo, ¿verdad? —preguntó Anaís observando la calle.

—Sí, a Fernando. No te preocupes —confirmé.

—Vale —soltó un suspiro—. Nina se ha quedado con las ganas.

—Hubiera parecido raro que las dos necesitáramos entrar más tarde en lunes.

—Sí. Ya verás como hoy que quiero encontrármela no aparece. —Soltó un bufido, centrada en los corrillos de las madres que teníamos delante.

Estábamos apoyadas en su coche, yo había aparcado a dos calles de allí después de dar muchas vueltas por los atascos y el colapso que se hacían con la entrada del colegio. Ahí estábamos, mirándolo de frente mientras Alba jugaba en el interior del coche haciendo tiempo, distraída.

—Cariño, es la hora. —Le abrió la puerta Anaís.

—Adiós, tía Becca. —Me abrazó y sonreí correspondiéndole.

—Que vaya muy bien cariño. —Me agaché para darle un beso—. Recuerda lo que te he dicho, por la noche te llamo para que me cuentes cómo de estupendo ha ido tu día, ¿vale? —Le acaricié el pelo.

—Sí, lo tengo todo aquí. —Se señaló la cabeza haciéndonos sonreír.

—Perfecto, esa es mi chica. —Le hice un guiño.

—Ahora vengo —dijo Anaís empezando a andar con Alba de la mano, directa hacia la entrada—. Becca. —Se giró y señaló en una dirección.

Miré hacia donde indicaba y me incorporé separándome del capó del coche. Asentí hacia ella y les pedí que siguieran hacia delante. Con calma hice lo mismo, dirigiéndome hacia la mujer que había señalado, la que estaba apartada hacia un lateral hablando con otra mujer, junto a un niño.

Me paré antes de acercarme a ellas y busqué a Alba. Sonreí al verla asentir dándome la conformidad que necesitaba mientras mantenía el pulgar hacia arriba, gesto que imité para que entrara tranquila, lo que no tardó en hacer despidiéndose de su madre en la reja principal.

—Buenos días —dije para hacerme notar al llegar a ellas.

Me había hecho una idea de lo que me podía encontrar, la que se afianzó y tomó fuerza solo con ver cómo una de ellas, me quedó claro que mi objetivo, me recorría de los pies a la cabeza de una forma que no me gustó nada. Y eso que no me conoce, pensé divertida y preparada.

—Julia, ¿verdad? —Fui directa hacia ella.

—Sí, ¿quién eres?

—¿Podemos hablar un momento? —le pedí educadamente.

—Julia, yo me voy ya que quiero aprovechar ahora que no hay mucha gente para ir a comprar —habló la otra mujer.

Le devolví un adiós porque ella sí que mostró lo que le faltaba a la otra, al dirigirse a mí sonriente para irse, despidiéndose.

—¿Quién eres? —repitió— Peter, ven aquí que tienes que entrar al cole —gritó.

Me centré en el niño que ni miró a su madre, ignorándola y volví a prestarle atención a ella.

—Mi nombre es Becca y quería comentarte una cosa. —Me aclaré la voz teniendo toda su atención—. Sé quién eres, superficialmente por tu nombre. No tengo hijos en el colegio, pero sí una sobrina y según me he enterado, tu hijo se mete con ella y no hay día que no la hostigue ni la agrede, ¿lo sabías? Lo comento para que le pongamos solución entre las dos y se pare lo que está sucediendo.

—¿Qué dices? Estás loca. —Se sorprendió.

—No creo que eso vaya en mi dirección porque si no me equivoco, tanto la dirección del colegio como la tutora de tu hijo ya te han notificado más de una vez la situación, ¿o también estoy loca con eso? —Levanté una ceja.

—Déjame en paz, no tengo nada que hablar contigo —soltó de malas maneras, volviendo a hacerme un repaso.

—Con ella no, pero conmigo sí. —Apareció Anaís a mi lado.

—Veo que ya lo has encajado todo. —Curvé los labios al verla removerse por la presencia de mi amiga.

—No me molestéis o lo notifico al colegio. —Nos señaló.

—Tiene gracia, ¿verdad? —Me giré hacia Anaís que asintió seria—. Nosotras te estamos molestando y quieres dar aviso de ello, ¿con qué fin?

—Está claro, para que me dejéis en paz, sino terminaré llamando a la policía. —Levantó la barbilla—. Peter, entró en el cole ya. —Volvió a gritar hacia él.

—No sé si te has dado cuenta, pero mucho caso no te hace —dije tranquila, metiéndome las manos en los bolsillo de la chaqueta vaquera—. Lo que dices está muy bien, es lo que se tiene que hacer en estos casos. Lo suyo es conseguir el propósito que se desea, pero... —Hice una pausa, inclinándome hacia ella—. ¿Tú has tenido en cuenta todas las veces que mi amiga te ha advertido sobre lo que está haciendo tu hijo? ¿Has llevado a cabo algún castigo hacia él cuando la máxima autoridad del colegio te ha dado varios toques? Porque yo no veo que haya habido ningún cambio en él.

—Yo no castigo a mi hijo, yo hablo con él. ¿Quién te piensas que eres para decirme esas cosas?

—¿Y obtienes el mismo resultado que he visto desde que estoy aquí? —Levanté una ceja.

—Ya está bien. —Nos señaló a las dos.

—Eso digo yo —intervino Anaís—. Ya está bien con que mi hija tenga que pasar malos ratos en el colegio por tu hijo, cuando es un lugar donde tiene que estar tranquila y segura. —Dio un paso hacia delante.

—Escúchame bien, si no quieres ponerle solución, o no puedes —remarqué las últimas palabras porque di por hecho que era una mezcla de las dos cosas—, atente a las consecuencias. Puede que mi amiga haya sido pacífica hasta hoy, pero créeme, para mí, que no me conoces en absoluto, hay situaciones y circunstancias que me superan y tomo las medidas que crea oportunas para cortar los problemas de raíz.

—¿Me estás amenazando? —Alzó la voz entre sorprendida, asustada e indignada.

—No sienta bien, ¿verdad? Pues imagínate que te arrastráramos del pelo y eso sucediera cada día, sin parar —comentó mi amiga.

—Mi hijo no hace las cosas que estáis insinuando —negó en tensión.

—He querido ir de buenas —me incliné hacia ella—, para tantearte porque tenía una mínima esperanza de que aceptaras lo que hay y le pusieras solución. Pero como me ha quedado claro el porqué tu hijo es así, te diré, que hasta aquí he llegado.

»Ves a dónde creas oportuno, informa a quién te dé la gana, aunque no creo que te sirva de mucho dado el historial que tiene Peter, ni que hagan nada al respecto. De cualquier forma, actúes como actúes no me preocupa en absoluto. —Curvé los labios.

»A partir de ahora, como mi sobrina Alba, su hija —señalé a mi amiga—, llegue a casa repitiendo lo mismo de cada día, no seré tan tranquila como estoy siéndolo ahora. Avisada quedas y te darás de frente con las consecuencias.

Con un jadeo, dio un paso hacia atrás y caminó ligera hacia su hijo, al que agarró de malas maneras y tiró de él. El niño como respuesta empezó a darle golpes en los brazos a la madre, resistiéndose.

s—Peter. —Sobresalté a los dos al haberme acercado a ellos.

La madre me miró compungida y hasta por un instante me dio pena porque era consciente de que no sabía lidiar con él y su carácter. El niño, con las manos en alto al haberse parado en los golpes, giró la cabeza hacia mí.

—Solo te voy a decir una cosa. —Incliné el cuerpo hacia él mirando de reojo a su madre, la que tragó saliva, pero no se opuso como dándome el visto bueno. Otro detalle más de la desesperación que ocultaba.

—¿Quién eres?

—Eso no te importa renacuajo. —Levanté una ceja—. Como te crees muy mayor para molestar a tu madre y levantarle las manos, lo que jamás en la vida tendrías que hacer por el respeto y el cariño que le debes... como lo haces creyéndote superior cuando no sobrepasas la altura que corresponde a tu edad y no tienes ni dos guantadas —susurré remarcando cada palabra, lo que provocó que él mirara hacia su madre con los ojos abiertos, pidiéndole que hiciera algo.

»¿Quieres que mamá te ayude y hasta que no he aparecido le estabas pegando? A ver si te enteras de una cosa Peter, en la vida las cosas se ganan con los actos y como actúes definirá lo que te encontrarás.

»Molesta más a Alba, tu compañera de clase, con cualquier mínima cosa y lo sabré. Te aviso porque la próxima vez no estará ni tu madre, ni nadie alrededor para ayudarte a salir de la situación, y yo no seré tan complaciente como ahora para dejarte marchar sin que pruebes en ti mismo lo que acostumbras a hacer. —Me levanté despacio, sin dejar de observarlo.

»Si te crees listo y mayor para comportarte como lo haces, lo serás para entender el problema que has provocado y tienes encima, aceptando las consecuencias. Solo doy un aviso, al siguiente actúo.

Miré de reojo hacia la madre que se mantenía tensa y con expresión seria, pero terminó asintiendo casi imperceptiblemente hacia mí. Se alejaron y los seguí con la mirada hasta la reja.

—Me has dado miedo hasta mí —sonreí mirando a Anaís que llegó a mi lado, agarrándose de mi brazo.

—Ese era el fin —dije divertida—. Espero que con esto espabile y reaccione, sino...

—Me veo sacándote de la cárcel. —Escuchamos una voz detrás de nosotras y nos sobresaltamos.

Me giré sorprendida al encontrarme con Enzo apoyado en el muro que limitaba el colegio.

—¿Qué haces aquí? —susurré.

—Eso de pasaba por aquí, toma sentido ahora mismo. —Se encogió de hombros, sonriendo.

—Vaya coincidencia. —Se acercó hasta él mi amiga, y lo saludó.

—Esa es mi vida de un tiempo a esta parte —habló mirándome fijamente.

—El pasabas por aquí es creíble y aceptable, pero ¿por qué...? —Dejé en el aire señalando hacia el muro.

—Da la casualidad de que os he visto, he notado algo raro y teniendo en cuenta de que no estás en el trabajo a estas horas... —Se encogió de hombros—. Me alegro de que lo del viernes no fuera nada y la pequeña se haya recuperado —le sonrió a mi amiga.

—Gracias, Enzo —asintió de la misma forma.

—Estaba todo controlado. —Moví una mano en el aire.

—Ya lo he visto, he sido testigo de ello. Estabais tan concentradas que ni os habéis dado cuenta. —Levantó una ceja hacia mí.

Nos quedamos callados cuando Julia pasó por nuestro lado ligera y murmuró un gracias. Miré a mi amiga que sorprendida había abierto los ojos, al no esperarse esa reacción de ella.

—Qué fuerte, si supieras las cosas que me ha dicho a mí cuando he intentado hablarle sobre Alba. —Se llevó una mano al pecho.

—¡Qué puedo decir! —Exclamé divertida.

—Os dejo chicos, me voy corriendo al trabajo —nos sonrió Anaís.

—Por la tarde os llamo para ver cómo ha ido —asentí dándole dos besos.

—Muchas gracias, cariño. —Me frotó el brazo por encima de la chaqueta.

—Ni lo digas —sonreí.

—Hasta otro día, Enzo. —Se despidió de él.

Viéndola ir hacia su coche, empecé a moverme con la intención de hacer lo mismo que ella.

—Te invito a un café. —Me paré por la proposición de Enzo.

—No me apetece —respondí rápido.

Mentira, quién en su sano juicio que necesitaba los cafés de buena mañana iba a negarse a ello. Con una ceja levantada se acercó a mí al haberme parado para mirarlo.

—¿Entonces hoy quedan descartadas las escapadas a la cafetería del trabajo?

—Tampoco te pases, que eso es sagrado. —Hice una mueca.

—Pues si no aceptas mi café, tampoco tendrás la opción de tomártelo más tarde. —Curvó los labios.

—Eso es maltrato laboral y poder de autoridad. —Me crucé de brazos, resistiéndome.

—Lo primero lo dudo, lo segundo, puede ser según se mire. —Levantó las dos cejas.

—¿Si acepto el café te deberé otro favor? —Fue decirlo y recordar los regalitos que le había dejado, el viernes antes de salir, en su ordenador. Por ello reaccioné rápido para retrasar su llegada—. Acepto, vamos. —Le di la espalda empezando a andar.

—¿Y ese cambio? Interesante —soltó.

Sentí su mirada, pero la ignoré. Bastante tuve con no ponerme a reír por lo que había recordado. Todo estaba por ver cómo se daría el comienzo de semana, por cómo se lo tomaría cuando lo viera.

—No hay quien te entienda. ¿No querías que aceptara? Pues eso he hecho.

—Solo digo que es curioso que hayas rectificado tan rápido sin querer saber lo del favor.

—¡Qué más da! Si los vas sumando como te da la gana y de la nada. —Puse los ojos en blanco.

—Toda la razón. —Rio.

Cruzamos la calle y entramos en una cafetería. Yo me fui hacia la barra, pero me sorprendí cuando me agarró de una mano y me llevó hacia una mesa. Mi intención había sido pedirlo para llevar, algo rápido y seguro, pues no, nada que ver con sus planes.

La ocupamos sentándonos, por mi parte con un pequeño suspiro al sentirme rara. En silencio, con él observándome y yo mirando cada detalle del interior como si buscara algo, así nos mantuvimos hasta que una camarera se acercó para tomarnos nota.

—Has dicho un café —negué porque había pedido de todo.

—Ya que llegas tarde —repiqueó la mesa con los dedos— que sea con el estómago lleno. Así cundes más —dijo divertido.

—Muy gracioso. —Entrecerré los ojos—. Yo cundo de la misma manera así escuches mis tripas sonar desde tu despacho. Por cierto, no me he tomado la libertad de llegar tarde por mi cuenta, Fernando está avisado —remarqué para que no me lo echara en cara con algún comentario.

—Eso no me preocupa —dejó claro, sorprendiéndome—. ¿Cómo ha pasado Alba el fin de semana? He visto que se recuperó, ¿qué tenía?

—Le sentó muy mal la cena, ya está casi recuperada —expliqué.

Nos volvimos a quedar en silencio mientras la camarera ponía encima de la mesa todo lo que había pedido. Preparé mi café y le di un sorbo.

—¿Qué estaba sucediendo ahora? —Quiso saber.

Levanté los ojos hacia él, que no la cabeza manteniendo los labios en la taza.

—¿No has dicho que lo has visto todo? —La dejé despacio en la mesa.

—Correcto, pero quiero que me lo expliques tú.

Solté otro suspiro y me animé a contarle la situación, después de llevarme a la boca un cruasán pequeño de chocolate.

—Empieza a comer porque con todo lo que hay —comenté tapándomela.

—Esto no es nada. —Le quitó importancia dándole un sorbo a su café.

—El viernes, cuando fui a casa de mi amiga porque habíamos planeado ir a cenar y después a tomar algo... eso y: lo sabes —negué—. Bueno que estando allí, Alba me enseñó varios dibujos y en uno de ellos vi algo que me llamó la atención. —Me encogí de hombros removiendo el café—. Ahí me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Por lo que he escuchado ese niño la ha tomado con ella.

—Sí. —Lo miré haciendo una mueca—. Se ríe de Alba por no tener padre. —Desvié la mirada hacia la cristalera que teníamos al lado—. Lucas, su padre, murió en un accidente de tráfico cuando ella tenía un año.

—Lo siento.

—Gracias —sonreí triste—. Era un hombre increíble. —Tragué saliva al recordarlo—. Adoraba a su mujer y a su hija, pero tuvo la desgracia de...

—Lo entiendo —me cortó al ver que me costaba.

—Anaís es una excelente madre —bebí café al sentir la garganta seca— y tanto Nina como yo somos como sus tías, vamos con todo hacia delante con ella.

—Me quedó claro el viernes —asintió.

—Pues ese niño aprovecha eso para meterse con ella, aparte de que siempre la busca y durante los ratos del recreo no hay día que no la acorrale y le tire del pelo —negué cabreada—. Y esta mañana mientras esperábamos en la puerta el cole Anaís ha añadido, que muchas mañanas se queda sin desayunar porque él se lo quita. La pequeña ese detalle se lo saltó. No podía ni iba a dejarlo pasar porque Anaís ha hablado con el colegio y ni ella ni ellos han obtenido resultados. —Me encogí de hombros—. No sé si yo lo habré conseguido con lo de hoy, pero si me enteri de que no, daré otro paso más.

—Me parece correcto —asintió serio—. ¿Qué pasos? —Levantó una ceja—. Lo he dicho en broma, pero al final sí que me veo sacándote de la cárcel.

—¡Qué exagerado! —Puse los ojos en blanco—. Sé muy bien lo que hago y hasta dónde tengo que llegar.

—Si necesitáis que intervenga... —Dejó caer y lo miré a los ojos.

Me eché hacia atrás en la silla, recostando la espalda mientras lo hacía con el único fin de analizarlo.

—Te lo agradezco, pero no hace ni hará falta —negué.

—Cómo veáis, solo tienes que decírmelo y estaré —insistió.

a —Gracias —susurré.

Desde ese instante, con mi última palabra, nos rodeó el silencio. Nos dedicamos a comer y beber, prestando atención a lo que teníamos delante. De vez en cuando los ojos se nos iban al otro, pero sin decir nada más.

—¿Vamos? —habló mientras llamaba a la camarera para pagar.

—Sí.

Cuando se acercó a nosotros y después de darle un billete diciéndole que no hacía falta la vuelta, nos levantamos y salimos a la calle.

—¿Has venido hasta aquí con Anaís o...?

—En mi coche, cada una trabajamos en una punta —aclaré.

—Ok —asintió parándose en la acera—. Pues no tardaremos en vernos en el trabajo.

—Claro, voy directa —asentí.

—Hasta ahora, Becca. —Alargó mi nombre y me dio la espalda.

,

Me mordí el labio inferior, observándolo caminar alejándose de mí.

^l —Mierda que a la tregua le falta poco para terminar —me lamenté temiendo la reacción que tendría al ver su ^oordenador.

Ni, aunque recorriera las calles estando despejadas, siendo la protagonista de un rally, me daría tiempo a llegar antes que él para quitar todas las evidencias de su despacho.

—Gracias —susurré.

Desde ese instante, con mi última palabra, nos rodeó el silencio. Nos dedicamos a comer y beber, prestando atención a lo que teníamos delante. De vez en cuando los ojos se nos iban al otro, pero sin decir nada más.

—¿Vamos? —habló mientras llamaba a la camarera para pagar.

—Sí.

Cuando se acercó a nosotros y después de darle un billete diciéndole que no hacía falta la vuelta, nos levantamos y salimos a la calle.

—¿Has venido hasta aquí con Anaís o...?

—En mi coche, cada una trabajamos en una punta —aclaré.

—Ok —asintió parándose en la acera—. Pues no tardaremos en vernos en el trabajo.

—Claro, voy directa —asentí.

—Hasta ahora, Becca. —Alargó mi nombre y me dio la espalda.

Me mordí el labio inferior, observándolo caminar alejándose de mí.

—Mierda que a la tregua le falta poco para terminar —me lamenté temiendo la reacción que tendría al ver su ordenador.

Ni, aunque recorriera las calles estando despejadas, siendo la protagonista de un rally, me daría tiempo a llegar antes que él para quitar todas las evidencias de su despacho.

Capítulo 11



Enzo

Entré en la oficina comprobando que Becca aún no había llegado, saludando a los que me encontré conforme avanzaba. Fui directo hacia el despacho de Fernando, en el que piqué y me asomé para saludarlo obteniendo lo mismo de su parte.

Después de comentar varias cosas rápidas, incluido mi retraso del que no di muchos datos porque no sabía lo que había hablado Becca con él, me dirigí hacia el mío. No era el único negocio que tenía, gracias a los años de beneficios que había obtenido del otro, lo que seguía sucediendo, había podido invertir para salvar la empresa de Fernando, la que se había visto superada por las deudas que nada tuvieron que ver con malas gestiones.

El que había sido hasta hacía poco mi único trabajo, lo había dejado un poco de lado para estar más presente en el nuevo. Si me decidí a dar el paso fue porque lo analicé y estudié a conciencia, sabiendo de antemano que, la empresa que dirigía Fernando remontaría sin problema porque al sector que se dedicaba estaba en auge. Solo necesitaba una inyección de capital para poder seguir expandiéndose, lo que había aportado yo.

Como me había apartado de mi otro negocio, pero solo en el sentido de hacerme presente durante un tiempo porque estaba muy al día de él, lo llevaba desde el despacho o desde casa, a distancia. Me sentía tranquilo porque Sandra y Luis, mis personas de confianza en él, me mantenían perfectamente informado y lo manejaban sin problema al llevar conmigo desde el principio, con mi apoyo y respaldo.

Necesitaba pasar más tiempo en la nueva empresa, para qué iba a decir otra cosa, me interesaba hacerlo por el motivo que intuís porque en lo que se refería a Fernando, tenía la suficiente confianza para estar tranquilo por cómo la dirigía. Otro factor importante para lanzarme a asociarme con él. Desde el primer momento encajamos perfectamente y fue hacia bastantes meses, porque no había sido algo precipitado, lo que sumó puntos para que sucediera.

Entré en el despacho y fui hacia el armario, quitándome la cazadora de piel. Ese día había optado por vestirme informal, dejando apartados los trajes que solía ponerme. Cuando la colgué y cerré, nada más girarme hacia la mesa, levanté una ceja al centrar la vista en la pantalla del ordenador.

¡Cómo para no hacerlo! Imposible, porque era lo único que destacaba llamando la atención sobre todo lo demás. Sin acercarme, divertido, no tuve problema en saber quién había sido la artífice de tan detallado escenario.

Caminé hacia ella y me incliné, apoyándome en el respaldo de la silla, recorriendo uno a uno todos los pósts que la ocupaban, y ya os digo que eran muchos porque no se veía nada más.

Negando fui despagándolos conforme los leía, reteniendo las carcajadas que me nacían. Cuando terminé los dejé apilados a un lado y caminé hacia la puerta. Justo en el momento en el que la abrí, Becca a lo lejos, junto a su mesa, se quitaba la chaqueta vaquera.

Me apoyé en el marco esperando lo que no tardaría en suceder. Fue automático, giró la cabeza hacia mi despacho, encontrándose en él. Agrandó los ojos y se sentó de golpe centrándose en otra cosa. Sin decirle nada, todavía, dejé la puerta abierta y volví a la mesa porque si se había molestado en hacerme esa decoración, di por hecho que el detallito que yo le dejé no estaría intacto.

Y así fue cuando encendí el ordenador y contuve el reír otra vez al ver en el centro del escritorio un archivo que no reconocí al tener el nombre cambiado. Clicqué encima de él y recosté la espalda en la silla, leyendo lo que había añadido.

—Becca —dije en tono alto, centrando la vista en la puerta.

Mi tono de voz fue lo suficiente fuerte para que se me escuchara sin problema.

—Ven a mi despacho —añadí de la misma manera, por si no le había quedado claro.

Por el ángulo en el que estaba colocada su mesa quedaba visible junto a las que quedaban cerca de la de ella, por lo que su reacción también. Antes de levantarse miró hacia mí. Divertido por su expresión levanté una ceja, diciéndole en silencio, que a qué estaba esperando.

—Dígame, jefe —dijo quedándose en la puerta.

—Entra y cierra. —Crucé las manos sobre el pecho.

—Si no es importante, acabo de llegar y tengo muchas cosas que...

—Lo es, hazlo —la corté.

Seguí todos sus movimientos, hasta el de su garganta tragar saliva mientras hacía lo que le había pedido. Caminé quedándose en el centro.

—Usted dirá.

—¿Ahora me hablas de usted? —Carraspeé.

—Estamos en el trabajo y es el jefe, ¿no?

—No te diriges a Fernando con esa formalidad.

—Con él llevo tantos años que ni me acuerdo. —Se encogió de hombros.

—Ya veo. —Ladeé la cabeza—. ¿Qué significa lo que me he encontrado? —Señalé con la cabeza la pantalla, sin moverme.

—¿El qué? —Se interesó y me tragué la diversión.

Con varios pasos llegó cerca de la mesa y se inclinó hacia la pantalla.

¹ —Yo no veo nada raro, todo está en orden. ¿Tiene algún problema con el programa? Puedo avisar al compañero de informática y...

—Muy complaciente te veo. —Levanté una ceja.

—Bueno —carraspeo poniéndose recta—, creo que después de nuestro encuentro en la noche del viernes y por lo de hoy... qué mínimo —se justificó.

—Ajá.

—Si puedo ayudarlo en algo lo haré, pero sino... —Señaló hacia la puerta al mismo tiempo que empezaba a caminar hacia ella.

—No te muevas —exigí.

Sí, así soné, añadiéndole seriedad y un poco de frialdad porque es lo que pretendí consiguiendo mi propósito. Se quedó de lado hacia mí, estática. Me levanté sin prisa de la silla, acomodándome el jersey mientras rodeaba la mesa para llegar hasta ella.

Cuando estuve delante carraspeé para que me prestara atención porque, a pesar de haberme quedado muy cerca de ella, estaba llevando la vista a cualquier sitio menos a mí. Eché mano a lo que creí que la haría reaccionar, dando un paso hacia delante, pegándome a ella. Un jadeo de sorpresa salió de sus labios ante el roce de nuestra ropa y la cercanía. Fui hacia delante, llevándola conmigo hasta que tocó la mesa con la parte de atrás del cuerpo.

—No se te da muy bien hacerte la despistada —susurré inclinándome, acortando más la distancia.

—¿Despistada? No sé de lo que hablas. —Volvió a tragar saliva.

—¿Ya no te diriges a mí de usted?

Llevé una mano hacia su garganta, lo que provocó que diera un respingo. Por el contacto y porque empecé a mover los dedos sobre ella, acariciándola.

—Dime algo que sea verdad —volví a susurrar.

—No sé qué quieres escuchar —negó.

—Sabes perfectamente a lo que me he referido antes, ¿me equivoco? —Deslicé la mano detrás de su nuca, haciendo un poco de presión hacia mí.

No pude controlar la erección que me produjo la situación, de la que ella fue muy consciente y por la que agrandó los ojos al sentir el roce sobre su cuerpo por lo juntos que estábamos.

—Enzo...

—¿Sí? —dije recorriendo cada detalle de su cara, parándome en los labios.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

—No lo sé —dije con sinceridad porque se me había volado la cabeza.

Teniéndola a cierta distancia podía controlarlo, pero una vez había traspasado la línea crítica, eso ya supuso demasiado y no tenía intención de recular a no ser que ella me lo pidiera, lo que todavía no se había dado. Pero aun así...

—¿Quieres que me aleje? —Busqué sus ojos para saber la verdad de lo que contestara en ellos.

—¿Qué? —Parpadeó más rápido de lo normal.

—Te decía que...

;

—Lo he escuchado —me interrumpió.

—¿Y entonces? —Pasé un dedo acariciándole los labios, separándole el inferior mientras los observaba— ¿Esto también lo consideras poder de autoridad? —Volví a sus ojos.

—No lo sé...

—No lo sabes —repetí susurrando, rozando nuestros cuerpos más, hasta no dejar ninguna separación— Dime, Becca, ¿quieres que me aleje? Solo tienes que decirlo y jamás se dará algo parecido.

—Si te digo que sí, te lo crees —habló con los ojos vidriosos.

—¿La verdad? —Pasé el brazo que tenía libre por su cintura, rodeándola con él.

—Sí. —Cogió aire cuando la apreté contra mí.

—No, esa es la respuesta. Creo que quieres lo que está sucediendo y querrías lo que ahora mismo pasa por tu cabeza, ¿estoy en lo cierto?

Su expresión me dio la contestación sin necesidad de pronunciarla y no lo pude evitar por más tiempo. Bajé la cabeza hacia la suya, con los ojos abiertos en todo momento por si cambiaba de opinión. Como no lo hizo y los cerró, nuestros labios se rozaron, tanteándose y allanando el camino para lo que iba a suceder porque llegado a ese punto, ya no había marcha atrás.

O eso pensé porque varios golpes en la puerta provocaron que ella diera un respingo y se echara hacia atrás abriendo los ojos al máximo y que yo, me separara rápido por la interrupción inesperada. Maldiciendo hacia dentro rodeé la mesa para sentarme, con la intención de ocultar lo excitado que estaba.

—¿Sí? —hablé cuando Becca se recompuso y se dejó caer en una silla que quedaba frente a mí, sentándose recta.

—Jefe. —Se asomó Jennifer.

—Dime —respondí tranquilo hacia fuera.

—Fernando me ha pedido que te diga que en quince minutos llegan unos clientes para la reunión.

—Mierda —siséé sin que me entendiera, lo que sí hizo Becca al quedar más cerca.

—En otro momento seguimos con la documentación. —Se levantó rápido.

Dirigí la atención hacia ella y asentí dándole la escapatoria que necesitaba. Me dio la espalda y salió del despacho.

—Dile que estaré a la hora prevista —asentí.

—Perfecto —me sonrió dejándome solo.

—El tiempo justo para que todo vuelva a su sitio. —Bufé pasándome varias veces las manos por el pelo.

Ni acordarme de la puñetera reunión que estaba programada desde final de la semana pasada. Eché la cabeza hacia atrás cerrando los ojos al sentir la tensión recorrerme. Me había quedado con la miel en los labios, ni más ni menos, lo que me martirizó durante unos minutos.

Tuve que apartarlo todo de la mente para poder salir por la puerta en condiciones, como que no quedaría muy bien que lo hiciera por todo lo alto, ni mucho menos teniendo en cuenta que supondría poner en el ojo del huracán a Becca porque era la única que había estado conmigo a puerta cerrada.

Varios suspiros, varios paseos por el despacho, varias revisiones al móvil, minutos mirando a través de la cristalera y al final conseguí el estado normal que necesitaba junto a un poco de calma mientras tenía centrada la vista hacia el exterior.

Comprobé la hora, faltaban pocos minutos para la dichosa reunión y me dirigí hacia la puerta para ir al encuentro de Fernando, al que encontré nada más salir.

⋮

—Venía a por ti —me sonrió.

—Yo iba a hacer lo mismo —negué de la misma manera.

—Vamos. Esperemos que todo se dé bien. —Cogió aire empezando a caminar.

—Estoy seguro de ello, tranquilízate.

Recorrimos el pasillo para salir de la oficina, directos hacia el acceso del ascensor y de las escaleras. Pasé por delante de la mesa de Becca, pero no aparté la mirada de lo que tenía enfrente mientras escuchaba a Fernando. No lo hice por nada que tuviera que ver con ella, simplemente ya estaba centrado en la reunión y la estaba organizando en mi cabeza.

No supe cuál fue su reacción, lo que sí sentí fue que me observó. Dejamos de lado el ascensor y subimos por las escaleras hacia la planta de arriba que era donde estaba la sala de reuniones. Cuando llegamos todavía teníamos tiempo y lo organizamos todo sobre la mesa para dejarlo preparado.

El móvil de Fernando sonó y lo atendió. Tenía vinculada la línea de su despacho a él, por lo que supimos que el cliente acababa de llegar. Le indicó a la recepcionista que los dirigiera hacia la planta en la que estábamos y salimos de la sala para recibirlos.

La puerta del ascensor que quedaba delante de nosotros, al fondo, se abrió después de unos minutos. Dos personas salieron de él, caminando en nuestra dirección.

—Señores —habló la mujer.

a—Calista, es un placer tenerte en nuestra empresa —habló Fernando ofreciéndole la mano, la que aceptó.

—El placer es mío, por lo que se ve —dijo dirigiendo los ojos hacia mí.

¹Sin inmutarme hice el mismo gesto que mi socio y cuando adelantó su mano hacia la mía, juntándola, levanté una ceja al notar las caricias que me hizo alargando el momento.

—Encantado. —Me solté.

Procedimos a saludar al hombre de mediana edad que la acompañaba.

—Adelante, empecemos. —Ofrecí apartándome.

Esperé a que todos entraran y lo hice yo, cerrando tras de mí. Ocupé mi lugar junto a Fernando, quedando enfrente las otras dos personas. La reunión se dio bien y la primera impresión que tuvimos fue más que buena en la que vimos interés por parte de los clientes.

—Creo que vamos a hacer negocios juntos. —Se levantó Jacob, que así se llamaba el hombre que acompañaba a Calista.

—Nos complace escucharlo. —Me incorporé también.

—Se me ha hecho muy corta la reunión —comentó ella sin moverse—. Podríamos seguir aclarando varios puntos si te parece bien, Enzo. —Se dirigió a mí.

—Si es lo que necesitas... —Dejé caer tranquilo.

—Claro, todos los detalles son importantes —habló Fernando poniéndose a mi lado.

—Perfecto entonces —asintió levantándose al fin.

—Vamos a mi despacho —sugerí porque había más movimiento y pasaba de quedarme con tanta intimidad con ella porque donde estábamos, pocos empleados había y no lo controlaba.

No hacía falta ser un entendido para darse cuenta de los puntos que quería aclarar o tantear dirigiéndose a mí directamente, lo que me tocó la moral porque si algo me tomaba en serio era mi profesionalidad y dejar apartado a

⁵Fernando provocó que tuviera que frenar lo que hubiera contestado por impulso. No podía arriesgarme a parecer grosero al negarme, ya que perderlos como clientes supondría no tener los beneficios que habíamos medido a

conciencia, por ello me tragué lo que pensaba y acepté.

Salimos de la sala con ellos por delante de nosotros, siguiéndolos a cierta distancia.

—Ten cuidado, Enzo —me susurró Fernando.

—Que lo tenga ella. —Lo miré de reojo viendo cómo negó con mi respuesta—. Son importantes, pero...

—Hasta cierto punto —siguió por mí asintiendo—. Cualquier cosa que notes que está fuera de lugar nos apartamos, por mucho que nos convenga...

—No vamos a traspasar ninguna línea. —Esa vez lo hice yo por él.

Me apretó un hombro y entramos al ascensor en el que nos esperaban manteniendo la puerta abierta.

e

,

1

conciencia, por ello me tragué lo que pensaba y acepté.

Salimos de la sala con ellos por delante de nosotros, siguiéndolos a cierta distancia.

—Ten cuidado, Enzo —me susurró Fernando.

—Que lo tenga ella. —Lo miré de reojo viendo cómo negó con mi respuesta—. Son importantes, pero...

—Hasta cierto punto —siguió por mí asintiendo—. Cualquier cosa que notes que está fuera de lugar nos apartamos, por mucho que nos convenga...

—No vamos a traspasar ninguna línea. —Esa vez lo hice yo por él.

Me apretó un hombro y entramos al ascensor en el que nos esperaban manteniendo la puerta abierta.

Capítulo 12



Becca

—¿Quién es esa? —Me sobresalté al escuchar la voz de Nina a mi espalda.

Me giré hacia ella porque había estado tan concentrada en observar las espaldas de Enzo, de Fernando y de una mujer que no tenía ni puñetera idea quién era, que todo lo demás a mi alrededor había dejado de existir, sobre todo, cuando se habían separado y Fernando se había dirigido hacia su despacho y Enzo había abierto la puerta de suyo dándole paso a ella.

Antes de cerrar había mirado en mi dirección, encontrándome de pleno observando la situación. Ni me había movido, básicamente porque no había podido reaccionar a tiempo.

—¿Quién? —Disimulé ganándome un levantamiento de ceja de mi amiga— Ah —seguí por el mismo camino—, ni idea. —Me encogí de hombros—. Te das cuenta de todo —negué—. Yo porque estoy en el pasillo y no me queda otra, pero tu mesa está en la otra punta.

Miré hacia delante y me puse a ordenar los papeles que tenía encima de la mía.

—Leches, que venía a verte y tampoco es que haya sido muy discreta. Todas las cabezas se han levantado por el ruido de los tacones a cada paso que daba. Esa acaba con ellos rotos, te lo digo. —Bufó.

—Por cómo va vestida no creo que le suponga mucho —dije siguiendo a lo mío.

—Tú sabes eso de, «dime de qué presumes y te diré de qué careces». —Se inclinó sobre mí y me dio un beso en la mejilla.

—Quién sabe —sonreí por la muestra de cariño.

—No hace falta que pregunte a qué viene tu cara, ¿no? —Apoyó los brazos en la mesa, mirándome desde la altura que tenía yo sentada.

—No quiero hablar de ello —susurré haciendo pilas con los papeles.

—Cariño...

—Nina... —la advertí y soltó un suspiro.

—Estoy a... coño, me acabo de dar cuenta de que nunca he contado cuántas mesas hay de la tuya a la mía. —Miré hacia atrás.

—¿Para qué lo quieres saber? —Levanté la cabeza divertida.

—Yo qué sé, ahora mismo me parece un dato súper importante porque iba a decir, estoy a, las que sean, mesas de ti.

—Con que digas estoy aquí, como siempre, te evitas el contar. —Intenté no reír al verla concentrada mientras las señalaba e iba haciendo la cuenta—. Va, sigue trabajando que hoy no quiero salir tarde. Estoy cansada.

l

—A sus órdenes. —Se cuadró haciéndome reír disimuladamente.

Le di una palmada en el trasero con la que me dijo que cómo le gustaba que la manoseara y se alejó, por lo que volví a prestar atención a lo que tenía en la mesa, sin poder evitar que los ojos se me fueran, de reojo, hacia la puerta del despacho de Enzo.

—¿Cuánto tiempo llevan dentro? —Bufé por mis pensamientos—. Como si no salen hasta mañana, a mí qué narices me importa. —Cogí aire y me levanté con la necesidad de alejarme.

Ya había pasado la hora que me marcaba siempre para frenar con los cafés, habiendo sido varios los que me había tomado mientras Enzo y Fernando estaban fuera de la oficina. Solo faltaba que me afectara y me pusiera nerviosa... pero poco me importó en ese instante mientras bajaba las escaleras, directa hacia la cafetería.

Con él entre las manos, soplándole, me paré en una esquina para revisar el móvil, buscando entretenerme y dejar la mente en blanco con lo que fuera. Lo más a mano que tenía era eso. Hacía poco que el reloj había marcado las doce del mediodía y me lamenté porque para la tarde todavía quedaba mucho.

a

—Ojalá fuera que estuviera finalizando —dije soltando un suspiro porque si quedara poco tiempo para terminar la jornada. me iría de allí antes de tiempo, aunque al día siguiente tuviera que entrar antes para recuperarlo.

Estaba sintiendo demasiadas cosas que no me gustaban, las que habían aniquilado otras que habían sido muy intensas e inesperadas. Haciendo una mueca accedí a las escaleras y subí sin prisa, llegando a la oficina. Mientras me acercaba a mi mesa los ojos se me fueron hacia la puerta del despacho de Enzo, la que seguía cerrada.

Ni idea si todavía estaban dentro de él, pero desde ese mismo instante acallé todo lo que pasó por mi cabeza y me centré en trabajar para adelantar trabajo antes de que fuera la hora de salir a comer.

—Se acabó. —Me eché hacia atrás en la silla cuando Nina ocupó mi lugar pasando el cuerpo por encima del mío, agrupando los papeles sin ningún orden—. Vamos fuera de aquí a llenar los estómagos.

¿—Cuando volvamos los clasificas tú. —Levanté una ceja.

—Lo que tú digas, pero no voy a esperar a que lo dejes todo ordenadito. Andando.

—Eso te iba a decir...

—¿El qué? —Se dejó caer en la mesa mientras me colocaba la chaqueta vaquera y me colgaba el bolso.

—Que no me apetecía comer en la cafetería de aquí. —Me encogí de hombros—. Necesito aire fresco.

—Lo daba por hecho. —Me hizo un guiño poniéndose a mi lado cuando empecé a caminar—. Aún no han salido —me informó.

—¿Por qué lo comentas? —dije como si nada.

—Porque quieres saberlo, aunque te niegues a hacerlo. Lo sé, soy increíble. —Me miró de reojo, sonriendo.

—Impresionada me dejas —negué—. Pero no lo necesitaba, la próxima vez te lo ahorras.

—¿Seguro? —Se agarró de mi brazo mientras esperábamos el ascensor porque me arrastró hacia él para utilizar las piernas lo justo y necesario cuando no le quedara más opción.

—Segurísimo —confirmé.

—Vale —asintió dándolo como bueno por el tono que utilicé.

Volvió a picar varias veces el botón, lo que ya había hecho desde que nos habíamos parado enfrente de él, impaciente. Normal, la hora que era todos los que no eligieran las escaleras estarían haciendo cola porque todos nos estábamos moviendo para lo mismo.

El sonido inconfundible de unos tacones llegó hasta nosotras y me puse tensa por instinto. A saber por qué ese instinto, pero tampoco me paré a pensar en ello. Ni me moví, centrada en la puerta del ascensor, rezando para que lo que escuchábamos cada vez más cerca no fuera en nuestra dirección.

—Dime que no vienen... —susurré al ver de reojo cómo Nina llevaba la vista hacia atrás disimuladamente.

—Mierda, lo hacen.

—Vamos por las escaleras. —la agarré el brazo.

Justo en ese instante la puerta se abrió delante de nosotras y no sabía decir cómo, pero me vi arrastrada por un cuerpo hacia dentro, muy sutilmente eso sí. Entré haciéndome hueco entre la gente que había, quedándome encajada en un lateral. Busqué con la mirada a Nina, sin moverme, pensando en que estaría a mi lado o muy cerca porque mi primer pensamiento había sido que ella me había guiado, pero me sorprendí al localizar su cabeza en la otra punta, negando con ella. Gesto con el que me dio a entender que no había tenido nada que ver.

Di la vuelta como pude buscando ver la parte delantera porque me había quedado mirando hacia el fondo y cuando lo hice, contuve la respiración al quedar frente al pecho de un hombre, tan cerca que faltó poco para que chocara con él. Agobio, eso fue lo que sentí al notarme aprisionada por todos los lados, pero no fue el motivo principal de la sensación que me hizo coger varias bocanadas de aire. Lo que provocó que me faltara la respiración fue que reconocí a la persona que tenía a pocos centímetros de mí.

—¿Sigue siendo agradable a la vista? —susurró Enzo, haciéndome el comentario de siempre, el que se había repetido varias veces entre nosotros cuando me quedaba mirando fijamente alguna parte de su cuerpo.

—Ni que tuviera más opciones dónde mirar. —Cogí aire otra vez, sintiéndome temblorosa.

—¿Estás bien? —Me agarró de la barbilla para mirarme la cara, con el gesto fruncido.

—Me falta el aire —susurré.

—Respira despacio —susurró deslizando la mano hasta ponerla abarcando parte de mi cuello y una mejilla.

Cerré los ojos intentando conseguir el único propósito que necesitaba, el de no perder el control antes de que las puertas del ascensor se abriesen en la planta principal porque no lo hicieron conforme fuimos bajando. Demasiadas emociones sin gestionar, me dije, añadiéndole el encierro y el aprisionamiento que teníamos alrededor.

—Puedes dejar de tocarme —murmuré—. Voy mejorando.

—No solo lo hago por ese motivo. —Los abrí encontrándome con los suyos.

—Enzo, ya mismo estamos. —Se escuchó una voz de mujer, llamando su atención.

Intenté mirar hacia ella, la que no quedaba a mi vista, pero él volvió a sujetarme de la barbilla para que no lo

hiciera, elevándomela para que no dejara de observarlo a él.

El pitido del ascensor sonó y respiré profundo sintiendo un poco de alivio.

—¿Mejor? —Se inclinó hacia mí mientras las personas de nuestro alrededor se hacían paso para salir.

—Sí —susurré.

La intensidad que me transmitió su mirada me dejó paralizada, hasta que se apartó cuando nos quedamos casi los últimos para salir. Ni idea si había tenido cerca a alguien conocido sin contar a Nina, como que no había estado para prestar mucha atención. Se separó despacio y se puso a un lado dándome paso con una mano para que saliera la primera, lo que no tardé en hacer ligera, directa hacia Nina que me esperaba cerca.

—¿Estás bien? —Quiso saber preocupada.

—Me falta color, ¿verdad? —Bufé.

—Un poco. —Hizo una mueca—. La próxima vez me dejo arrastrar por las escaleras.

—¿Literalmente? —Aceleré el paso queriendo salir del edificio.

—Mujer, tanto como eso.

La miré de reojo y negué sonriendo, agarrándola de la mano porque no iba lo rápido que necesitaba. Como suele ocurrir muchas veces, cuanta más prisa tienes, siempre aparece algo que te retrasa. En ese momento fueron dos compañeros los que nos hablaron y tuvimos que pararnos.

Se pusieron a comentar algo, pero si tuviera que decirlo lo que fue, no tendría ni idea, porque justo en ese instante Enzo pasó por al lado nuestro y, cómo no, junto a la mujer con la que se había encerrado en el despacho. Levanté una ceja cuando ella se giró hacia mí sin dejar de caminar, recorriéndome de los pies a la cabeza varias veces.

Lo mismo hice yo en su dirección. Si se pensó que me cortaría fue todo lo contrario. Desvió la atención alivia y se acercó a Enzo el que solo miraba hacia delante. Pues mira que bien, me dije, se van juntitos. Entre medio de tanto pensamientos e interrupciones solo me dio tiempo a reaccionar cuando los dos compañeros se estaban despidiendo, haciéndolo yo también hacia ellos.

—Casi pierdo las bragas al ver cómo te ha tratado en la caja cuadrada esa —comentó Nina cuando salíamos a la calle.

—Pues no sé por qué —dije como si nada.

—¿Perdona? Te ha tocado con tanto...

—¿Qué? —Me paré en la acera entrecerrando los ojos.

—Mimo, cariño, yo qué sé. —Levantó las manos.

—Pues quédate con el yo qué sé, como voy a hacer yo. —Seguí andando.

—¿Así estamos? —Se puso a mi lado siguiéndome el ritmo.

—Sí —confirmé tajante.

—Ok, Nina no sabe nada y mucho menos ha visto algo que le haya llamado la atención.

—Ahora te escucho —asentí.

—Anda, vamos a ver si comemos y conseguimos enderezar el lunes —soltó un suspiro agarrándose de mi brazo.

—El día de hoy no hay quién o qué lo enderece —negué.

—Como soy tan buena amiga y observadora durante todos los años que llevamos juntas y me sé todos tus comportamientos y expresiones, hoy es el día para llevarte la razón en todo.

Curvé los labios sin decir nada, ni falta que hizo porque nos conocíamos muy bien. Llegamos al restaurante al que solíamos ir cada vez que nos apetecía comer despejándonos del ambiente del trabajo, al final de la calle.

—Hola preciosas —nos sonrió Joaquín, uno de los camareros—. ¿Mesa para dos? —asentimos— Marchando. —Silbó hacia otro compañero, haciéndonos sonreír.

Durante la comida pude volver a la normalidad, en la que me relajé y disfruté junto a Nina de todo lo que pedimos. Aprovechamos para hacerle una llamada a Anaís porque también era su hora de descanso. ¿He dicho que conseguí una normalidad? Pues esa desapareció justo en el instante en el que mi queridísima amiga Anaís sacó a relucir el nombre de Enzo, comentando emocionada que lo habíamos visto esa mañana en la puerta del colegio, alabando el detalle que había tenido por si necesitábamos ayuda.

Nina recibió la noticia sin que se sorprendiera porque durante el primer café que nos habíamos tomado juntas por la mañana, haciendo una pausa, aproveché para contarle cómo se había dado todo el tema de Alba y la inesperada aparición de él mientras intentábamos solucionar el problema. También añadí lo que sucedió en el despacho de Enzo, dejándola con la boca abierta en el instante en el que se lo solté de carrerilla.

Anaís siguió y siguió hablando sobre el tema dándole una explicación extendida, sin ser consciente, ni poder

imaginar, lo que me removi6 por dentro que lo hiciera. Lo 6nico que necesitaba era dejarlo apartado.

,

e

imaginar, lo que me removió por dentro que lo hiciera. Lo único que necesitaba era dejarlo apartado.

Capítulo 13



Enzo

—¿Cómo ha ido? —preguntó Fernando levantándose de la silla cuando entré en su despacho.

—Me duele la cabeza —respondí.

—Muy bien simplificado —dijo serio y terminó soltando una carcajada, haciéndome sonreír.

—Vamos a comer y te pongo al día. —Metí las manos en los bolsillos.

—Perfecto, iba a hacerlo ahora —asintió yendo hacia el armario para coger un abrigo fino, el que se colocó acercándose a mí.

Con ganas de despejarme porque tenía la cabeza como un bombo, lo del dolor era muy real, salimos del edificio y nos montamos en mi coche para ir a algún restaurante lejos de allí. Durante todo el tiempo que duró la comida, en la que nos tomamos nuestro tiempo, sin prisa, le comenté lo que había hablado con Calista sin estar él presente. Nada interesante, ese es el resumen que os hago.

—Eres consciente de que esa mujer busca algo más que hacer negocios con nuestra empresa desde que ha puesto un pie en ella, ¿verdad? —Dejó caer.

—¿Y eso es algo que deba preocuparme? —Me llevé la copa a los labios.

—Se escuchan muchos rumores sobre ella —dijo serio.

—Ni me importan, ni me preocupan. —Me encogí de hombros—. Solo voy a realizar mi trabajo y a posicionar nuestra empresa lo mejor que pueda, todo lo demás me trae sin cuidado.

—Eso mismo debes tener, cuidado —me advirtió removiéndose en la silla.

—Siempre lo tengo. —Curvé los labios—. Tranquilízate, sé muy bien lo que hago y cómo lo llevo a cabo.

—Por suerte hoy se van del país —soltó un suspiro que me hizo sonreír.

Correcto, al menos eso es lo que nos habían dicho durante la reunión. No vivían en España, estaban establecidos en Francia por lo que continuaríamos en contacto por teléfono o a través de correos electrónicos.

—Pues sí, pero ya te digo que, aunque se quedaran...

—Créeme, te daría más de un dolor de cabeza —negó frunciendo el gesto.

—Ya me lo ha dado y he tenido suficiente —reímos—. La próxima vez estaré preparado —negué—. Habíamos mantenido contacto con ellos, pero centrados en Jacob, no imaginaba que hoy aparecería con sorpresa.

—Es su hija y la futura heredera. —Llamó al camarero para que trajera la cuenta.

—Para mí eso equivale a nada. —Le dejé claro.

—Lo sé, hijo, pero...

—Cuidado. —Terminé por él, repitiéndolo, haciendo que asintiera.

Pagamos y nos fuimos directos al coche. Nada más sentarme en la mesa me había tomado una pastilla y por suerte había ido haciendo efecto, ya a apenas sentía molestias. Tan sin prisa nos habíamos tomado el tiempo para comer, hablando de todo, que me sorprendí al mirar el reloj mientras subíamos por las escaleras para bajar un poco la comida.

Faltaba menos de media hora para que la jornada finalizara y ponerle fin al lunes en el trabajo. Aceleré el paso sintiendo la necesidad de encontrarme con Becca, por lo que Fernando hizo algún que otro comentario que ignoré. Con mirarlo de reojo tuvimos bastante los dos para dejar los puntos claros.

Cuando entramos en la oficina los ojos se me fueron hacia su mesa, sin encontrarla en ella. Conforme pasaba por al lado maldije interiormente al verla muy recogida, señal de que, o se había ido ya para casa, o estaba por algún lado del edificio a punto de hacerlo.

Me quedó claro que era la segunda opción cuando busqué a Nina en la suya, encontrándola con los ojos puestos en mí, seria. Todos los días salían juntas para despedirse en la calle y tomar direcciones diferentes. Levanté una ceja como reacción a su expresión.

—Voy a hacer una cosa y me voy para casa, nos vemos mañana. —Me paré en medio del pasillo despidiéndome de Fernando.

—Perfecto. No te retrases que ya has tenido bastante por hoy. Yo no tardaré en hacerlo. —Me apretó un hombro.

Asentí y mientras él iba hacia su despacho yo me dirigí, sorteando las mesas, hacia Nina, quedándome frente a ella.

—¿Algo qué quieras decirme o deba saber? —Lancé al no haber cambiado la forma en la que me miraba.

—Para nada, jefe —remarcó la última palabra.

—¿Dónde está Becca? Necesito comentarle algo. —Repiqueeté la mesa con los dedos.

—Se ha ido —respondió rápido y curvé los labios.

—Y tú sigues aquí, ¿por?

—Tenía trabajo por terminar. —Se echó hacia atrás en la silla, recostando la espalda en ella.

—Voy a hacer otra vez la pregunta. —Apoyé las palmas de las manos en la mesa—. ¿Dónde está Becca?

—El horario está a punto de terminar, ¿para qué lo quieres saber? Capaz eres de darle trabajo extra. —Siguió en sus trece.

—Eso no va a suceder, Nina —negué—. Tengo que decirle algo importante.

—Espera a mañana.

—Ni quiero, ni puedo. ¿A qué viene este comportamiento? —Levanté una ceja.

—¿De qué habla, jefe? Yo estoy como siempre. —Movié una mano quitándole importancia.

—No me hagas insistir en el tema porque la única perjudicada serás tú y no quiero llegar a eso.

—No me importan las consecuencias. —Curvé los labios ante la defensa que le daba a su amiga.

ⁿ—Quiero pedirle disculpas. —Me incorporé cambiando de estrategia porque de la otra manera no iba a conseguir lo que necesitaba saber.

—Disculpas —repitió mirándome con atención.

—Eso es.

Se tomó unos segundos para analizarme, hasta que supongo que vio la sinceridad en mí.

—Vale —aceptó con un suspiro—, está en la planta de arriba, en el archivo. Ha ido a clasificar una documentación.

—Perfecto. —Di una palmada en la mesa y me giré dándole la espalda, alejándome de ella.

—Cuidadito, jefe —me advirtió en alto para que la escuchara bien.

—Lo tendré en cuenta, empleada —respondí divertido, sin pararme.

Me dirigí otra vez hacia las escaleras y subí directo hacia dónde me había indicado. Abrí la puerta principal al llegar porque esa planta era la única que la tenía. Se diferencia por eso y por la distribución, en ella eran pocos los que trabajaban, los que a esas horas ya estaban recogiendo. La gran parte del espacio lo ocupaban la sala de reuniones, donde había estado con Fernando y los clientes, el almacén que era bastante grande y el archivo que también tenía buenas dimensiones.

Hasta él llegué encontrándome la puerta entornada. Abrí despacio y me colé, cerrando lo más silencioso que pude. Surtió el efecto que quería porque Becca, que estaba de espaldas a mí, inclinada sobre una mesa con muchos papeles en ella, ni se dio cuenta de mi presencia.

Caminé de la misma manera, hasta que me paré a pocos pasos.

—¿Estás muy entretenida? —Corté el silencio.

Se sobresaltó al no esperárselo, girando rápido hacia mí mientras varios papeles caían al suelo.

—¿No sabes llamar a la puerta?

—Que yo sepa —di un paso hacia delante—, estamos en un archivo al que entran todos los trabajadores, en el momento que necesiten, y yo, soy el dueño y puedo pasearme por él, como por todo, cuando quiera y lo crea conveniente.

Hizo una mueca forzándose a mantenerse callada. Su expresión así me lo indicó porque nos conocíamos de sobra en esas situaciones en las que se nos iba la lengua enfrentándonos. Se agachó para recoger lo que estaba en el suelo e hice lo mismo para ayudarla.

—Yo puedo. —Me quitó dos hojas de las manos y no de muy buenas maneras.

—¿Hay algún problema? —pregunté divertido, a pesar de que sabía perfectamente a qué se debían sus reacciones.

—Yo no veo ninguno, no sé tú. —Se incorporó.

Lo hice también, pero mucho más despacio mientras recorría su cuerpo lentamente con los ojos según subía, hasta quedar de pie encontrándome con su gesto fruncido.

—Pensaba que hoy habíamos tenido un buen comienzo. —La tanteé.

—Pues no pienses tanto que se te da fatal. —Bufó dándome la espalda, agrupando rápido los papeles.

—Yo creo que estoy más en lo cierto de lo que quieres admitir —susurré en su oído, inclinado hacia ella.

Contuvo la respiración por unos segundos, pero poco tiempo tardó en seguir con lo que estaba, ignorándome.

—Ha llegado el momento —avisé porque quien avisa...

—¿De qué hablas?

—Antes de salir de mi despacho has dicho... en otro momento seguimos con la documentación. —Con una mano le aparté el pelo que le caía por el hombro.

—¿Qué haces? —Medio giró dándome un golpecito en ella—. Eso lo he soltado para salir del paso, sabes perfectamente que ha sido una excusa —resopló cuando volví a rozarle el pelo—. ¿Quieres dejarlo ya?

—No —respondí tranquilo repitiendo el movimiento, alterándola más.

—Ahí va la mejor respuesta que tengo. —Eché el cuerpo hacia delante para coger una carpeta—. Exactamente con documentación estoy ahora mismo, así que, si me dejas, acabaré antes.

Me faltaba tener más contacto con ella, por lo que no pude evitarlo, ni quise. Me incliné sobre su cuerpo, pegando el pecho a su espalda y dejando las manos apoyadas a los lados, quedando encajados los dos.

—¿Qué haces? —susurró rígida.

—Ayudarte con la documentación, como he querido hacer desde el principio —hablé rozándole la oreja con los labios—, a pesar de que tanto tú como yo, sabemos que no era precisamente esto lo que estaba sucediendo ni lo que iba a suceder en mi despacho antes de que nos interrumpieran.

Intentó que me apartara llevando el trasero hacia atrás, lo que fue peor consiguiendo el efecto contrario. Me clavé en ella y no quedó nada de separación entre nuestros cuerpos. Mi erección a esas alturas era más que evidente; para mí, porque estaba lidiando con ella, para Becca, porque la sintió en su plenitud al hacer contacto a través de

la ropa.

—Enzo... —siseó.

—Dime, Becca. —Le retiré el pelo otra vez, el que le caía hacia delante y tocaba la mesa, girándole la cabeza—. Pídemelo ahora mismo, en este instante, que me vaya y desapareceré, y no solo de esta sala, sino que lo haré del resto que rodea a tu vida.

Su silencio me reconfortó, dejando que fuera obvio la batalla interna que estaba teniendo mientras me miraba de reojo desde la posición que tenía.

—No sé nada de tu vida, solo que pillaste a una de tus ex engañándote en tu coche. —Contuvo la respiración cuando hice presión hacia delante con la cadera porque en ese momento todo lo que no fuéramos nosotros me sobraba.

—¿Qué necesitas saber? —Le acaricié el cuello con la lengua, incorporándola un poco con una mano mientras la otra la puse sobre su pierna, por encima de las medias.

La deslicé hacia arriba colándola por debajo de la falda, parándome a cierta distancia de lo que quería.

—No sé si tienes alguien esperándote fuera, no sé si...

—Como bien has dicho no me conoces porque si lo hicieras, sabrías que, si tuviera a alguien en mi vida, jamás llevaría a cabo lo que estoy haciendo antes de terminar con lo que fuera. —Me incorporé un poco levantando su cuerpo con el mío, agarrándola de la mandíbula para que me viera bien.

—¿Quién era la mujer con la que has estado encerrado en tu despacho? —Tragó saliva.

Por fin se atrevía a hacer la pregunta, me dije. La esperaba en cualquier momento.

—Una clienta. —Rocé la nariz contra la suya.

—¿Qué clase de clienta? —Levantó una ceja.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —Reaccioné dejando salir la diversión que me provocó—. ¿No estamos en una empresa? Tú misma me has visto aparecer con ella y con Fernando.

—Sí, pero él no ha entrado en tu despacho y se ha tirado mucho tiempo sin salir —murmuró.

—¿Qué has imaginado durante todo este tiempo?

—De todo menos trabajo. —Fue sincera desviando la mirada, solo eso porque la tenía sujeta y no podía moverse.

—La única posibilidad que existe para que sucedieran todas las imágenes que has creado en tu cabeza —susurré moviendo otra vez la mano que estaba debajo de la falda, siguiendo el recorrido hacia arriba, sintiendo por anticipado el calor—, es que hubieras estado tú —remarqué— encerrada conmigo.

Contuvo la respiración cuando llegué entre los muslos, parándome antes de comprobar lo que estaba deseando. Con un pie moví uno de los suyos y las piernas se le abrieron un poco, todo lo que daba la falda de sí, pero lo suficiente para lo que iba a suceder.

—¿He respondido a todas tus dudas? —Apresé con los labios el óvulo de su oreja.

—Solo habéis trabajado. —Se removió inquieta.

—Exactamente eso ha sido lo que hemos hecho, aunque no sabría si calificarlo así —comenté besándole el cuello

—¿Qué significa...? —dejó de hablar para morderse el labio inferior cuando mis dedos la rozaron por encima de la ropa interior.

—Que más que trabajo ha sido un tormento. —Dejé claro y vi la satisfacción en su expresión—. Me encanta que lleves medias con liga ahora mismo —susurré sobre sus labios, rozándoselos.

—Esto también es poder de autoridad. —Cerró los ojos al contacto de la yema de mis dedos contra su piel, retirándole la braguita.

—¿Tú crees? —Me apreté contra ella sintiendo cómo aumentaba la necesidad en cuanto rocé su zona suave y resbaladiza, descubriéndola.

—Sí —respondió con un jadeo.

—¿Me das el poder...?

—Todo tuyo —me cortó rápido apoyando la cabeza contra mi pecho.

Contuve el reír, pero no me duró mucho al sentir cómo se echaba hacia atrás buscando más mi contacto. La seriedad llegó dejando salir al deseo, eso último reflejaron sus ojos cuando hice que otra vez girara la cabeza hacia mí para tenerla como necesitaba, mientras varios de mis dedos se humedecían con sus fluidos y se perdían en su interior, alternando los movimientos.

Me tragué su gemido cuando la besé con fuerza. Un beso en el que los dos dejamos salir demasiado, el que incendió todo nuestro alrededor sin que pudiéramos ponerle fin al encuentro insistente de nuestras bocas, ni al

roce de nuestras lenguas buscándose y lamiéndose, descubriéndonos por primera vez. Seguí acariciándola, acelerando los movimientos centrados en el clítoris inflamado mientras el calor de nuestros cuerpos aumentaba.

Nos separamos sin respiración, mirándonos con intensidad. Le acaricié con la mano que tenía libre la mejilla, perdido en el brillo intenso de sus ojos. Se removió entre mis brazos transmitiéndome la desesperación que empezaba apoderarse de ella, por lo que la separé de mí llevando su cuerpo hacia abajo, dejándola tumbada con la mejilla apoyada en la mesa mirando hacia atrás.

Centrado en ella no pude apartar los ojos de su imagen mientras quitaba la mano de donde la tenía, provocando que soltara un lamento como queja. Curvé los labios colocándolas sobre la falda y la subí despacio, arrastrándola para tener el camino libre, sin obstáculos, hasta dejársela enrollada en la cadera.

Mi miembro dio una sacudida de anticipación cuando fijé la mirada hacia su trasero, el que agarré y presioné llenándome las manos, acariciando el borde de la braga. No tardé en hacerla desaparecer, ayudándola a caer a sus pies.

—Si supieras cómo te ves —hablé.

Mi voz sonó ronca y dura por la tensión que me recorría y el palpitar que sentía. Apreté la mandíbula recreándome en recorrer su piel expuesta mientras le abría las piernas como necesitaba.

—Estás empapada —dije provocando que soltara un jadeo, removiéndose en la mesa al perderme de vista porque me agaché.

—Enzo... —gimió al primer contacto de mi lengua recorriendo toda la zona, en la que mi saliva y sus fluidos se mezclaron en mi boca.

Demasiado ocupado estaba como para preguntarle o hablarle, solo me dediqué a llevarla al límite llenando su interior con movimientos de los dedos mientras mis labios absorbían y abarcaban su punto de placer, lamiéndolo sin descanso.

Con varios gemidos se dejó llevar intentando agarrarse a la mesa mientras yo me resistía a abandonar lo que estaba haciendo. Lo único que hice fue bajar el ritmo y la intensidad, disfrutando de ella.

Cuando su cuerpo dejó de moverse, intentando controlar la respiración, conseguí separarme e incorporarme. Moví su cuerpo sobre la mesa, ayudándola a quedarse bocarriba. Nuestros ojos se encontraron con intensidad y deseo, pero hasta ahí podía llegar la situación que se había dado.

—No puedo seguir, aquí no tengo... —Carraspeé para intentar aclarar la voz.

—Vale. —Se mordió el labio inferior llevando los ojos hacia mi cintura.

—No me has entendido. —Me tumbé sobre ella.

—¿Cómo? —Contuvo la respiración.

^l —Cuando digo que no puedo seguir aquí... —La besé con ganas haciéndole probar su sabor, clavando la erección en su muslo—. Me refiero a esta sala —aclaré.

Me separé de golpe dando varios pasos hacia atrás y apreté la mandíbula cuando llevé la vista hasta su sexo, el que brillaba todavía excitado para mí.

—Te doy menos de cuatro minutos para que vayas a mi despacho. —Me agaché recogiendo su braga—. Me las llevo, no las vas a necesitar hasta que salgas del edificio. —Curvé los labios.

Con esas palabras me las guardé en el bolsillo del pantalón y me dirigí hacia la puerta. Salí acomodándome la erección con la libertad que me dio encontrarme la zona vacía.

Unos cuantos pasos, veinte puñeteros escalones y otros tantos más de lo primero y ya estaría donde necesitaba ^e porque en el despacho, en mi cartera, tenía lo que me había faltado en ese instante para perderme en su interior.

—No me has entendido. —Me tumbé sobre ella.

—¿Cómo? —Contuvo la respiración.

—Cuando digo que no puedo seguir aquí... —La besé con ganas haciéndole probar su sabor, clavando la erección en su muslo—. Me refiero a esta sala —aclaré.

Me separé de golpe dando varios pasos hacia atrás y apreté la mandíbula cuando llevé la vista hasta su sexo, el que brillaba todavía excitado para mí.

—Te doy menos de cuatro minutos para que vayas a mi despacho. —Me agaché recogiendo su braga—. Me las llevo, no las vas a necesitar hasta que salgas del edificio. —Curvé los labios.

Con esas palabras me las guardé en el bolsillo del pantalón y me dirigí hacia la puerta. Salí acomodándome la erección con la libertad que me dio encontrarme la zona vacía.

Unos cuantos pasos, veinte puñeteros escalones y otros tantos más de lo primero y ya estaría donde necesitaba porque en el despacho, en mi cartera, tenía lo que me había faltado en ese instante para perderme en su interior.

Capítulo 14



Becca

—Oh, Dios mío. —Caí hacia atrás, reposando la espalda en la mesa.

Fijé la vista en el techo sin creermelo lo que acababa de suceder, siendo muy consciente de todas las sensaciones electrizantes que todavía sentía. Lo que menos había esperado es que el día finalizara mucho mejor de cómo había empezado.

Dejé salir un suspiro y me incorporé bajando de un salto, colocándome bien la falda. Hasta la piel de los muslos le noté sensible por el roce. Agrupé todos los papeles que habían quedado desperdigados, sin ningún tipo de orden, y los metí dentro de la carpeta, llevándola conmigo cuando salí rápida.

Bajando ligera las escaleras llegué a la oficina, parándome unos segundos en mi escritorio para dejar la carpeta guardada en un cajón, con la intención de ponerme con ella al día siguiente. Cogí aire y me alisé la ropa mientras empezaba a caminar hacia el despacho de Enzo.

Ya no quedaba nadie, ni siquiera Nina que siempre me esperaba y me pregunté el motivo, pero seguramente tendría la respuesta en mi móvil, el que miraría después. Supuestamente solo estábamos él y yo, así que recorrí la distancia tranquila y segura.

Me paré al llegar y llamé. La puerta se abrió sola y di un paso adentro, sobresaltándome cuando se cerró de golpe y me vi apoyada contra ella. Ese susto desapareció cuando los labios de Enzo buscaron los míos con ganas y necesidad y yo, a mí me entró otra vez de todo por el cuerpo retomando todas las sensaciones, mezcladas con la anticipación de lo que iba a suceder.

Sin dejar de besarnos llevé las manos a su jersey, metiéndolas por dentro, acariciándole su piel por primera vez. Ante el roce me apretó contra la puerta volviendo más desesperado el contacto de nuestras bocas y lenguas.

—Has tardado mucho —susurró cuando nos separamos, con la respiración irregular.

—He sido rápida —dije mientras agarraba el borde del jersey y lo deslizaba hacia arriba.

Me ayudó a sacárselo y cuando su pecho quedó al descubierto puse las manos en él, sintiendo el calor de su piel mientras lo acariciaba, recorriéndolo entero. Hasta que frenó mis movimientos y buscó mis labios otra vez, alejándose de la puerta y subiéndome la falda. Me impulsé cuando hizo fuerza en mi glúteo para que subiera sobre su cuerpo. Entre sus brazos, con las piernas rodeando su cadera, me dejé llevar por el despacho hasta llegar a su silla mientras sus manos se perdían en mi zona íntima.

Estaba tan excitada, tan húmeda... eso fue lo que se encontró, lo que él había provocado y lo recibió soltando una especie de gruñido que quedó amortiguado entre nuestros labios. Cuando llegó a la silla nos separamos. Aflojé el agarre de sus brazos por lo que me deslicé por su cuerpo, hasta tocar con los pies el suelo.

Con un gesto de la cabeza me señaló hacia la falda, pidiéndome en silencio que me la subiera más. Lo hice mientras él llevaba las manos al botón de su pantalón y lo desabrochaba, deslizándolo hacia abajo, lo mismo que hizo dejando caerlo a sus pies.

Me mordí el labio inferior al comprobar la dureza que sobresalía. Su miembro se marcaba duro por dentro de la tela del bóxer, el que no tardé en ver cuando lo sacó, haciéndolo visible para mis ojos. Me acerqué a él y lo rodeé con una mano, sintiendo la humedad en el glándulo y el calor que desprendía.

Esa vez sí, con un gruñido fuerte, me atrajo hacia él por la nuca y me besó desesperado, lo mismo que encontró de mí. El contacto de nuestros labios se alargó el mismo tiempo que estuve deslizando la mano por el largo, acariciándolo, haciendo presión y jugando con cada parte de él, hasta que dio un paso hacia atrás provocando que perdiéramos el contacto.

Con movimientos lentos se sentó en la silla, llevando la mano hacia su miembro, el que agarró y presionó con los ojos cubiertos de deseo frente a los míos que estaban en las mismas condiciones.

—Ven aquí —dijo con voz ronca.

Di un paso hacia delante, el que nos habíamos separado y me acomodé mejor la falda para que no me molestara. Me subí encima de él, haciendo fuerza con las piernas a cada lado de su cuerpo, frotándome. Cerré los ojos ante el escalofrío que me recorrió al llevar mi clítoris sobre su miembro, el que estaba sensible por la actividad anterior.

Con la mandíbula apretada dejó que siguiera haciéndolo mientras sus manos fueron hacia mis brazos. Las subió recorriéndolos hacia arriba, hasta llegar a los hombros, donde las bajó directamente hacia la línea de los botones de la camisa que llevaba.

Los desabrochó despacio, echándose hacia delante para besar la piel que fue quedando expuesta. Cuando la tuvo abierta, la apartó hacia los lados, llevando las manos hacia mis pechos cubiertos por el sujetador. Esa prenda también desapareció rápido, la que se encargó de desabrochar y subió cuando dejó de estar tensa. Tenía los pezones erectos por la excitación, pero se me pusieron todavía más ante el contacto de sus dedos, los que los

agarraron y presionaron, para terminar, sustituyendo el contacto por su boca, la que bajó al encuentro de los dos, alternándolos.

Dejé salir un jadeo al sentirlo por todas las partes necesitadas. Yo seguía restregándome contra él, haciendo que recorriera toda mi zona íntima. Estábamos tan resbaladizos, la humedad y la necesidad era tanta... que de estar agarrándome al respaldo pasé las manos a los reposabrazos para poder soportar mejor mi peso porque me temblaba todo mientras su boca no se apartaba de mis pechos.

Solté un gemido cuando levantó la cabeza y se recostó hacia atrás, llevando las manos a mis glúteos, los que apretó con fuerza acelerando los movimientos sobre mi clítoris. Con la fuerza de sus brazos me levantó un poco y alargó un brazo hacia la mesa, de donde cogió un preservativo que ni había visto.

Se lo quité de la mano y me eché un poco hacia atrás mientras bajo su atenta mirada lo abría, la que estaba incendiada y desprendía fuego. Lo saqué y bajé las manos para colocárselo, despacio, sintiendo cómo su cuerpo se ponía en tensión.

Hasta ahí, todo lo lento que se dio la situación porque de repente, me agarró por debajo de los brazos y me posicionó. Se quedó encajado en mi cavidad, en la que dejó metido solo el glande, quedándose parado mientras sus ojos bajaron hacia nuestros sexos, centrándose en ellos.

: Cuando levantó la cabeza de golpe supe que había llegado el momento, que no se iba a hacer esperar más al ver la determinación en su mirada. Con un movimiento rápido subió la cadera a la vez que bajó mi cuerpo, dejándonos unidos, lo que provocó que soltáramos a la par un jadeo de placer.

No pude resistirme más y empecé a deslizarme por todo el largo, incrementando el ritmo, ayudada por el apoyo de los reposabrazos para impulsarme de la manera que necesitaba. Sus manos me facilitaron la tarea, modificando a su antojo el balanceo de mi cuerpo llevándonos al límite.

Y lo que me hizo adelantar el estallido de un orgasmo intenso fue el contacto de sus dedos apresándome el clítoris dejándome plena libertad de movimiento para que terminara siendo yo quien marcara el ritmo yendo al encuentro de su cadera que se movía necesitada. Me volvió loca sintiendo todas las terminaciones nerviosas alteradas y sensibles, lo que fue un reflejo de la intensidad que tomé.

No lo pude soportar más, el sentirlo tan bien dentro de mí, la dureza con la que se perdía en mi interior, sus caricias en el clítoris, resbalando por él... me dejé llevar con varios gemidos intensos que quedaron amortiguados en su boca, porque justo en ese instante me acercó a él para bebérselos de mis labios. Perdiendo las fuerzas por un instante, con el cuerpo caído sobre él, sentí cómo me rodeaba con los brazos y me levantaba sin salir de mi interior.

Contuve la respiración cuando sentí el cuerpo hacia atrás. Me dejó con la espalda apoyada en su mesa, tirando de mis piernas hasta quedarme con la parte baja, el glúteo, sobresaliendo hacia fuera. Solté un jadeo, removiéndome sobre ella, cuando entró otra vez de un solo movimiento, duro y fuerte, en mi interior.

La intensidad que tomó fue frenética, la fricción consiguió que volviera a alterarme. Sin descanso, sin tregua, no paró hasta que volví a correrme, lo que provocó que lo hiciera él al poco tiempo. Balanceó nuestros cuerpos hasta que se quedó satisfecho, dejándose caer encima de mí con la cabeza apoyada entre mis pechos después de darles un beso a cada uno, rodeándome con los brazos.

No supe el tiempo que pasó después de que eso sucediera, ni me preocupó por lo a gusto que me sentía. Solté el aire cuando se incorporó un poco, quedándose apoyado en la mesa con las manos, buscando mi mirada.

—¿Bien? —Curvó los labios recorriendo cada detalle de mi cara.

—Mucho mejor —sonreí alelada sin poder apartar la vista de él.

Con un guiño se puso recto y me lamenté, quejándome, cuando salió de dentro de mí, despacio, lo que provocó que riera. Me ayudó a bajar de la mesa y me ofreció si quería ir al baño mientras se deshacía el preservativo, el que enrolló y envolvió dejándolo a un lado para tirarlo fuera de allí.

—Mi braga —le pedí levantando la mano delante de él.

—Ve, aséate y cuando vuelvas —se inclinó hacia mí, pasando la lengua por mis labios—, te la daré para ver cómo te la pones. —Terminó con un beso rápido.

Con un suspiro y atontada, todo hay que decirlo, me dirigí hacia el baño sin bajarme la falda, lo que fue totalmente intencionado porque sabía que me observaba, así me lo dejó claro por el carraspeo que hizo.

El baño era pequeño, pero con todo lo necesario. Cuando terminé salí a su encuentro. Vestido y con la cazadora de piel como si no hubiera pasado nada, con la prueba del delito a su lado, estaba apoyado en la mesa con los brazos y los tobillos cruzados mirando hacia mí.

—Póntelas —me pidió cuando llegué delante de él, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón y dejando extendida mi braga entre los dos.

Negando me levanté la falda, porque ya que lo hacía pues era en condiciones. Desnuda otra vez en la parte baja, hacia donde se centraron sus ojos sin pestañear, me incliné pasándolas por los pies, subiéndolas despacio mientras él observaba todos mis movimientos. Coloqué la falda en su sitio y por unos segundos me quedé sin saber qué decir ni qué hacer cuando nos rodeó el silencio y todo estaba hecho.

—Vamos. —Se separó de la mesa.

Con una mano agarró lo que iba directo a la basura y con la otra mi mano, tirando de mí. De esa manera salimos del despacho y lo paré cuando llegamos junto a mi mesa, a la que me acerqué para coger la chaqueta de la silla y

el bolso, los que me coloqué volviendo junto a él.

Sin hablar llegamos hasta el ascensor, en el que pulsó el botón de la planta principal. La puerta no tardó en abrirse ante nuestros ojos dada la hora que era. Todo sucedió demasiado deprisa sin que ninguno de los dos dijéramos nada. Sin darme cuenta paramos junto a mi coche, al que me acompañó y me pidió que entrara.

Me quedé descolocada al no verlo hacer ningún movimiento más que meterse las manos en los bolsillos, por lo que hice lo que me pidió y arranqué con una sensación extraña, la que no se separó de mí mientras le decía adiós con una mano obteniendo un movimiento de cabeza por su parte, y la que me acompañó durante todo el recorrido hasta mi piso.

Cuando entré en él, nada más cerrar la puerta principal, me apoyé en ella cerrando los ojos dejando salir el aire lentamente. Los abrí despacio y sin querer pensar de más para no estropear lo que había sentido y vivido, empecé a andar hacia mi habitación.

Dejé el bolso encima de la cómoda y me dirigí hacia el armario quitándome la chaqueta, donde la dejé colgada. Con ganas de darme una ducha entré en el baño y me desnudé, sintiendo toda la piel todavía muy sensible, lo que provocó que no pudiera quitarme de la cabeza a Enzo porque lo recordaba por cada parte de mi cuerpo.

, La ducha me sentó genial, en la que estuve más tiempo del normal debajo del agua caliente. Cuando salí me puse el pijama y fui a buscar el móvil en el bolso. Como daba por hecho tenía varias notificaciones de mensajes de Nina. Cuando los abrí sonreí, sentándome en la cama.

e

Primer mensaje...

, **Nina:** *Mi queridísima amiga Becca, como te darás cuenta me he ido y ni te has enterado. Nooormal con lo que has estado haciendo. ¿Que cómo lo sé? Primero quiero decirte que ha sido todo gracias a mí porque he tenido la brillante idea de decirle a nuestro «jefe» dónde te podía encontrar. Me he tomado esa libertad y qué acierto, chica, madreee miaaa. ¿Que a qué viene esto? Pues a que necesitaba asegurarme de que no la había cagado y he subido a buscarte después de un tiempo de enviarte a tu extraterrestre particular. Porque perdona que te diga, ese hombre no es de este planeta hija mía, ¡qué fuerte! Y eso que solo he puesto la oreja detrás de la puerta, si lo llego a ver en acción (suspiro interminable). Por eso, sabiendo que estabas más que satisfecha y el «jefe» te estaba tratando con honores, pues chica, he movido mis piernas y he sacado mi culito del edificio, hasta mañana. En cuanto estés en tu casa por tu madre, llámame.*

Segundo mensaje, media hora después...

Nina: *Madre mía, ¿todavía nada? ¿Qué estáis haciendo pecadores? ¿No os habéis separado? ¡Qué os vais a escocer!*

Tercer mensaje, cuarenta minutos después...

Nina: *Me estoy empezando a preocupar, a ver si me he ido tan tranquila y ese tío te ha consumidoooo...*

;

Cuarto mensaje, hacía quince minutos...

Nina: *Cariño, no me voy a preocupar porque sé que no puede contigo, pero ten cuidado con ese hombre que con nuestra broma del extraterrestre no íbamos muy desencaminadas. ¡¡¡Qué esto no es normal!!! Vamos ni por asomoooo...*

Me doblé en la cama soltando una carcajada y me dejé caer en ella, sin fuerzas.

?

Nina: *Me estoy empezando a preocupar, a ver si me he ido tan tranquila y ese tío te ha consumido...*

Cuarto mensaje, hacía quince minutos...

Nina: *Cariño, no me voy a preocupar porque sé que no puede contigo, pero ten cuidado con ese hombre que con nuestra broma del extraterrestre no íbamos muy desencaminadas. ¡¡¡Qué esto no es normal!!! Vamos ni por asomooo...*

Me doblé en la cama soltando una carcajada y me dejé caer en ella, sin fuerzas.

Capítulo 15



—¿Cómo ha pasado la noche? —le pregunté a Anaís sobre Alba.

Por desgracia nuestras advertencias no sirvieron de nada y Peter había seguido molestándola, lo que me cabreó la noche anterior cuando las llamé para hablar con ellas, preguntándole antes a mi amiga cómo había ido después de intercambiar las palabras con madre e hijo, a la entrada del colegio.

Llegué tan saciada y agotada a casa que me hice la cena rápido y mientras cenaba aproveché para informarme sobre el tema, sabiendo que no tardaría en meterme en la cama. No supe si la tal Julia, la madre del niño, había hablado seriamente con él o ni lo había intentado. O podía ser que lo hubiera hecho y su hijo se lo hubiera pasado por...

Pues ese mismo lugar en el que habéis pensado. Me costó dormirme por ese motivo, a pesar de notar que el cuerpo tiraba para que lo hiciera tuve la mente tan activa, pensando en el siguiente paso que iba a dar, que me dieron las tantas hasta que el sueño me venció.

—Bien, al menos lo pasa mal en el colegio, pero una vez fuera está como si nada —soltó un suspiro Anaís.

—¿Has visto a la madre esta mañana? —Apoyé los brazos en la mesa de la cafetería.

Estaba en el edificio del trabajo, eran cerca de las diez de la mañana del martes y había bajado porque necesitaba mi segunda dosis de cafeína. Nina no había podido acompañarme esta vez porque estaba en una reunión.

—Sí, pero me ha evitado y esquivado. —Bufó.

—Esas tenemos... —Repiquequé la mesa con los dedos.

—No sé qué más hacer, Becca —dijo con la voz compungida.

—¿Me dejas a mí?

—¿Qué tienes en mente?

—Llamar a Samuel.

—¿A quién?

—A mi amigo policía —sonreí—. Hace mucho tiempo que no lo ves.

—Ah, vale, ahora no caía. ¿Tú crees que él puede hacer algo?

—Déjame tantear el terreno a ver qué me dice, ¿ok? Vamos a gastar todos los cartuchos más o menos legales y si aun así no da nada resultado... pasaré a actuar personalmente.

—Vamos a probar con él, no quiero que te metas en problemas.

—No digas tonterías, el problema lo tienen otros, créeme —aseguré antes de darle un sorbo al café.

—Cuando sepas algo...

—Te aviso. —Terminé por ella.

—Perfecto, cariño. Te tengo que dejar, estoy muy liada.

o

—Tranquila a mí me quedan menos de diez minutos y vuelvo a mi puesto.

Nos despedimos y dejé el móvil en la mesa, con la vista fija en él. Me terminé el café y me levanté yendo hacia la escaleras, momento en el que aproveché para hacer la llamada que necesitaba.

—¿Becca? —respondió Samuel al contestar, con mucho ruido de fondo—. Espera que me muevo. —Hizo una pausa—. Ya está.

—¿Cómo le va la vida a mi queridísimo amigo? El más y mejor de todos ellos —dije de carrerilla apretando los labios para no reír.

—Tú quieres algo. —Rio—. Suéltalo.

—¿Yo? ¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Me hice la sorprendida.

—Hace casi cuatro semanas que no sé nada de ti y me sales con esas —dijo divertido.

—Perdona, perdona, pero creo que no ha sido por mi culpa. Que yo sepa he hecho varios intentos en llamarte.

—Toda la razón, preciosa. He estado tan liado que solo me he dedicado a comer y dormir estando fuera del trabajo. ¿Cómo va todo? Tenemos que quedar.

—Por un lado, bien y por el otro, está en proceso. Cuando tú puedas, ya sabes que yo no tengo problemas en cuadrar horarios como tú. ¿Cómo están Sofía y la bebé? Que ganas tengo de achuchar a la pequeña —sonreí al recordar los mofletes que tenía. Llamaban a gritos para llenárselos de besos.

—Ahora me cuentas la parte esa que está en proceso. Estoy a punto de cerrar el caso con el que estoy y entonces tendré más flexibilidad, cuenta con ello. Estupendas y yo enamorado perdido de las dos —dijo divertido y reí sabiendo perfectamente que era una realidad muy grande—. Solo tienes que descolgar el teléfono o llamar a la puerta de nuestra casa, así que...

—Me alegro, pues a lo mejor me paso esta semana y así me pongo al día con Sofía. Te quería comentar una cosa, a ver si me puedes ayudar de alguna manera, aunque si sigues tan liado...

—Va, no seas tontita, dímelo.

—¿Te acuerdas de mi amiga Anaís y de su hija Alba?

—Claro —respondió después de pensar unos segundos.

—Pues tenemos un mini problema, como el tamaño del artífice de él —solté un suspiro.

Le expliqué la situación por la que estaba pasando Alba, contándole todos los detalles, sin dejarme ningún dato incluyendo mi acercamiento hacia la madre y el niño.

—¿Me podrías ayudar?

—Sabes qué sí, pero ¿qué exactamente quieres que haga? Si no hay ninguna denuncia o advertencia es complicado que pueda meter mano al asunto, es muy pequeño.

—Yo estaba pensando en algo más íntimo. Con que le hagamos una visita tú y yo al niño creo que será suficiente. Utiliza tus artes intimidatorias que dejas con las piernas temblando a cualquiera cuando te lo propones —dije con guasa, haciéndolo reír.

—¿Y con la madre? No podemos acorralarlo por nuestra cuenta, es un menor. Nos podría traer problemas, aunque no hagamos ningún daño. Con mi historial a mí no me preocupa en absoluto porque se quedará en nada al hacer solo un aviso, pero no me quedo tranquilo por ti.

—¿Quién mejor que tú para protegerme?

—Lo digo en serio.

—Pues añadimos a la madre en el bote, no tengo ningún problema y surtirá más efecto.

—¿Por qué no intentas hablar con ella? Para tantearla, lo mismo acepta por sí misma si le explicas lo que quieres conseguir, que reaccione.

—A lo mejor ve una solución al problema que tiene encima —dije pensativa, recordando sus últimas expresiones y el «gracias» cuando pasó por nuestro lado.

—Correcto.

—Vale —solté un suspiro—. Necesito hablar con Anaís antes. Se lo cuento y después ya le pido lo que necesito para llegar hasta la madre.

—Estupendo. Pues entre que lo haces o no, seguro que a mí me da tiempo a cerrar el caso.

Me paré en el rellano del ascensor antes de entrar a la oficina para terminar de hablar con él.

—Pues quedamos así, si no te llamo esta noche, será mañana. Dale muchos besos a la reina y a la princesa de la casa —sonreí con cariño.

—Y a mí que me zurzan, ¿no? —Reímos—. Perfecto, preciosa. De tu parte se los daré.

—A ti los justos que te vienes arriba y te bajo de golpe. —Soltó una carcajada—. Controla esos besos hacia uno de tus amores que te veo. —Reí.

—Bueno, tú me has incitado. Una cosa llevará a la otra y...

—Sin detalles, por favor, que solo tengo dos cafés en el cuerpo —lo corté divertida—. Hasta dentro de poco, hombre enamorado.

—Hasta dentro de poco, chica temible.

Riendo, así colgamos y me dirigí a ocupar mi mesa. Cuando me senté miré hacia la puerta del despacho de Enzo.

³ No había aparecido todavía y estaba expectante por verlo llegar. Pensando en ello, sintiéndome nerviosa al no saber cómo se daría a partir de ahora entre nosotros, me tomó un tiempo centrarme en el trabajo, lo que conseguí hacer dejando apartadas mis dudas conforme las horas corrieron.

Pasados diez minutos del final de la jornada me levanté de la mesa. Ya había recogido y estaba preparada para

irme. Me giré hacia la de Nina, la que estaba poniéndose la chaqueta y llamé su atención señalándole el despacho de Fernando, dándole a entender que iba a él y enseguida nos iríamos.

—¿Se puede? —Asomé la cabeza después de llamar varias veces.

—¿A caso necesitas permiso? —negó quitándose las gafas de ver.

—Pues no —dije divertida, entrando y cerrando tras de mí—. ¿Vas a tardar mucho en irte? —pregunté quedándome cerca de su mesa.

—Un cuarto de hora y me voy —sonrió echándose hacia atrás en la silla, levantando una ceja.

—Vale —asentí.

—¿Qué querías? —habló divertido.

—Eh, nada. —Desvié la mirada hacia un lateral—. Solo venía a decirte que yo me voy ya —solté lo primero que me vino a la cabeza, incoherentemente porque...

—¿Y esa información me las estás dando por? —Levantó una ceja—. Desde que entraste a trabajar junto a mí vas por libre Becca, y de ello han pasado muchos años.

—Parezco tonta, ¿verdad? —Arrugué la nariz.

—Esa es tu percepción —negó sonriéndome con cariño—. La mía es que te sientes fuera de lugar ahora mismo y no sabes cómo preguntarme lo que quieres saber.

—No es bueno que me conozcas tanto —bufé haciéndolo reír—, para nada.

—Según tú, para mí, es perfecto. —Se levantó y rodeó la mesa hasta llegar junto a mí—. Pregúntalo.

—¿Por qué no me lo dices si sabes el motivo por el que estoy aquí? —solté un suspiro.

—Porque necesitas hacerlo, aunque no te des cuenta. —Se sentó en el filo de la mesa.

—¿Enzo está bien? Quiero decir... —Me froté la frente—. No ha aparecido en todo el día y no sé, yo...

—Enzo está perfectamente —curvó los labios—, solo que hoy ha tenido otros asuntos que atender. ¿Sabes que tiene otra empresa?

—No —susurré bajando la cabeza.

—Os queda mucho por hablar. —Me agarró de la barbilla, levantándomela—. Sé muy bien lo que está pasando entre vosotros.

—¿Te lo ha dicho él? —Me sorprendí.

—No, bueno con palabras, no —rio—, pero tengo ojos en la cara y las evidencias están claras.

—Pues las tendrás claras tú porque yo no sé muy bien lo que está sucediendo. —Hice una mueca.

—Lo sabes perfectamente. Como he dicho, tenéis mucho de qué hablar.

—Lo sé, a ver cómo se da —solté un suspiro.

—Pues bien, estoy más que seguro de ello —negó divertido—. Y sí, es dueño de otra empresa, de hecho, es su primera empresa, la que está muy bien posicionada. Todos los demás detalles sobre ello se los dejo a él, para cuando te lo explique. Ese es el motivo por el que no ha venido hoy, tenía que solucionar unos asuntos en la otra.

—Ah. —Fue lo único que pude coordinar para decir, provocando que volviera a reír.

—Si no te conociera no me sorprendería, pero como lo hago...

—Si es que una no se puede acercar tanto al jefe, después pasa lo que pasa. —Hice un guiño.

—Ve a casa a descansar y desconecta, mañana será mucho mejor. —Se levantó acercándose para darme un beso en la frente, el que recibí con una sonrisa.

—Gracias, Fernando. —Lo miré con cariño.

—No hay de qué, hija.

Mucho más tranquila salí con una sonrisa, yendo directa hacia mi mesa donde me esperaba Nina, sentada encima de ella.

—¿Le has sacado algo? —Quiso saber.

—Joder, soy un libro abierto para vosotros ¿o qué? —La miré de reojo mientras me ponía la chaqueta y me colgaba el bolso.

—¿Lo dudas? —Rio—. Ay, mi Fernando que te ha pillado. Quizás, y solo digo quizás —se aclaró la voz empezando a andar a mi lado—, te has delatado tú solita ante nosotros. Esas miradas pensativas hacia la puerta de

despacho de Enzo, las que se han repetido muchas veces sin que te dieras cuenta porque siempre que te he observado tenías la cabeza ladeada en la misma dirección. —Levantó un dedo.

—¿Has trabajado o solo has estado pendiente de mí? Porque no veas —negué.

—Soy una mujer con muchas habilidades, entre ellas puedo hacer mi trabajo tecleando, pero con los ojos puestos en ti. ¿Cómo te quedas?

—Maravillada. —Reímos.

—No me interrumpas que no había terminado de dar mi mega explicación. Como decía, ha sido más que evidente Y conste que te entiendo después de lo sucedido entre vosotros, yo habría pasado de las miradas colándome directamente en su despacho con cualquier excusa, para babear en él y recrearme en los recuerdos de la tarde de ayer. Y babear se puede hacer desde dos partes muy concretas del cuerpo, ahí lo dejo a tu imaginación. —Soltó una carcajada a la que me uní porque la vi en la escena—. También está el detalle de los suspiros que han llegado hasta mí, altos y claros. Si no has vaciado todos los gases que tienes en el cuerpo, no lo harás en la vida.

—¿Qué dices? Como si con eso se eliminaran. —Me sorprendí y terminé riendo al ver su asombro porque lo daba por hecho.

—Y otra cosa, esa carita de «mimosín» con la que has estado todo el día. Ay, amiga —pasó un brazo sobre mis hombros bajando las escaleras—, el asunto está muy chungo, ¿verdad?

—Mucho. —Hice una mueca.

—Todo irá bien —sonreí por el beso que me dio en la mejilla.

—He hablado con Anaís mientras tú estabas en la reunión.

—¿Y? —Se puso seria porque el primer café sí que nos lo habíamos tomado juntas y estaba informada de la llamada que le hice la noche anterior.

—Le he propuesto una cosa... —dije pensativa y continué cuando me lo pidió haciendo gestos— He hablado con Samuel y se lo he explicado todo.

—Oh, ¿el poli «buenorro»? Dios, todavía tengo sueños húmedos con él desde la última vez que lo vi. —Se abanicó.

—El mismo —negué divertida.

¹Ese comentario iba en tono de broma, lo que no quitaba que su apreciación fuera correcta, a lo de «buenorro» me

refiero, sobre la última parte de su comentario no quería ni pensar. Yo conocía a Samuel desde hacía mucho más tiempo que a Nina, casi dieciséis años, ahí es nada. Si os cuento cómo lo conocí... bueno va, hago una pasada rápida de la primera vez que nos vimos las caras.



Por aquel entonces...

El último día de la semana de trabajo no pudo empezar peor. Me dormí, increíblemente, porque ponía una decena de alarmas para que no sucediera, y es muy real, sin exagerar. El tema es que ya empecé con mal pie, lo que me llevó a saltar de la cama, agobiada, y lo hice tan rápido y descoordinada que aterricé en el suelo al enredárseme la sábana en las piernas. No pasaba nada si llegaba tarde al trabajo porque Fernando desde el primer momento confiaba en mí, pero no me gustaba, por eso corrí por el piso como las locas, sin café ni nada, una bomba de relojería era ese día.

A todo esto, cuando salí para buscar mi coche, no arrancó. ¿Os lo podéis creer? Pues claro, cuando algo se tuerce todo va en cadena. Después de unos minutos hablándole al coche cariñosamente porque creía que se obraría un milagro, pasé a los insultos al no obtener resultados.

Total, que me bajé de él más cabreada aún y me colgué bien el bolso, empezando a correr. Ni me paré a llamar a un taxi, ¿para qué? Ya estaba girada y con la vivencia desde que me había despertado no uní bien las piezas en mi cabeza. Hasta el trabajo tenía quince minutos en coche, puede parecer poco porque era un tema de conversación que se repetía, en tono de guasa, los domingos cuando iba a ver a mis padres.

Mi padre insistía que solo tenía un paseo agradable hasta llegar, mi madre que caminar es salud y como pasaba tantas horas sentada... mi respuesta era la misma siempre y muy justificada, que conste. Les decía para aplastar sus comentarios que si no lo utilizaba para ir a trabajar se estropearía el pobrecito porque no lo arrancaría en mucho tiempo. Y tener coche y no cogerlo, pues era una tontería. La segunda versión pasaba directamente a que ni de broma caminaba de buena mañana, ni paseo agradable ni leches, que no.

Y ahí iba yo corriendo con el estómago vacío, sorteando a todos los peatones. Hasta que sin verlo venir, porque fue desde mi espalda e iba muy concentrada en lo que tenía delante, grité y en milésimas de segundos me estrellé de boca contra el suelo. Suerte que reaccioné y me dio tiempo a frenar con las manos el impacto porque si no, me hubiera quedado mellada por culpa del que se convirtió en un gran amigo.

Sí, fue Samuel el que aterrizó sobre mi cuerpo. Asombrada y desconcertada sin saber qué estaba sucediendo, sentí cómo me llevó las manos a la espalda y me esposó.

—¡Qué mierda! —Me removí dolorida porque el golpe fue duro, y era el segundo en poco tiempo— ¿Qué está pasando? —Me levantó dejándome de pie.

Parpadeé varias veces, avergonzada porque éramos el foco de atención para todos los que estaban cerca y para los que se encontraban lejos que terminaron haciendo un corrillo para cotillear. Que estaba esposadaaa, joder, yo, una persona normal y corriente que no hacía daño ni a una mosca y para colmo en ese día tan espectacular que había amanecido, en sentido irónico.

—Queda detenida —soltó tirando de mí por la acera.

—Pero ¿qué dice? —No sé ni cómo no se me salieron los ojos de las cuencas en ese instante—. ¿Con qué cargos? No he hecho nada, joder —me lamenté.

—Nunca se hace nada, claro —dijo serio.

5

—No puede hacer esto. —Me removí para que me soltara por lo que apretó más la mano que me agarraba del brazo.

—No se resista o será peor —dijo al llegar a un coche de policía.

Abrió y me guio para entrar. Lo hice sin salir del asombro, soltando un jadeo y con unas ganas tremendas de llorar al verme en esa situación. El peor recorrido en coche de mi vida, eso fue para mí ir en la parte trasera conteniendo las lágrimas, a la vez que me cagaba en todo lo que rodeara al hombre que iba conduciendo tan tranquilo.

Media hora después, en la que esperé en una sala que me metieron nada más llegar a la comisaría, el mismo hombre, Samuel, entró con una expresión que supe que ya era consciente de que la había cagado.

—Señora. —Se acercó a mí.

—Señorita, no me jodas más el día porque salto por encima de la mesa y no lo cuentas. Que motivos me has dado me sobran muchos —dije con los ojos entrecerrados.

—Disculpe, señorita. —Carraspeó—. Lamento lo sucedido. Ha habido un robo y nos han dado un chivatazo, sus características son increíblemente las mismas a la persona que ha cometido el delito. Mujer joven, pelo castaño lacio pasando los hombros, pantalón de vestir color caqui, chaqueta vaquera de color blanco... y al ir como si huyera de algo o de alguien... Me disculpo por lo que ha pasado, por el malentendido. No sé cómo pedirle perdón. —Volvió a carraspear.

¿Eso podía pasar? ¿En serio? Y tanto que sí y más a mí ese día para terminar de rematarlo. Me quedé callada observándolo, lo que alargué mucho tiempo provocando que se pusiera nervioso, aunque intentara disimularlo. Se dedicó a mirarme sin saber qué más decir, entre molesto, por la metedura de pata que había tenido, y acongojado por lo que había provocado.

—Corriendo, que no huyendo. —Solté un bufido porque era una aclaración superimportante.

—Lo entiendo, le pido otra vez...

—No hacen falta tantas, tengo buen oído —lo corté.

—Puede poner una queja hacia mí si lo cree conveniente.

Cogí aire varias veces, analizando al hombre que tenía delante. No sabía la edad que tenía porque sobre ese cálculo, ya ha quedado claro que no daba ni una, pero parecía joven, al igual que yo. Nada mejor que subirse el ánimo a una misma y más después de todo. Que viniera alguien a contradecirme.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí? ¿Qué estás en activo? ¿Se dice así? Hablo de lo que escucho en las películas —dije tocándome la barbilla, pensativa.

—Dos meses desde que salí de la academia. —Carraspeó.

—Ya veo. —Hice una mueca y me levanté de la silla despacio—. Puedo ¿verdad? —Señalé hacia mi cuerpo—. A ver si te vas a tirar encima otra vez y la liamos.

—Claro —asintió—. Eso no sucederá nunca más —negó.

—¿Entonces puedo irme ya y recoger mis cosas? Tengo que llamar al trabajo. —Me separé de la silla.

—Cuando quiera —respondió sin quitarme la vista de encima—. ¿Va a poner la queja? Puedo acompañarla hasta mi compañero.

Me paré frente a él y me tomé unos segundos para volver a hablar. Cuando lo hice fue con la mano levantada hacia su cuerpo, dejándolo sorprendido.

—Me llamo Becca —dije cuando aceptó mi gesto, agarrándomela—. Sé que lo sabes porque te has hecho con mi documentación y todas mis cosas personales, solo me ha faltado darte la ropa, pero bien que me has manoseado.

—Levanté una ceja—. Pero, aun así, prefiero ser yo cordialmente quien te lo diga.

—Samuel —asintió desconcertado—. Lo siento, tenía que hacerlo —se refirió al cacheo que me había hecho nada más llegar.

—Lo único que quiero hacer es salir de aquí porque tengo unos picores que no veas la faenita que estoy teniendo para controlarlos. —Puse los ojos en blanco—. Y no, no voy a poner ninguna queja ni nada por el estilo —negué retirando la mano, la que metí en el bolsillo del pantalón.

—¿Está segura?

—¿Por qué insistes tanto?

—Es mi deber y está en todo su derecho para llevarlo a cabo —asintió y me hizo gracia.

—Tranquilo que sé dónde encontrarte. —Curvé los labios—. Todo eso que dices está muy bien, pero me largo. — Pasé por su lado.

Caminé hacia la puerta y me paré con ella semiabierta, girándome para mirarlo de frente.

—¿Sabes por qué no lo voy a hacer?

—No.

—Porque eres un profesional en potencia —sonreí—. Estoy más que segura de que, conforme vaya pasando el tiempo, no habrá quien te pare en tu profesión y en cómo la gestionarás y realizarás. Se nota el entusiasmo, la dedicación y la pasión que reflejas. Tú has actuado como debías, yo he tenido la mala suerte de elegir el mismo conjunto que la que ha robado. —Bufé—. Tu comportamiento ha sido lógico y coherente. Un cúmulo de circunstancias que me han llevado a probar el suelo de cerca, pero oye, ¿qué sería de esta mañana tan espectacular si no hubiera tenido este final tan apoteósico? Después de dormirme, de no tener ni un café en el estómago y de martirizarme por las agujetas que me van a salir por querer correr hasta el trabajo... —Levanté las dos cejas.

—Gracias —susurró.

—Ah y que sepas que me he cagado en ti, en todos tus antepasados y en los presentes. Mis disculpas, pero como siempre voy de cara ahí lo llevas —dije intentando no reír.

—Puedo hacerme una idea. —Apretó los labios con el mismo fin que yo, conteniéndose.

—Adiós, Samuel. Quién sabe, lo mismo nos volvemos a ver. —Me encogí de hombros—. Eso sí, espero que si sucede, sea de frente y en unas circunstancias de lo más normales.

Con esas palabras miré hacia la puerta y empecé a andar directa hacia la salida. Había memorizado el camino, ¡cómo para no hacerlo, con el miedo y la rabia que había pasado!

Ese fue nuestro primer encuentro íntimo y triunfal, el que llevó a que poco tiempo después él apareciera en mi trabajo, sorprendiéndome al hacerme una visita de cortesía para invitarme a un café, con la intención de que se me olvidara la primera impresión que tuve de él. Incluso fue al despacho de Fernando para darle su versión de lo que sucedió el día que llegué tardísimo. Ahí me ganó, empezó todo y la relación de amistad que se inició entre nosotros no pudo darse mejor. Aún, hoy día, acabábamos revolcados en el suelo cada vez que recordábamos nuestros comienzos porque en frío y lejano todo se veía más divertido.

Y no me equivoqué, para nada. Lo que supuse fue lo que sucedió. Samuel se convirtió en un excelente profesional, respetado y admirado, lo que con su esfuerzo, hazañas y dedicación se había ganado.



-
Vuelta al presente, a la conversación con Nina saliendo del trabajo...

—¿Y qué te ha dicho Samuel? ¿Cómo lo ve? —Quiso saber interesada.

—Bueno, está por ver, todavía no tenemos ni idea. Lo único que sé, es que me va a ayudar. —Me encogí de hombros.

—Eso estaba claro, lo sabías antes de hablar con él. —Soltó una risilla.

—Pues sí —confirmé sonriendo con cariño.

:

»

Y no me equivoqué, para nada. Lo que supuse fue lo que sucedió. Samuel se convirtió en un excelente profesional, respetado y admirado, lo que con su esfuerzo, hazañas y dedicación se había ganado.



Vuelta al presente, a la conversación con Nina saliendo del trabajo...

—¿Y qué te ha dicho Samuel? ¿Cómo lo ve? —Quiso saber interesada.

—Bueno, está por ver, todavía no tenemos ni idea. Lo único que sé, es que me va a ayudar. —Me encogí de hombros.

—Eso estaba claro, lo sabías antes de hablar con él. —Soltó una risilla.

—Pues sí —confirmé sonriendo con cariño.

Capítulo 16



Enzo

Cuatro días llevaba desaparecido de la empresa de la que era socio con Fernando. Agobiado al máximo había estado a nivel personal, intentado solucionar un problema que me había caído de golpe y sin esperarlo. Por suerte la solución ya estaba encaminada, o al menos eso esperaba, pero me había costado lo mío empezar a enderezarlo.

—Deja de pensar, al menos obligate un tiempo para no hacerlo —me pidió Luis.

—Difícil —dije con los ojos fijos en el ventanal, sin prestar atención a nada en concreto.

—¿Se sabe algo nuevo? —Apareció Sandra.

Me giré hacia ellos, apoyando la espada en el cristal. Eran los dos trabajadores de confianza que se encargaban de mi primer negocio siempre que yo me ausentaba. Pasé de uno a otro varias veces mientras esperaban por mi respuesta.

—Todo sigue igual —contesté.

—Joder, tío. —Se pasó las manos por el pelo Luis.

—¿Tenemos las manos atadas? —Se acercó Sandra, preocupada.

—Estoy uniendo todas las piezas, están trabajando en ello. Saldremos de esta.

—Y mientras tanto, ¿qué hacemos? —Quiso saber Luis.

—Seguir trabajando como llevamos haciendo desde el principio. —Los miré a los dos.

Me separé del ventanal y caminé hacia mi mesa. Estábamos en mi despacho, durante los cuatro días que habían transcurrido habíamos pasado más horas en él que en nuestras casas. Después de notificar a la policía lo sucedido,

nosotros mismos habíamos intentado averiguar de dónde cojones venía la jugarreta que nos habían hecho.

Inexplicablemente habían vaciado todo el capital de las cuentas de la empresa, dejándonos con un vacío que nos había costado digerir. Complicado hacerlo, una mierda lo iba a hacer, al menos yo, que llevaba todo el peso a mis espaldas. Como para permitirme el lujo de aflojar un instante...

Me sentía agotado, de todo en general. La policía estaba en ello, pero les estaba costando demasiado darme una respuesta y señalar al responsable o responsables de la situación. Jodido, mucho, ese es el resumen más claro y evidente que puedo daros, con la cabeza a mil por hora sin poderle poner freno.

Con un suspiro me dejé caer en la silla, frotándome la frente.

—Id a vuestros puestos de trabajo, por ahora no hay más —les pedí susurrando.

—Enzo... —habló de la misma manera Sandra.

—Todo está bien. —Recosté la cabeza en la silla.

—Dentro de un rato...

—Si sé algo nuevo, os lo haré saber rápido, si no, os pido que me dejéis un poco de espacio —corté a Luis.

Asintieron los dos, preocupados por cómo me veían. Solo era un bajón, normal, porque casi no había dormido desde que Sandra me llamó alterada, al querer hacerle una transferencia a un proveedor, la que le fue denegada.

—Lo que necesites nos avisas. —Llamó mi atención Sandra cuando me quedé con la vista ida, pensativo.

Asentí y me dejaron solo. Le envié un mensaje a Fernando, con el que había tenido contacto y estaba al día de todo. El primer día que me encontré con el problema me lo callé porque no tuve cojones a centrarme. Fue el segundo día, con más control sobre mí, cuando me desahugué con él.

Ni falta hace decir que se preocupó al instante. Habíamos intentado lidiar los dos con la situación, dejándome aconsejar por su experiencia. Aunque por mucho que habíamos hablado, todo había seguido igual. Lógicamente no íbamos a obrar un milagro, pero al menos a mí me había servido para no perder la cordura.

La respuesta al mensaje no tardó en llegar a mi móvil y lo leí satisfecho, al recibir lo que le había pedido. Me levanté necesitando largarme de allí, poco podía hacer porque no tenía la cabeza centrada para el trabajo, por lo que me puse la cazadora y me guardé todo en los bolsillos para desaparecer.

Me paré junto en la mesa de Luis que levantó la cabeza al sentirme.

—Sandra. —La llamé en alto y se acercó rápido—. Me voy chicos, cualquier cosa, por mínima que sea, hacédmela saber, ¿vale?

—Tranquilo, ya lo sabes —asintió él.

—Perfecto. Necesito descansar, aunque no pueda dormir. —Volví a frotarme la frente.

—Seguro que puedes hacerlo un poco, en algún momento tu cuerpo ya no podrá aguantar. —Hizo una mueca Sandra.

Asentí y me despedí de ellos yendo directo hacia el coche. Una vez me fui hacia casa, media hora después, estaba tumbado en el sofá con los ojos cerrados, pero como ya sabía, sin poder dormir. De igual manera me mantuve casi dos horas sin moverme, hasta que la alarma que había puesto sonó.

Me incorporé y fui al baño para lavarme la cara, mirándome en el espejo. Mi cara reflejaba perfectamente en el estado en el que estaba. La melodía de llamada de mi móvil sonó y con un suspiro me dirigí hacia la habitación. Lo cogí de la cama, donde lo había dejado al llegar.

Era Pablo, pero lo bloqueé sin descolgar, ya lo llamaría más tarde por el grupo que teníamos con Mateo. Los dos estaban muy pendientes de mí, tanto que me acribillaban a llamadas y mensajes. No es que me molestara, lo entendía porque yo actuaría igual hacia ellos. A todo contestaba más que agradecido para intentar calmarlos, pero en ese instante no quería retrasarme porque tenía algo en mente que quería hacer.

Volví a montarme en el coche y busqué la dirección que necesitaba. Hacia ella me dirigí, teniendo la suerte de aparcar justo en frente del portal del edificio. Miré el reloj, si mis cálculos eran buenos la persona que esperaba ver no tardaría en aparecer.

Cuatro minutos después así fue. Llevé la mano hacia la manilla de la puerta con la intención de salir y darle encuentro a Becca, que era quién vivía en esa dirección, la que Fernando me había facilitado. Poco más hice que quedarme con la mano en ella, al no verla sola.

Un hombre más o menos de mi estatura iba caminando a su lado, con un brazo pasado por encima de los hombros de Becca. Entrecerré los ojos apoyándome en el volante, pendiente de cada pequeño detalle de ellos. Sonrisas, miradas... ¿de cariño? ¿Qué me había perdido? ¿Cuatro días fuera y me encontraba con esa mierda? Porque me constaba que Becca no estaba con nadie, al menos hasta que tuvimos sexo en la empresa. Así me lo había dejado caer Fernando, como el que no quiere la cosa, para que me quedara claro, porque no me había abierto a él sobre el tema de ella, pero sabía perfectamente hacia dónde quería dirigir mis pasos y lo que se estaba cociendo, o más bien hirviendo, referente a Becca.

Me eché hacia atrás en el asiento, con la vista fija en el portal por el que entraron y desaparecieron.

—Mira qué bien, ¡mierda! —Apreté la mandíbula.

El dolor de cabeza no había aflojado y me sentía superado por momentos. Intenté no pensar en las peores situaciones que se podían dar dentro del piso de Becca y dejé pasar el tiempo, negándome a irme sin estar frente a ella y saber a lo que atenerme.

Casi una hora después el mismo hombre salió por el portal, caminando tranquilo. Ese momento fue el que elegí para salir del coche y caminar hacia donde él había salido, subiendo las escaleras de dos en dos hasta llegar a la puerta de Becca.

Llamé y esperé, metiéndome las manos en los bolsillos.

i

—¿Quién es? —dijo en alto.

No respondí, ya me vería cuando asomara el ojo hacia fuera. La puerta se abrió de golpe dejando ver la preocupación en su cara.

—Enzo —susurró.

—Siento venir de repente y sin que tú me hayas facilitado...

—Da igual —negó apartándose para que pasara—. Ha sido Fernando, ¿verdad? —asentí.

Lo hice despacio, observando el salón, todo lo que quedaba frente a mí. Hasta que me giré hacia ella para mirarla de frente.

—¿Cómo estás? —Se acercó, pero se quedó a unos pasos de distancia—. Fernando me ha comentado algo, espero que no te moleste.

Me señalé la cara porque la expresión que no se le había borrado, era en gran parte por cómo me veía. Hizo una mueca.

—No me molesta —aclaré—. Me alegro de que lo haya hecho, no hubiera querido que pensaras que justo después de que tuviéramos relaciones, me impusiera desaparecer de la empresa.

—Estás pasándolo mal —susurró.

—He tenido tiempos mejores, la verdad. —Hice un intento de sonrisa—. Llevo un rato en la calle, frente a tu edificio.

—¿En serio? ¿Y por qué has tardado tanto?

—No estabas sola, te he visto llegar del trabajo acompañada. —No aparté los ojos de los suyos.

—Oh, sí, era Samuel —sonrió y cómo levanté una ceja porque para mí eso no significaba nada, continuó—. Un buen amigo al que le he pedido un favor.

—Un favor —repetí—. No tengo la cabeza muy centrada y ahora mismo estoy pensando en varios favores muy factibles que se han podido llevar a cabo aquí. No te estoy juzgando, solo quiero...

—¡Imposible! —me cortó sorprendida— Samuel hace muchísimos años que es mi amigo, más que eso, es mi familia. Está casado y tiene una bebé.

—¿Y? —Me metí las manos en los bolsillos del pantalón.

—Ya, a veces eso no significa nada ni tiene valor —negó—, pero en este caso sí. Estamos muy unidos y para mí, tanto su familia, como él, son muy importantes. Es policía y le he pedido que me ayude con el problema de Anaís por lo que le está pasando a Alba. —Se encogió de hombros.

—¿Todavía sigue igual? Pensé... —Fruncí el gesto.

—Sí. —Hizo una mueca—. Ven. —Se puso a mi lado y me agarró una mano, llevándome hasta el sofá.

—Pues espero que siendo quien es, intimide lo suficiente —comenté.

Me había tranquilizado al instante por su aclaración. Joder, y de qué manera lo había hecho sintiendo un alivio difícil de explicar.

,

—Mañana lo sabremos —dijo pensativa—, es el gran día. ¿Puedo ayudarte? ¿Quieres tomar algo?

—No, no puedo hacerlo ni yo conmigo mismo... No me apetece nada, gracias. —Apoyé la espalda en el respaldo y cerré los ojos.

s —¿Estabas celoso?

La pregunta fue casi imperceptible y sin fuerza, pero lo suficiente para que llegara a mí y me hiciera abrir los ojos directamente hacia los suyos.

—Si te digo que sí, ¿qué pensarías?

—Que me gusta. —Se sonrojo e intenté no reír cuando la vi decida a arrancar con cualquiera de las suyas, lo que no tardó en expresar—. A ver, que quede claro —levantó las manos—, que no me gustan los celos, vaya por

delante. Pero me refería al significado. —Desvió los ojos hacia delante.

—¿Qué significado tiene para ti? —Me acerqué hacia ella, dejando una mano apoyada por detrás, inclinado.

—¿Qué te importo algo? —susurró tragando saliva cuando le aparté el pelo de la cara, para ver su perfil bien—
No sé, quien siente celos es porque...

—Porque la otra persona le importa y sus sentimientos lo superan, eso es lo que me pasa y la culpable eres tú. —
La agarré de la barbilla para que me mirara—. No soy celoso sin motivo, para que lo sepas, necesito algo muy
obvio para reaccionar porque confío hasta el final. ¿Estoy contigo, Becca? —Acorté la distancia.

—No lo sé, ¿lo estás? —habló con los ojos brillantes.

—Yo he preguntado primero. —Curvé los labios.

, —¿Y qué? ¡Ni que hubiera un orden de respuesta!

Me hizo reír, la primera vez después de muchos días. La agarré de la nuca y dejé nuestras narices rozándose.

—Dilo —le pedí susurrando.

—Lo estás, quiero decir. —Carraspeó—. ¿Lo estamos?

—Así es —confirmé porque era lo que ansiaba y deseaba, sin que pudiera existir otra posibilidad.

Rocé sus labios con los míos mientras nuestros ojos no se apartaban del otro, con intensidad. Fue un beso
calmado, en el que necesité transmitirle todas las emociones que me recorrían y de las que era la única
responsable. Con un suspiro me separé, apoyando la frente contra la suya.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Sí, no te preocupes. Solo es agotamiento, apenas he dormido estos días.

—¿No has conseguido solucionar el problema? Fernando me ha dicho que es muy grave. —Cerré los ojos al senti
su mano acariciarme el pelo, sin separarnos.

—Ni un poco, está todo en el aire, pero dirigido para buscar una solución. Aún no la tengo, ni han encontrado al
responsable que me ha jodido.

Los abrí y al ver su expresión me separé acomodándome para explicarle la situación al detalle, desahogándome.
Me escuchó atenta y su preocupación fue aumentando.

—No pasa nada. —Quise que cambiara el gesto.

—¿Cómo qué no? Madre mía. —Se inclinó tapándose la cara con las manos.

—No te pongas así que me pongo peor. —Le froté la espalda, despacio—. Me voy ya, Becca. —Cogí aire y me levanté.

—¿Ya? —Hizo lo mismo, quedándose frente a mí.

—Sí, necesito descansar como sea y ahora mismo no soy muy buena compañía. —Me apreté la frente.

—Puedes hacerlo aquí... si quieres.

—Te lo agradezco, pero quizás mañana, seguro que será mejor día. —Le acaricié la mejilla.

Caminé hacia la puerta agarrándole la mano y la volví a besar, esa vez con más intensidad.

—Por cierto, a parte de tu dirección tengo tu número de móvil —comenté dándole un beso en la nariz, el que la hizo sonreír.

—Yo no tengo el tuyo.

—No ibas a tardar en tenerlo. —Hice un guiño y saqué el móvil—. Ya está —confirmé después de hacerle una llamada para que le quedara registrado—. Espero volver pronto a la oficina. —La abracé acercándola a mí.

—El tiempo que necesites —suspiró al mordisquearle los labios.

Me despedí con un último beso y salí del edificio con una sensación totalmente opuesta a la que había tenido al entrar.

Directo a casa me dirigí porque sentía que en cualquier momento mi cuerpo se vendría abajo, ese había sido el único motivo por el que no me había quedado con ella.

—No pasa nada. —Quise que cambiara el gesto.

—¿Cómo qué no? Madre mía. —Se inclinó tapándose la cara con las manos.

—No te pongas así que me pongo peor. —Le froté la espalda, despacio—. Me voy ya, Becca. —Cogí aire y me levanté.

—¿Ya? —Hizo lo mismo, quedándose frente a mí.

—Sí, necesito descansar como sea y ahora mismo no soy muy buena compañía. —Me apreté la frente.

—Puedes hacerlo aquí... si quieres.

—Te lo agradezco, pero quizás mañana, seguro que será mejor día. —Le acaricié la mejilla.

Caminé hacia la puerta agarrándole la mano y la volví a besar, esa vez con más intensidad.

—Por cierto, a parte de tu dirección tengo tu número de móvil —comenté dándole un beso en la nariz, el que la hizo sonreír.

—Yo no tengo el tuyo.

—No ibas a tardar en tenerlo. —Hice un guiño y saqué el móvil—. Ya está —confirmé después de hacerle una llamada para que le quedara registrado—. Espero volver pronto a la oficina. —La abracé acercándola a mí.

—El tiempo que necesites —suspiró al mordisquearle los labios.

Me despedí con un último beso y salí del edificio con una sensación totalmente opuesta a la que había tenido al entrar.

Directo a casa me dirigí porque sentía que en cualquier momento mi cuerpo se vendría abajo, ese había sido el único motivo por el que no me había quedado con ella.

Capítulo 17



Abrí los párpados despacio, sintiéndolos muy pesados. Me costó enfocar la vista. Sin ganas de moverme me giré en la cama, quedándome de lado. Por fin había podido descansar y bastantes horas porque nada más llegar a casa, después de irme de la de Becca, terminé el día rápido dándome una ducha y haciendo una llamada a mis amigos.

Sobre las siete y media de la tarde, cuando llevaba media hora en videollamada con ellos, tumbando en la cama, noté que el sueño me vencía. Poco más que despedirme de ellos y apagar la luz me dio tiempo a hacer, a partir de ahí ya no recordaba nada hasta este momento, en el que la luz del día se filtraba por las rendijas de la persiana.

Me tomé un tiempo, en el que cogí el móvil que había descansado a mi lado y comprobé si tenía algo importante en él. Esperando por ser leídos tenía un mensaje de Fernando, varios de mis amigos en el grupo y dos de Becca.

Sonreí leyendo los de ella mientras conectaba el cable para cargarlo porque la batería se había consumido durante la noche, al no pararme a apagarlo. El primero era de buenas noches y el segundo de buenos días.

Enzo: *Buenos días, preciosa. Me ha encantado ver, nada más despertar, tus mensajes. Ayer caí a plomo antes de las ocho, hasta ahora mismo que he abierto los ojos. He descansado, ya tocaba. Que vaya bien el día y si no tienes otros planes, paso a recogerte esta tarde por tu piso. Estoy deseando verte.*

Cuando terminé pasé a los de mis amigos, haciendo varios comentarios rápidos, con los que no tardaron en reaccionar. Otra sonrisa apareció en mis labios, parecía que ese día se presentaba bien, o eso creí porque al abrir el mensaje de Fernando se me borró.

Fernando: *¿Cómo va, hijo? Tengo que comentarte algo referente a Calista, cuando puedas llámame.*

—¿De qué se trata? —dije en cuanto descolgó mi llamada, levantándome de la cama desenchufando el cargador.

—Está muy pesada —soltó un suspiro—. No quería molestarte porque bastante tienes encima, pero ha insistido tanto, ni te imaginas hasta qué punto. Necesitaba decírtelo a ver si la calmas.

—¿Qué cojones le pasa? —Solté un bufido.

—Ni idea. He hecho por averiguarlo, pero en el primer intento me ha parado los pies. —Levanté una ceja.

—¿Y por qué mierda se niega a hablar contigo por algo de la empresa?

—Creo que ahí está el kit de la cuestión, no me parece que vaya en esa dirección. Te lo digo para que estés preparado.

—Hablaré con Jacob. —Me referí al padre de ella.

—Como tú lo veas conveniente, pero no va a dejar de insistir. ¡Qué pesadilla!

—Está bien. —Puse el móvil a cargar otra vez, en el baño, conectando el altavoz y dejándolo apoyado en el mármol—. Le haré una llamada rápida y me la quito de encima.

—Ok. ¿Cómo estás?

—Bastante mejor —dije mirándome en el espejo—. Todo sigue igual, pero al menos he descansado, no todo lo que necesito, pero por algo se empieza.

—Me alegro. Te llamo más tarde, tengo una reunión en diez minutos. —Lo escuché moverse.

—¿Con los clientes que me comentaste hace unos días?

—Sí, todo marcha bien.

—Perfecto —asentí—. Ve tranquilo, luego hablamos y me cuentas.

Nos despedimos y me aseé. Me vestí rápido y lo dejé todo preparado para salir de casa hacia el trabajo, pero antes necesitaba un café. Con él entre las manos me dirigí hacia la terraza. La temperatura cada vez era más agradable y ese día el sol brillaba con intensidad.

Me lo tomé con calma, relajado mientras disfrutaba del momento. Hasta que el tono de aviso de un mensaje, el que sonó lejano, me trajo a la realidad. Me levanté para ir hacia el baño a por él y sentándome en la cama, sonreí al comprobar que era de Becca.

Becca: *Me ha encantado leer lo que has escrito y no sabes cómo me alegro. Sí, tengo planes, contigo. Estaré esperándote con las mismas ganas. ¿Lo he hecho bien? Que yo no estoy acostumbrada a estas cosas...*

Solté una carcajada por lo último.

Enzo: *Lo has hecho estupendamente. Me has puesto cachondo y me has hecho reír, el conjunto perfecto. No deje de hacerlo porque ya me has cambiado el humor.*

Becca: *A mandar, «jefe». Tú sigue imponiendo tu autoridad que ahora lo voy a disfrutar más que antes. Será muy gratificante presentarte batalla.*

Enzo: *Eso no lo dudes, lo vamos a disfrutar. Salgo para el trabajo, el primero, ya me gustaría ir al segundo para verte y llevar a cabo esa gratificación.*

Becca: *Vale, que vaya muy bien. Nos vemos por la tarde.*

Enzo: *Gracias, preciosa. No me lo perdería por nada.*

Salí de casa preparado para enfrentar el día, con más energía mientras me dirigía hacia el coche. Montando en él y con la puerta del garaje levantada, busqué en los mensajes de Fernando el teléfono de Calista, para quitármelo de encima cuanto antes. Marqué poniéndome en marcha.

—¿Diga? —Cogí aire para empezar la conversación.

—Buenos días, Calista, soy Enzo.

—Oh, qué grata sorpresa —negué porque con lo que había insistido de sorpresa nada, estaba cantado que terminaría llamándola, lo que ella no sabía es que lo había hecho por pesada.

—Me ha comentado Fernando que llevas varios días buscándome. —Fui al grano.

—Sí, me alegro de que te lo haya dicho y tengas tiempo para mí.

—Tú dirás en qué puedo ayudarte.

—Es un tema delicado y me gustaría hablarlo en persona. —Fruncí el gesto, tomándome unos segundos para pensar en mi siguiente comentario.

—¿Suced algo con nuestra negociación?

—No, con eso estamos más que satisfechos, todo un acierto.

—Entonces no lo entiendo.

—Verás, ha llegado a mis oídos lo que te ha sucedido.

s—¿Qué quieres decir? —Apreté el volante y puse el intermitente hacia el lado de la acera, para apartarme y parar.

—Ya sabes cómo es este mundo de los negocios, es un patio de colegio y los secretos duran poco. Sé que tienes problemas con la otra empresa de la que eres dueño y quisiera ofrecerte mi ayuda.

—¿Hasta dónde sabes? —Mi voz sonó fría.

—Bueno, todos los detalles no los sé, pero el más importante sí, que no tenéis capital. —Maldecí interiormente, tragándome todo lo que pensaba.

—Te agradezco la ayuda que me ofreces, pero lo tengo todo bajo control.

—Enzo, sabes que eso no es verdad. Ha sido un palo muy grande y sería una pena que por tozudez no conserves lo que con tanto esfuerzo has creado y levantado. El historial de la empresa la avala y estaríamos encantados de hacer otros negocios contigo, sería muy interesante y fructífero.

—Mi respuesta es la misma —dije convencido.

—Te propongo algo, a ver qué te parece.

—¿De qué se trata?

—Viaja hoy hasta aquí, a París, hay vuelos muy seguidos. Nos reunimos con mi padre y ponemos sobre la mesa todas las posibilidades. Seguro que encontramos la forma más viable para que tengas una salida satisfactoria con lo de tu empresa. ¿Qué te parece? No tienes por qué perder el control total de ella, se puede pactar lo que más te convenga siempre que también tengas en cuenta nuestros intereses.

—¿Hoy? —dije sorprendido.

—Sí, llegarás tarde entre unas cosas y otras, pero así mañana nos reunimos desde temprano, tenemos todo el día. Mi padre sale de viaje al día siguiente, de ahí la prisa.

—Déjame pensarlo.

—Claro, pero no te demores mucho. Sé lo que te urge el tema y mi padre una vez se vaya, tardará unas semanas en regresar.

—Te volveré a llamar dentro de un rato —dije pensativo.

—Estupendo, no me voy a separar del móvil —soltó emocionada y colgó.

Me quedé mirando hacia la pantalla, pensando en las posibilidades de arriesgarme a mezclarme con ellos, también con mi empresa, la que siempre había llevado yo y era el único jefe. De esa manera me puse en marcha, analizándolo.

No me preguntéis el por qué, pero terminé aceptando el ir a Francia. Saqué el billete para un vuelo de las seis de la tarde. No es que tuviera claro que fuera aceptar lo que me propusieran, esa opción estaba a años luz de mi pensamiento, pero sí que no perdía nada por probar suerte y escuchar la propuesta que querían plantearme. Muy claro, más que el agua, tenía que verlo para dar el paso.

Cuando tuve la decisión tomada lo primero que hice fue notificárselo a Fernando. Se sorprendió al recibir la noticia, por la parte del interés que tenían. Él pensó como yo, por lo que afiancé más lo que iba a hacer.

Estuve en la empresa hasta el mediodía y me fui despidiéndome hasta que regresara. Al llegar a casa comí y preparé la maleta de cabina con muy pocas cosas porque solo estaría un día completo allí, al siguiente había reservado el vuelo de vuelta.

Antes de salir para el aeropuerto le escribí un mensaje a Becca, a mis amigos ya los había informado porque se pasaron por sorpresa para verme en el trabajo.

Enzo: *Hola, preciosa. Muy a mi pesar tenemos que posponer los planes. Me ha surgido algo importante y necesito encargarme de ello. Tal vez haya una puerta abierta que me dé la solución al problema que tengo. ¿Te acuerdas de la mujer con la que me reuní y te pusiste celosa? ¿Sacando las uñas? Pues como sabes, es clienta nuestra y como todas las noticias malas corren como la pólvora, se ha enterado de lo que me sucede y me ha propuesto que nos reunamos en París, con ella y con su padre. Sí, salgo de viaje hacia allí en menos de dos horas y me voy ya para el aeropuerto. Escíbeme, llámame, cualquier cosa, pero quiero saber de ti. Nos vemos a la vuelta, no te escapas.*

Le di a enviar y me guardé el móvil antes de colocarme la cazadora de piel. Arrastrando la maleta fui en busca del coche. Después de estacionarlo en el aparcamiento del aeropuerto, no tardé en estar dentro e ir hacia el control de seguridad. Una vez todo hecho solo quedaba esperar a que anunciaran el embarque, por lo que busqué una cafetería y ocupé una mesa para tomar un café, aprovechando para revisar el móvil en el que encontré un mensaje de respuesta de Becca.

Becca: *Vaya, es muy precipitado, pero esas cosas son las que salen mejor. Espero que el resultado sea favorable para ti. Lo haré, cuando crea que no te molestaré. Ten cuidado y que vaya muy bien. No tengo intención de escaparme, todo lo contrario, quiero que me atrapes, así que...*

Lo leí divertido al comprobar que no hacía referencia a Calista de cualquier forma porque ella no sabía cómo se llamaba. No me había interesado decírselo ¿para qué? No era nada importante.

Enzo: *¿Celosa?*

Becca: *¿Perdona? ¿Yo?*

Enzo: *Lo estás y ¿sabes qué es lo mejor?*

Becca: *¿Ahora me vas a decir algo que me deje con la boca abierta?*

Enzo: *Mmm... me encanta imaginarte con la boca abierta. Lo mejor, que no sé si provocará esa reacción en ti, e que me encanta que lo estés.*

Becca: —escribiendo...

Enzo: *¿Te he dejado muda? —Hice referencia a que estaba tardando demasiado para enviarme el mensaje porque ya no aparecía que estaba escribiendo.*

Becca: *Para nada, no creo que eso lo llegues a ver nunca. Jajaja... me ha llamado Samuel, hemos quedado mañana. Ahora llamaré a Fernando para decirle que entraré más tarde, a ver cómo nos va.*

Enzo: *Seguro que bien, vamos a pensar en positivo.*

Becca: *Y sí, me ha entrado un poco de urticaria al saber hacia dónde vas, no por el lugar, sino por quien está y vas directo a ella —sonreí.*

Enzo: *Tienes las cosas claras, ¿verdad?*

Becca: *¿A qué te refieres?*

Enzo: *A que poco me importa a quien vaya a ver, Becca. Lo que me interesa, quiero y deseo es verte a ti, únicamente eso, todo lo demás me trae sin cuidado.*

Becca: *¿Lo dices en serio?*

Enzo: *Confía en mí. Siempre que digo algo es porque lo pienso y lo siento, nunca verás lo contrario.*

Becca: *Vale.*

Enzo: *Quiero estar contigo, a cada rato. No tienes ni idea de lo que me ha costado estar varios días sin hacerlo.*

Becca: *Sí que me hago una idea porque yo me he sentido igual.*

Enzo: *Voy a volar muy feliz, que lo sepas. Está empezando a formarse la cola para embarcar, te dejo, preciosa. En cuanto aterrice te envío un mensaje.*

Becca: *Yo lo estoy, pero tocando tierra. Ok, que tengas buen vuelo, Enzo. Estaré esperando.*

Mi siguiente mensaje fueron besos, los mismos que recibí de ella.

El viaje fue sin contratiempos y el avión aterrizó a la hora prevista. Nada más activar el móvil le envié un mensaje a Becca y otro al grupo que tenía con mis amigos, informándoles de que acababa de llegar. Cuando tocó mi turno me levanté del asiento y salí dirigiéndome hacia donde supuestamente me estarían esperando Calista y Jacob.

Un pequeño error pensar eso, no por mi parte, porque era lo que me había confirmado Calista en la última llamada que le hice, cuando le dije que aceptaba reunirme con ellos. Por lo visto, o Jacob al final no había podido ir a verme, o ella se había tomado la libertad de hacerlo por su cuenta.

—Bienvenido, Enzo. —Se acercó a mí, dándome dos besos que correspondí por cortesía.

—Gracias. —Empecé a caminar arrastrando la maleta—. ¿Vamos? —Me giré porque no se había movido.

—Qué prisas —sonrió.

—Tengo ganas de llegar al hotel para descansar. —Fue la excusa que le puse.

—He intentado reservar en varios, pero no he tenido suerte —dijo al pasar por mi lado.

Fruncí el gesto viendo su espalda, temiéndome...

—¿Qué quiere decir eso? No me puedo creer que en todo París no haya ni una habitación de hotel libre, o algo semejante, para que yo pase dos noches.

—Querido, pues así es. Por sorprendente que parezca no he encontrado alojamiento en tan poco tiempo. —Me hizo un guiño, lo que provocó que yo levantara una ceja—. Seguramente lo habrá, pero a mucha distancia y es una pérdida de tiempo. Por eso te vas a quedar en nuestra casa.

—Ya me busco algo por mi cuenta. —La adelanté sintiendo que todo empezaba a hervirme por dentro.

No soportaba que me manejaran para obtener un fin, en la vida lo había permitido ni lo haría.

—Mi padre se lo tomará como un desprecio si haces eso. —Intentó alcanzarme, pero había metido el turbo.

—¿Es la casa de tu padre? —siseé mirándola.

—Por supuesto —sonrió.

—Está bien, por esta vez lo dejo pasar —acepté por no hacerle un feo a él. Ya no era por lo que me podían proponer para remontar mi negocio, eso me importaba una mierda. Lo que no quería es que mi otra empresa saliera perjudicada, tocándole de cerca a Fernando—. Si hay otra ocasión, no volverá a suceder —dejé claro.

; —Tranquilo que se planeará con más tiempo y no habrá problema.

Me tocó los cojones la forma en la que lo dijo, el tono de satisfacción que dejó salir. Me atraganté con las palabras que hacían fuerza por salir de mis labios, pero opté por ignorarla todo lo que pude para no prender más la mecha y a que no tuviera solución.



—Bienvenido, Enzo —me sonrió Jacob levantándose del sofá.

—Gracias. —Le devolví el gesto.

—¿El vuelo bien?

—Sí.

—Perfecto. Calista, acompáñalo a la habitación que va a ocupar —le ordenó—. En una hora es la cena.

—Claro, padre.

—Si me indicáis hacia dónde ir, la encuentro solo —hablé rápido.

—Entre estas paredes te perderías, la casa es inmensa. —Llegó dispuesta a pasar por encima de mí, otra vez, colgándose de mi brazo.

a

Bajé la mirada hacia ese detalle, por las confianzas repentinas que se estaba tomando con todo. Volví a callarme, lo que no pasó cuando me dejó frente a una puerta.

—Te lo voy a decir una única vez, Calista. Cuidado con las confianzas que te das tú misma hacia mí. Me he controlado por respeto, pero una vez dicho, al ver que las vas aumentando, no seré tan amable como ahora. ¿He sido claro?

—Estás cansado. —Tuvo el atrevimiento de poner una mano sobre mi pecho, extendida—. Descansa y más tarde hablamos, querido. Estoy segura de que cuando te vayas, no pensarás igual. —Intentó acercarse.

Intentó, pero no lo consiguió porque la agarré de la mano, separándosela, lo mismo que hice con su cuerpo

llevándolo hacia atrás.

—¿Qué parte no has entendido de lo que acabo de decir? Porque creo que he sido muy preciso. Como sigas con esta actitud cojo la puerta y me largo, del país —aclaré—. No te arriesgues conmigo.

—¿Por qué tanta resistencia? —Frunció el gesto—. ¿Es por esa empleada sin importancia que tienes trabajando para ti?

s

/ Me quedé desconcertado al escucharla hacer referencia a Becca, buscando en mi cabeza algo que hubiera podido ver para saberlo. Fuego sentí por dentro, pero tanto una cosa como la otra las oculté sin mostrárselo. Lo único que hice fue curvar los labios mirándola fijamente.

—No tengo ni idea del por qué sabes y estás hablando de ella, me importa una mierda. Esa empleada a la que te diriges en tono despectivo es una persona y está muy presente en mi vida, no la escondo. Pero que te quede clara una cosa, Calista —remarqué su nombre—, ni se te ocurra mencionarla y mucho menos de la forma en la que lo has hecho.

—Retrasamos el vuelo. —Soltó un jadeo como indignada.

—¿De qué estás hablando? —Levanté una ceja.

—El día que nos reunimos en tu empresa, al final retrasamos el vuelo. Por eso sé que estuviste encerrado con ella en otra sala diferente de la que nos habíamos reunido y después fuisteis a otra, os vi.

—¿Te quedaste escondida todo el rato? ¿Con qué intención e interés? Porque es lo que hiciste, yo no te vi. No sé qué narices te piensas, tú y yo nos vemos por trabajo y así seguirá siendo cuando se dé la ocasión. Hasta ahí llega la barrera entre nosotros. Controla la lengua y no te metas en mi vida porque reaccionaré. Me voy a reservar lo que estoy pensando de ti, créeme, me lo tienes que agradecer. ¿Tu padre lo sabe? ¿Cómo te comportas, lo que hiciste y lo que te propones?

—Mi padre vive en un mundo aparte del mío, no se entera de nada de lo que hago —sonrió—. Pero soy su niña mimada y siempre me da lo que quiero, y ahora mismo es...

—Ni lo digas porque te vas a atragantar con tus propias palabras —dije cortante y frío—. Me acabas de dar la solución a esta situación. —Curvé los labios.

—¿Qué quieres decir? —Entrecerró los ojos.

—Mañana a primerísima hora me largo de aquí. —Levanté una ceja al ver su expresión de sorpresa—. Como no puedes ir con la verdad a tu padre y no vas a mostrarle cómo eres, te mantendrás callada.

—¿Y tu negocio? —dijo con voz ahogada.

—Tú lo has dicho, mío. —Dejándola en medio del pasillo abrí la puerta y entré, cerrando con llave.

El conjunto de todo provocó que escuchara perfectamente el grito de queja que soltó, el que me pasé por los cojones. Mira qué rápido he sido, me dije llevando la maleta al lado de la cama. Ni una hora me había llevado para librarme de todo, porque ni loco escuchaba una propuesta de Jacob ni de ella. Podía haber tomado la decisión de irme en ese instante, el único motivo por el que no lo hice fue por Jacob. Durante la cena me inventaría una excusa creíble para largarme de allí.

—En menuda trampa me hubiera metido —murmuré sentándome en la cama.

Enjaulado habría vivido si no tuviera la cabeza en su sitio, dominando la desesperación. Antes de la cena aproveché para cancelar el vuelo de regreso que tenía y reservar otro. Satisfecho al ver que salía a las once de la mañana del día siguiente, me levanté y abrí la maleta para coger el neceser.

Mucho antes de esa hora iba a dejar esa casa, en cuanto saliera de la cama si es que llegaba a meterme en ella.

—¿Y tu negocio? —dijo con voz ahogada.

—Tú lo has dicho, mío. —Dejándola en medio del pasillo abrí la puerta y entré, cerrando con llave.

El conjunto de todo provocó que escuchara perfectamente el grito de queja que soltó, el que me pasé por los cojones. Mira qué rápido he sido, me dije llevando la maleta al lado de la cama. Ni una hora me había llevado para librarme de todo, porque ni loco escuchaba una propuesta de Jacob ni de ella. Podía haber tomado la decisión de irme en ese instante, el único motivo por el que no lo hice fue por Jacob. Durante la cena me inventaría una excusa creíble para largarme de allí.

—En menuda trampa me hubiera metido —murmuré sentándome en la cama.

Enjaulado habría vivido si no tuviera la cabeza en su sitio, dominando la desesperación. Antes de la cena aproveché para cancelar el vuelo de regreso que tenía y reservar otro. Satisfecho al ver que salía a las once de la mañana del día siguiente, me levanté y abrí la maleta para coger el neceser.

Mucho antes de esa hora iba a dejar esa casa, en cuanto saliera de la cama si es que llegaba a meterme en ella.

Capítulo 18



Becca

—Dime que me vas a invitar a un café. —Fue lo primero que dije al llegar frente a Samuel que estaba apoyado en su coche y soltó una carcajada—. No sé dónde ves la gracia. —Puse los ojos en blanco.

—La tiene y mucha, que te conozco —negó dándome dos besos—. Anda sube que hacemos una parada en la cafetería porque si eres peligrosa con café, no te digo nada sin él.

—¿El uniforme es para intimidar más? —Le hice un repaso, asintiendo conforme por su plan.

—Ya sabes que sí, no suelo llevarlo a diario. —Me hizo un guiño.

Divertida me monté mientras él ocupaba el asiento del conductor. Tenía a Anaís nerviosita por lo que íbamos a hacer. Nada raro, no vayáis a pensar en lo peor porque todo iba a ser muy tranquilo, al menos esa era nuestra intención.

Ese día no era lectivo en el colegio y por lo que sabía, Julia y Peter irían al parque para pasar la mañana. Lo teníamos todo controlado porque había hablado con la mujer personalmente, gracias a Anaís. Me costó lo suyo porque al principio me vio como una amenaza, pero al final pareció ser, que empezó a ver las cosas con claridad y aceptó la propuesta que le hice.

La que no era otra que ella llevaría a su hijo al parque y nosotros apareceríamos en algún momento. Ahí se daría la «intimidación» por parte de Samuel hacia el niño, de lo que estaba avisada su madre y había dado el consentimiento al ser mi amigo, a través de una llamada, el que la calmó diciéndole que era policía y que solo quería hacerle ver la realidad al pequeño estando ella presente.

Todo salió rodado y ahí estábamos, dentro del coche dirigiéndonos hacia el parque, bueno, primero a por el café que eso era innegociable. Eran las diez de la mañana, Fernando ya estaba avisado de mi retraso y del motivo, por lo que estaba más que tranquila y expectante para ver si conseguíamos lo que nos habíamos propuesto.

—¿Esperas una llamada? —me preguntó antes de llevarse la taza a los labios.

—¿Eh? No. —Dejé el móvil encima de la mesa.

Habían sido varias las veces las que lo había mirado, esperando ver un mensaje de Enzo o que sonara siendo él el que llamara. Ni una cosa, ni la otra.

—Ah, como estás tan pendiente. —Levantó una ceja.

—No te he contado lo que me ha pasado de un tiempo a esta parte —solté un suspiro.

—Pensaba que la única novedad era lo de Alba. —Dejó la taza encima de la mesa.

—Pero es bueno —sonreí y asintió de la misma forma—. He conocido a alguien. —Carraspeé—. Cuando te cuente cómo, te vas a reír.

—Como se haya dado igual que nuestro comienzo... —dijo conteniendo el reír.

—Sí, hombre, si hubiera sido así no lo cuenta. Bastante tuve con una vez. —Puse los ojos en blanco provocando que soltara una carcajada.

Empecé a explicarle todo lo relacionado con Enzo y la sonrisa no abandonó su cara en ningún momento, hasta que llegué a la parte en la que estaba de viaje, por lo que entendió el motivo por el que estaba pendiente del móvil, más de lo normal.

—Vaya, quién os iba a decir que vuestros ex serían el motivo por el que daríais el pistoletazo de salida.

—¿Te lo puedes creer? —Reímos—. Es que le he escrito cuando me he levantado y no lo ha visto todavía. —Toqué el móvil.

—Bueno, sabes a lo que iba. Estará liado.

^a—Sí —asentí—. ¿Nos vamos?

—Claro. —Llamó a la camarera.

Pagó el desayuno sin darme opción a hacerlo yo y volvimos a su coche. Diez minutos después aparcaba cerca del parque en el que se daría el encuentro.

—¿Has planeado cómo lo harás? —Me giré hacia él antes de salir.

—¿Qué tengo que planear? —Rio.

—Ah, no sé. Si fuese yo, tendría hasta un guion preparado.

—¿Tú? Que actúas por impulsos. —Levantó una ceja.

—Pues también es verdad, leches, son los nervios —negué.

—Es un niño pequeño.

—Pero el enemigo número uno de Alba. —Entrecerré los ojos.

—Mejor déjame a mí, que ya estoy adelantando la situación si estás a mi lado —negó saliendo del coche.

—¿Y yo qué hago? —pregunté cuando me puse a caminar a su lado.

—Quedarte cerca o con la madre. —Se encogió de hombros.

—No sé, ahora te lo digo cuando los vea de lejos. —Hice una mueca—. Si esto no surte efecto, ¿qué más podemos hacer?

—Irá bien —dijo seguro—. Antes de hablar con él lo haré con la madre en persona porque por mucho que yo diga, si en su casa después va a seguir con la misma rutina lo tenemos todo perdido de antemano. ¿Los ves?

Se paró cuando accedimos al parque, mirando a todos los que estaban en él.

—Sí. La madre está sola, perfeto —dije dirigiéndome hacia ella—. Hola Julia. —La saludé tranquila.

—Hola —respondió sin mantenerme la mirada.

—Soy Samuel, hablamos el otro día por teléfono. —Le ofreció la mano y ella la aceptó—. Tranquilícese, todo va a estar bien.

Era evidente que estaba nerviosa porque se removía inquieta. Mi amigo se puso a hablar tranquilo, exponiendo el problema cara a cara y aconsejándole las soluciones que debía tomar en su casa para poder ponerle remedio a la situación. Le dejó claro que no solía hacer esas cosas, pero como Alba, Anaís y yo éramos parte de su familia, no podía dejarlo pasar sin actuar.

Tan correcto fue, tan bien habló, que Julia, la madre de Peter, terminó asintiendo a todo lo que dijo. Y embobada, que es un dato muy importante, porque se quedó embelesada mirándolo, por lo que intenté no reír manteniéndome al margen.

—¿Qué le va a decir? —me preguntó ella dejando salir los nervios cuando Samuel empezó a caminar hacia Peter, el que estaba jugando apartado en un lateral.

—No lo sé muy bien. Lo que te ha comentado, pero a su manera.

—¿Eso qué significa?

—Si le entra sin imponerse no servirá de nada. No te preocupes, lo has dejado en buenas manos.

Nos callamos atentas al momento en el que Samuel llegó a su lado y el niño levantó la cabeza hacia él, agrandando los ojos. Imaginé que le pidió que lo siguiera porque se movieron para quedar más apartados, después de que Peter buscara a su madre, la que con un gesto le dijo que todo estaba bien.

Veinte minutos después, en los que el pequeño se mantuvo más recto que un palo, mi amigo se apartó de él dirigiéndose hacia nosotras. Nos levantamos del banco en el que nos habíamos sentado.

—¿Cómo ha ido? —Fui la primera en preguntar.

—Mejor no ha podido salir. —Me hizo un guiño y sonreí sintiendo la emoción recorrerme—. Julia, he sido muy claro y directo en todo lo que le he dicho, respetando los términos de su edad. Sé que ha tenido miedo, pero no por mí, sino por mi uniforme y por las verdades que le he dicho.

»A partir de ahora, para que esto sirva de algo, es necesario que tú lleves a cabo lo que te he comentado antes. No sientas pena si llora, si te recrimina algo, él buscará la forma de volver a lo que conoce para conseguir lo que quiere, pero tú eres la adulta y la que tiene que manejarlo para que crezca bien y feliz, con valores, los que en el momento en el que está no le importan y los usa a su conveniencia.

—Gracias —asintió.

La miré de reojo y hasta me emocioné más al verla a ella con los ojos húmedos. Lo que eran las cosas, oye...

—Te voy a dejar mi teléfono. —Volvió a hablar Samuel sacando de un bolsillo de su chaqueta una tarjeta, ofreciéndosela—. Cualquiera cosa que se complique, que veas que se te va de las manos... estaré encantado de poder ayudarte e intervenir.

—No sé si lo conseguiré —soltó un suspiro guardándosela.

—Poco a poco lo harás, pero firme desde ya. No dudo de que estará unos días más tranquilo después de mi charla, pero en tu casa, al volver a la rutina habitual, te lo pondrá complicado otra vez. Hablo en nombre de los dos —me señaló y asentí—, gracias por colaborar, es un gran paso para que tu vida también sea mejor de aquí en adelante.

Varios comentarios más y nos despedimos de ella con otro agradecimiento por su parte. Mientras nos dirigíamos hacia el coche me giré para buscar a Peter y contuve una carcajada al verle los ojos abiertos por la sorpresa al reconocermelo y encontrarse con mi pulgar hacia arriba.

—Ahora mismo eres tú la niña. —Rio Samuel al darse cuenta.

—¿También quieres darme la charla? —dije con voz ahogada, en broma.

—Contigo no tendría nada que hacer.

—Cómo lo sabes. —Solté una carcajada, contagiándolo.

—¿Te llevo al trabajo? —me preguntó al montarnos en el coche.

—Si me haces el favor... me iré con Nina a la tarde.

—Pues vamos —asintió arrancando.

A mí sí que me explicó al detalle lo que había sucedido desde que se puso frente a Peter y no pude dejar de mirarlo con admiración y cariño, más que satisfecha por todo lo que oí. Cerca de llegar al trabajo mi móvil sonó y lo busqué rápido pensando que era Enzo, por lo que Samuel rio al ver mis nervios.

Para nada era quién pensé, fue el nombre de Fernando el que apareció en la pantalla.

—Estoy llegando —dije al descolgar.

—Becca...

No fue mi nombre, fue cómo lo pronunció y el escalofrío que me recorrió.

—¿Qué pasa Fernando?

Al ver la seriedad y el cambio que tuve, Samuel me observó con atención.

—No te entretengas, tengo algo que contarte.

—¿Estás bien? ¿Jasmín está bien? —pregunté por su mujer también.

—Sí, hija, no te preocupes por eso. Cuando llegues...

—Estoy a punto de bajarme del coche —le confirmé cuando Samuel paró después de aparcar.

—Perfecto, ahora nos vemos.

Colgó la llamada dejándome descolocada.

—¿Qué pasa? —me preguntó mi amigo.

—No lo sé. Ha sido... raro. —Giré la cabeza hacia él.

—¿Qué te ha dicho? —Quiso saber serio.

—Que vaya directa a su despacho, sin pararme a nada más. —Hice una mueca.

—¿Te acompaño?

—No hace falta —sonreí al sacar su lado protector—. Tienes mucho trabajo y será alguna tontería.

—No lo ha parecido, según tú. —Levantó una ceja—. Sabes que ahora estoy tranquilo y tengo más libertad, vamos —dijo bajándose del coche, ignorando lo que le había dicho.

En cierta manera lo necesité porque me reconfortaba sentirlo al lado. Con esa sensación y varias más, subimos hasta la planta en la que yo trabajaba. Al acceder a ella no miré ni a los lados, centrando la vista en la puerta del despacho de Fernando.

—Adelante —dijo en alto cuando piqué.

—¿Qué sucede? —dije nada más entrar —¿Fernando?

Sentado en su silla se quedó observándome sin contestar, hasta que desvió los ojos hacia Samuel, reconociéndolo.

—¡Cuánto tiempo, muchacho! —Se levantó, acercándose.

—Mucho, Fernando. Sé por Becca que todo está muy bien.

—Sí —respondió mirándome de reojo, lo que me puso más nerviosa—. ¿Te quedas? —Se centró en él.

—¿Debo hacerlo? —preguntó él metiéndose las manos en los bolsillos, atento a sus gestos.

—Sería lo mejor, hijo —asintió, lo mismo que hizo Samuel, despacio.

—¿A qué viene todo esto? —hablé sin poderme contener más.

—Sentaros —nos pidió mirándome con cariño.

Lo hicimos, al igual que él volvió a ocupar su silla.

—¿Nina está aquí? ¿Está bien? —Me levanté dispuesta a comprobarlo.

—Sí, ahora en una reunión —confirmó apoyando los brazos en la mesa.

—No lo entiendo. —Me dejé caer en la silla— ¿Entonces...? ¿Enzo ha tenido más problemas? —susurré tragando saliva porque era por el único que me faltaba por preguntar.

No hizo falta que me lo confirmara, solo por cómo me miró, lo supe por anticipado.

—Becca, Enzo ha tenido un accidente.

—¿Qué dices? —Me levanté otra vez, de golpe—. Está de viaje de negocios.

—Lo sé —asintió con los ojos cubiertos de tristeza—. El accidente ha sido en Francia.

—No puede ser. —Parpadeé varias veces al nublárseme la vista.

Lo vi borroso por las lágrimas contenidas, sintiendo cómo Samuel se ponía a mi lado y me rodeaba la cintura.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mi amigo por mí, dándome tiempo para recomponerme.

—Sé muy poco, todavía hay mucho desconcierto y al estar solo en ese país... Mateo, su amigo, ¿lo conoces? — asentí mientras Samuel me guiaba de vuelta a la silla, arrastrando la suya para quedar pegado a mi lado— Ha sido él el que me ha dado la noticia hace unos minutos. Lo han atropellado, poco más os puedo decir. —Nos miró a los dos—. Voy a salir de viaje hacia allí en cinco horas, es el vuelo más rápido que he encontrado y también he reservado para ti.

—¿Becca? —Me frotó la espalda Samuel al no reaccionar.

—Si no te ves con fuerzas para acompañarme... es que he pensado que querrías estar con él. No sé en las condiciones en las que está.

—Sí que las tengo, necesito ir —respondí rápido, agarrándome al filo de la mesa.

—Pues vete para casa y prepáralo todo. Pasaré a recogerte en dos horas. ¿Estarás bien?

—Sí —susurré.

—No va a estar sola —habló Samuel.

Lo miré y retiré las lágrimas de mis mejillas, las que ni me había dado cuenta de que se habían escapado de mis ojos.

—Muchacho, ¿quieres acompañarnos? Había plazas suficientes en el vuelo, con el poco tiempo que hace que lo he mirado no habrá variado.

—Él no puede —susurré.

—¿Quién lo dice? —me sonrió con cariño— Solo tienes que decirme si quieres que vaya y lo haré. —Me acaricié el brazo—. Acepto —confirmó al ver mi expresión, no necesitó más.

—Ahora compro el billete, despreocúpate de todo. Imagino que tendrás que hacer cosas antes de irte tan precipitado.

—De acuerdo, gracias. Sí, cuando lleve a Becca a su piso haré varias llamadas para cuadrarlo todo y poder irme tranquilo. Yo me encargo de recogerla para ir al aeropuerto, así vas directo hacia él.

—Está bien, pues iros ya. Lo necesitas. —Fijó los ojos en mí—. Nos llamamos cuando estamos allí, para encontrarnos.

—Fernando... —Lo llamé apretando fuerte la mesa.

—¿Sí?

—¿No sabes nada más? ¿De verdad? —Fruncí los labios—. Sea lo que sea dímelo, quiero saberlo.

—No, hija. Sabes que te lo diría por muy duro que fuera. Es la poca información que me ha facilitado Mateo. No te creas que saben mucho más, ni sus padres. Solo se han puesto en contacto con ellos por lo sucedido, están intentando averiguar los detalles. Todos, sus amigos, sus padres y el tío, por lo que me ha dicho Mateo, van para allí. Ellos llegarán unas horas antes, el vuelo que han reservado ha quedado completo y nosotros cogeremos el siguiente.

Asentí sin poder hablar más, con un nudo en la garganta. Levanté la cabeza hacia Samuel que se había incorporado y me sujetaba las manos para que soltara la mesa, al seguir apretando el filo. Con su ayuda salí de allí como en una nube, sin creermelo lo que había escuchado. Mientras recorríamos el pasillo Nina accedió a la oficina, riendo junto a varios compañeros. Lo que cambió cuando miró hacia delante sonriendo, al vernos. Sería y preocupada porque yo era un libro abierto para ella, llegó ligera frente a nosotros.

—Hola Samuel —lo saludó, a lo que él le correspondió devolviéndole los dos besos rápidos que le dio mientras me miraba de reojo—. Nena, ¿qué pasa? —Me agarró de las manos.

—Enzo ha tenido un accidente —murmuré.

—¿Qué? —Se puso una mano en el pecho.

e

—¿Sabes que está de viaje? —intervino Samuel.

—Sí, me lo dijo anoche —respondió Nina señalándome.

› —Pues le ha sucedido allí, vamos a coger un vuelo —le confirmó.

—¿Os vais los dos? —asentí sin ganas de hablar, nerviosa porque quería dejar el edificio cuanto antes.

—Correcto y con Fernando. Los voy a acompañar —le aclaró Samuel.

—Vale, me quedo más tranquila. —Me abrazó—. Seguro que ha sido poca cosa, cariño —susurró en mi oído.

—Lo han atropellado —la informé de la misma manera.

Me apretó fuerte contra ella. Cuando se apartó de mí me acarició la cara y me dio varios besos.

—Nina. —Escuchamos detrás de nosotros a Fernando y lo miramos.

—Dime, jefe.

—Tómate el día libre. Becca necesita que la ayudes, todavía no ha reaccionado.

—Gracias —dije sin dejar salir la voz, pero no tuvo problema en interpretarlo mirándome los labios.

—Esperamos a que recojas, os llevo —se dirigió a ella Samuel, pasando un brazo sobre mis hombros.

—¿Vas a dejar a Sofía y a la bebé solas? —murmuré cuando los dos se alejaron.

í —Por mi trabajo lo están más de lo que quisiera. —Me dio un beso en la cabeza—. Todo está bien, no pienses en eso ni te preocupes. En cuanto le cuente lo que ha sucedido ella misma me pondrá la maleta en la puerta para que me vaya contigo, seguro que me echa a empujones para que no te deje mucho tiempo sola —sonreí triste.

Me apoyé en él cerrando los ojos y me dejé guiar cuando Nina volvió a unirse a nosotros.

Capítulo 19



—Ya está. —Salió al salón Nina, sentándose junto a mí en el sofá—. Creo que he metido todo lo que puedes necesitar.

—Gracias, no hacía falta —negué porque se había opuesto a que yo hiciera la maleta.

—No digas tonterías, no ha sido nada. Me he emocionado al tener la sensación de que era para mí —sonrió intentando que yo hiciera lo mismo.

Lo hice, pero no como ella esperaba y quería.

—Samuel no tardará —dijo al comprobar la hora en el móvil.

Como había dicho nos había dejado a las dos en mi piso. En él habíamos comido cuando llegó la hora y al terminar, mientras yo me daba una ducha, Nina empezó a organizar mi equipaje.

—Si hubiera sabido el motivo por el que no ha mirado mi mensaje —susurré refiriéndome a Enzo.

—Cariño, estas cosas tardan en saberse y más estando en otro país. Ni imaginarlo se puede, por desgracia caen como un jarro de agua fría de sopetón. —Se acercó a mí.

Asentí y me dejé abrazar por ella, hasta que el timbre sonó.

—No sé quién puede ser, Samuel ha dicho que me avisaría cuando viniera de camino —dije mirando hacia la puerta.

—Yo sí. —Me hizo un guiño dirigiéndose a abrir.

Anaís entró de golpe cuando tuvo el camino libre y no tardó en localizarme. Caminó rápido hacia mí y se dejó caer en el sofá, sustituyendo el abrazo que me estaba dando Nina antes de que apareciera.

—Tesoro. —Me acarició el pelo.

—No tendrías que haber venido —dije emocionada.

—No te sienta bien estar triste, dices muchas tonterías. —Se apartó sonriéndome con cariño—. Nina me ha avisado y en cuanto he podido he salido del trabajo. ¿Lo tienes todo preparado?

—Sí, no me ha dejado hacer nada. —Señalé a nuestra amiga que se había sentado en la mesa pequeña que había frente al sofá.

—Me parece perfecto —asintió.

—No me he acordado de llamarte, para explicarte cómo ha ido en el parque —negué haciendo una mueca, mirando hacia el frente.

—Ya lo ha hecho Samuel hace un rato, ni pienses en eso ahora.

Asentí. Se levantaron para preparar cafés y las acompañé a la cocina. Sentadas en la barra nos lo tomamos en silencio, bueno yo hice el intento dándole varios sorbos porque no me entraba nada. Faena había tenido para comer al mediodía obligada por Nina. No me había terminado todo lo que me había puesto en el plato, pero al menos algo me había llevado al estómago para no escuchar sus amenazas porque no estaba para rebatirla.

—Voy a calzarme. —Me levanté—. Y ni se te ocurra decir que me pones las botas tú. —Señalé a Nina porque ya estaba preparada para seguirme y sin duda para llevarlo a cabo.

—Eres una aguafiestas. —Ladeó los labios.

—Lo que tú digas, pero te quedas pegada al taburete —negué yendo hacia el salón.

—¿Ha hablado con más fuerza o es mi imaginación? —Escuché a Anaís cuando las dejé solas.

—Lo ha hecho, pero no sé si porque las empieza a tener o por nosotras —respondió Nina.

Cogí aire al escuchar sus palabras y me perdí por el pasillo. Entré en la habitación dispuesta a hacer lo que les había dicho. Solo me faltaba eso y meter el cargador y el móvil en el bolso, los dos estaban en la mesita, conectados. Los recogí viendo un mensaje de Samuel de hacía pocos minutos y lo guardé de prisa, dejando el bolso colgado en la maleta. Estando en el baño el timbre sonó y salí rápido a su encuentro.

—¿Estás lista? —dijo fijándose en la maleta que arrastraba llegando junto a él.

—Sí —confirmé sonriendo—. Nos vemos a la vuelta. —Me giré hacia mis amigas.

Nos abrazamos, me leyeron la cartilla en cuestión de segundos como si estuvieran a mi cargo, los besos volaron de unas a otras, hasta que las frené con las manos pidiéndoles que pararan.

—Estoy bien. —Las miré con cariño.

—Cuando lleguéis avisad. Ya hablaremos con calma a la noche, o antes si lo necesitas —dijo Anaís.

Nos volvimos a despedir y eso que todavía no habíamos salido de mi piso porque ellas bajaban con nosotros, por lo que... otra tanda de todo lo anterior en la calle, hasta que Samuel riendo agarró mi maleta y mi mano, arrastrándome hasta el coche.

Nada más llegar al aeropuerto llamé a Fernando para saber dónde estaba. Cuando nos encontramos nos dirigimos hacia el control policial y después de esperar para que abrieran la puerta de embarque, llegó el momento de subir al avión.

El vuelo fue de todo menos tranquilo, no porque hubiera turbulencias ni nada por el estilo, sino por cómo estaba yo interiormente. Ahí sí que tenía turbulencias, todas las que quisiera y más, mezcladas con montañas rusas que me hacían pasar de estar relativamente tranquila a llorar en silencio.

Llegamos a París diez minutos antes de la hora prevista y cuando salimos del avión nos dirigimos hacia la parada de los taxis. Fernando se había encargado de todo, de hacer todas las reservas, incluidas las del hotel, y de seguir en contacto con Mateo, el que le había dicho que al día siguiente nos veríamos.

La palabra hospital salió solo una vez, de pasada. Según nos comentó Fernando tanto la familia de Enzo, como sus amigos, nada más aterrizar habían ido directos al hospital, pero todavía no habían podido verlo. No supe nada más de él, no tenía ni idea de qué significado darle a «atropellado», si pensar en algo grave o quizás, tampoco sería para tanto.

Me quería aferrar a la segunda opción, pero era consciente de que, si todos nos habíamos desplazado hasta allí, no se parecería en nada a la situación por la que estaría pasando Enzo.

Con un suspiro me dejé caer en la cama del hotel, sin ganas de quitarme la ropa para meterme debajo de las sábanas. Nada más pasar por la recepción para registrarnos, habíamos ido hacia el comedor porque estaban sirviendo la cena, con maletas incluidas.

Tres o cuatro tonterías comí, a esas alturas tenía el estómago cerrado por completo. Al menos, me dije, ya empiezo a tener otra vez el control de reacción. Me había costado porque había sido tan inesperado el choque que me había llevado al recibir la noticia... difícil procesarlo.

Cuando sentí humedad en la cara, la provocada por varias lágrimas furtivas que se me escaparon, me incorporé

para terminar ese día y olvidarme de él.

e



Las seis de mañana y mis ojos abiertos. Así había pasado la noche, ni un instante me había dejado llevar por el cansancio porque todo lo que pasó por mi cabeza no me lo permitió. Demasiado activa la había tenido como para darse esa posibilidad.

Con un suspiro me incorporé de la cama y me levanté yendo hacia la ventana. Aparté las cortinas dejando que lo que había en el exterior se mostrara frente a mí. Sonreí triste, nunca había estado en París y que fuera la primera vez y en esas circunstancias, le había quitado todo el romanticismo que englobaba al lugar, cubriéndolo de una sensación que no me gustaba nada.

—Algún día me quitaré la espinita, seguro que sí —susurré mientras recorría las zonas iluminadas.

Haciendo una mueca subí la maleta a la cama y la abrí. No había tenido ganas de hacerlo hasta ese momento, por lo que me entretuve en sacar todo lo que contenía dejando cada cosa colocada en su sitio. Neceser en el baño, ropa guardada en el armario y puesta sobre mi cuerpo, y terminé demasiado rápido para mi gusto porque no hacer nada me hacía pensar de más.

Varios golpes sonaron en la puerta mientras me ponía las deportivas y me dirigí hacia ella.

—Buenos días, preciosa —me sonrió Samuel desde el otro lado—. ¿Un café? —Me hizo un guiño.

s—Buenos días, has madrugado mucho —sonreí—. Eso no se pregunta. —Le di la espalda y fui ligera hacia la s chaqueta. Me la coloqué y me colgué el bolso, volviendo hasta él.

—Esto es bueno —dijo cuando empezamos a dirigirnos hacia el ascensor.

' —¿El qué?

—Esa respuesta, que te apetezca —respondió sin mirarme cuando entramos.

—Ah, ya.

—Falta poco para que te quedes más tranquila, en cuanto pisemos el hospital.

Salimos en la planta principal y nos acercamos a la recepción. Al ser tan temprano no sabíamos si habría la posibilidad de tomarlo allí. Cuando la chica que nos atendió nos comentó que faltaba casi una hora para el horario del comedor, abrían a las siete y media, decidimos salir para recorrer un poco los alrededores, pensando que con suerte encontraríamos algún local abierto.

Y lo hicimos, a cuatro calles del hotel dimos con una pequeña cafetería. Por lo que me comentó Samuel, porque yo no tenía ni idea ni me había parado a averiguar la zona en la que íbamos a estar, el centro quedaba bastante apartado, pero el hospital bastante cerca.

Estaba allí para eso, por lo que me pareció perfecto por el poco recorrido que tendríamos hasta él. Nos tomamos dos cafés con calma, sabiendo que Fernando no nos llamaría hasta pasado un buen tiempo, así quedamos antes de despedirnos el día anterior.



—¿Bien? —me preguntó Samuel, pasando el brazo sobre mis hombros.

Teníamos la puerta del hospital delante de nosotros, parados, esperando a que llegara Fernando que se había quedado pagando el taxi que nos había llevado hasta allí.

a—Sí —asentí.

—Esa es mi chica. —Me apretó contra él.

—Muchas chicas tienes tú, por ahora van tres. —Lo miré de reojo.

—Qué puedo decir, soy políglota. —Rio.

—¿En serio? —Me separé negando.

—La otra palabra me niego a serlo.

—Voy a hablar con Sofía para que te apriete las tuercas.

—Me encanta cuando se pone en plan sargento y a ella más, por el final que tiene. —Me hizo un guiño y rio cuando le di un golpe en el brazo.

—Ya está —dijo Fernando al llegar a nuestro lado—. ¿Vamos?

Asentimos y dejamos la diversión para otra ocasión, la que habíamos necesitado antes de traspasar la puerta, al menos yo. Accedimos al hospital y nos dirigimos directamente hacia una de las salas de espera, siguiendo las indicaciones que nos había dado Mateo de buena mañana. En ella estaban todos.

Quando vi a los amigos de Enzo, reconociendo a Pablo y a Mateo que estaban de pie, nos dirigimos hacia ellos.

—Becca. —Pablo fue el primero en verme y acercarse.

Le correspondí al abrazo y seguí por Mateo, haciendo las presentaciones hacia Samuel y a Fernando, ya que con Mateo solo había hablado por teléfono.

—Venid, os voy a presentar a los padres y al tío de Enzo —comentó Pablo y me callé para no interrumpirlo con que, al tío, a Andrés al que había visto mientras nos acercábamos, ya lo conocía por mis padres—. Eleonor, Guillermo, Andrés, ellos son Becca, Fernando y Samuel.

Los tres se levantaron para saludarnos y presentarse personalmente, lo que hicimos también nosotros. Nos dimos dos besos y a pesar de la situación, con una sonrisa, aunque no fuera muy acentuada. Andrés aclaró en ese momento que nosotros ya nos conocíamos de cerca, mientras me apretaba contra él porque todavía se estaba separando del abrazo que me había dado.

—Gracias por estar aquí junto a mi hijo —habló Eleonor emocionada, dirigiéndose a todos.

Los demás dijeron algo, de mi boca no salió nada en ese instante. Solo conseguí mover la cabeza, asintiendo, mientras me sentía reconfortada por la cercanía de Andrés.

—Así que tú eres Becca. Qué sorpresa que ya conozcas a mi cuñado —dijo Guillermo, el padre de Enzo, mirándome con cariño.

Fue su expresión la que me dio a entender que más o menos sabían quién era yo en la vida de su hijo y que no era la primera vez que escuchaban mi nombre, estaba por ver cuánto más o cuánto menos porque...

—¿Quién es esa? Que yo sepa en la vida de Enzo no existe ninguna. —La voz impertinente de una mujer se escuchó a nuestro lado.

—Con todos mis respetos o no... —Curvó los labios Pablo— Ni lo sabes, ni tienes por qué saberlo —continuó mirándola con intensidad.

—Correcto amigo —le apretó un hombro Mateo— y más teniendo en cuenta que solo es una clienta con la que trabaja —dejó más claro aún.

Me había girado despacio hacia ella y la estaba observando de la misma forma que recibía por su parte. Los comentarios de los amigos de Enzo le escocieron, no hubo duda de ello al ver la tensión de su cuerpo y las miradas que les dedicó. Ninguno habló más y dejó de ser el centro de atención, pero no me pude callar, demasiado esfuerzo suponía eso de buena mañana.

—Si conoces a Eleonor —empecé a decir tranquila porque me constaba que era así, de ello también nos había informado Mateo cuando nos había dicho hacia dónde dirigirnos— y somos las dos únicas mujeres que estábamos

aquí... no creo que te suponga mucho saber quién es Becca, o sea yo. —Levanté una ceja—. Pero claro, para eso se necesita un mínimo de inteligencia.

Satisfacción fue lo que tuve al ver su reacción. Se puso más rígida de lo que estaba, fulminándome con los ojos. Cómetela, grité en mi cabeza y cómo me hubiera gustado exteriorizarlo, pero no era ni el lugar, ni el momento para hacer un numerito frente a la que no apartaba los ojos de mí.

—Calista —habló en tono de aviso, serio, el hombre que estaba a su lado—. Compórtate, tienen razón.

—Padre, yo no... —Se indignó, pero se calló por la mirada que le echó.

Hicieron una presentación rápida y solo me permití saludar de cerca al hombre, Jacob, de la otra pasé y cuando tocó mi turno me separé sin querer disimularlo. Me senté en una silla buscando algo interesante, cualquier cosa lo era si ella no entraba en mi campo de visión.

aquí... no creo que te suponga mucho saber quién es Becca, o sea yo. —Levanté una ceja—. Pero claro, para eso se necesita un mínimo de inteligencia.

Satisfacción fue lo que tuve al ver su reacción. Se puso más rígida de lo que estaba, fulminándome con los ojos. Cómetela, grité en mi cabeza y cómo me hubiera gustado exteriorizarlo, pero no era ni el lugar, ni el momento para hacer un numerito frente a la que no apartaba los ojos de mí.

—Calista —habló en tono de aviso, serio, el hombre que estaba a su lado—. Compórtate, tienen razón.

—Padre, yo no... —Se indignó, pero se calló por la mirada que le echó.

Hicieron una presentación rápida y solo me permití saludar de cerca al hombre, Jacob, de la otra pasé y cuando tocó mi turno me separé sin querer disimularlo. Me senté en una silla buscando algo interesante, cualquier cosa lo era si ella no entraba en mi campo de visión.

Capítulo 20



—¿Quiere uno? —Señalé la máquina de donde acababa de sacarme un café.

Le hablé a Eleonor que había llegado a mi lado.

—Sí, me duele el estómago, a ver si me lo calma.

—¿No ha comido nada? —dije introduciendo varias monedas, pidiéndole que marcara la variedad que quería.

—Háblame de tú, Becca —me sonrió después de pulsar el botón—. La verdad es que, con los nervios, muy poco.

—Te entiendo. Vale, es que...

—Sabemos de ti y de la implicación que tienes con mi hijo, por lo tanto. —Me hizo un guiño.

—No pensaba que le había dado... no hace mucho que... —Carraspeé sin terminar de decir nada.

—Conocemos tu nombre bastante más de lo que crees, ha salido en nuestras conversaciones varias veces. Mi hermano, Andrés, también te ha mencionado y déjame decirte, que muy bien.

—¿Sí? —Me sorprendí, no por Andrés, por el cariño que le tenía a mi familia, sino por Enzo, por el poco tiempo que hacía que nos habíamos acercado. Eso quería decir... asintió reafirmando, ampliando la sonrisa.

—¿Conoces a Calista? —Dejó caer mientras se agachaba para recoger el café.

—No, ni ganas, ni intención —dije rápido—. Perdón. —Me disculpé avergonzada.

—No lo hagas, pienso igual que tú. —Hizo una mueca—. Por lo que he presenciado no me gusta saber que está cerca de mi hijo, sea por el motivo que sea. La forma de expresarse y de ser... me ha gustado cómo la has parado.

Respiré tranquila al escucharla porque por mi impulso había tenido mis dudillas, por cómo se hubiera visto desde

fuera.

—Gracias. ¿Por qué tardan tanto en salir para decirnos algo más? —dije pensativa refiriéndome a Enzo.

Poco sabíamos, nosotros que habíamos llegado los últimos estábamos informados por el resto sin llegar a ver a ningún médico ni enfermera. Según les comentaron la noche anterior estaba estable, aunque el accidente había sido muy aparatoso y lo tenían sedado y aislado. Todavía no nos dejaban verlo.

—No lo sé, hija, estarán haciendo su trabajo —soltó un suspiro—. Estoy como para preguntar, primero porque no me entenderían y segundo, aunque consiguiera con el traductor comunicarme con alguien, a ver cómo sé el significado de lo que respondan. La tecnología para esas cosas no las domino. —Hizo una mueca haciéndome sonreír.

—¿Quieres salir un rato a la calle? Yo iba para allí, necesito un poco de aire —le propuse.

—Me parece bien —asintió—. Aunque tendríamos que ser sinceras y decir que lo que no queremos es ver la cara de alguien en concreto —dijo divertida.

—Cómo lo sabes, Eleonor —negué de la misma manera—. No sé qué hace aquí. —Bufé.

—Ni yo, hija, ni yo. Esa mujer se toma demasiadas libertades sin ningún derecho —comentó pensativa.

De esa manera me quedé yo. Les había preguntado a Mateo, a Pablo y a Fernando si conocían el motivo por el que Enzo, desde bien temprano, se dirigía hacia el aeropuerto porque su equipaje iba con él en el momento del accidente, el que entregaron a sus padres en el hospital, al poco de que llegaran. Ni idea del porqué quería irse antes de tiempo estando en París las horas justas para pasar la noche.

Se suponía que tendría el día liado por lo que le iban a proponer, lo que no sabía es si adelantaron el hablar nada más que Enzo llegó, o qué había pasado. Una incógnita, con variadas respuestas, a la que no podía dejar de darle vueltas porque nadie tenía ni idea de qué le había hecho cambiar de planes.

Una hora y media después, estando en la sala de espera, un médico llamó a los familiares de Enzo junto a una enfermera. Nos informó que no faltaba mucho para que salieran a notificarnos que podíamos pasar a verlo y que, no podríamos estar mucho tiempo junto a él. Después de darnos los detalles de su estado se despidió de nosotros. Gracias a Jacob y a Mateo recibimos las noticias sin problemas, ya que fueron traduciendo según el médico habló

El mayor daño que tenía era en el tórax y en una pierna, los que se habían llevado el impacto más fuerte. A partir de ahí nos pudimos tranquilizar y esperamos más contentos a que llegara el momento de entrar. Busqué a Samuel porque llevaba un rato sin verlo, recorriendo la sala.

—Fernando. —Me acerqué a él—. ¿Sabes dónde está Samuel?

—Ha ido al baño. Ya hace bastante, lo mismo ha salido a la calle a despejarse.

—Vale —asentí—. Voy a buscarlo, si empezáis a entrar...

—Tranquila que te localizo.

—Gracias —sonreí y salí de la sala.

Después de dar varias vueltas por la planta y de no encontrarlo, fui directa a la entrada principal, hacia la salida. Me paré en la puerta, haciendo un recorrido, hasta que lo localicé a bastante distancia en medio del aparcamiento. Fruncí el gesto preguntándome qué estaba haciendo porque se mantenía parado entre dos coches, observando hacia algún punto que yo no supe encontrar, ni saber qué interés tenía para él. Si ya me pareció raro, que lo hiciera bajo la lluvia que estaba cayendo aumentó mi sensación.

Por lo visto las nubes con las que había amanecido habían decidido descargar y tenía pinta de que, la fina lluvia que caía no tardaría en tomar intensidad. Silbé para llamar su atención, pero no me escuchó. O no lo hice lo suficientemente fuerte o estaba tan concentrado que no lo supo distinguir. A punto de empezar a caminar hacia él, mi móvil sonó.

Al comprobar que era un mensaje de Fernando, en el que decía que la madre de Enzo acababa de entrar a verlo, giré para ir de vuelta y esperar mi turno. Cuando di varios pasos en el interior volví a girarme hacia Samuel. Hice una mueca porque seguía en el mismo sitio y en la misma posición, por lo que le envié un mensaje rápido siguiendo mi camino hasta la sala.

Becca: *Sé que te gusta la lluvia, pero ¿tanto como para estar empapándote sin sentido? Te estaba buscando y te he visto en el aparcamiento. ¿Te encuentras bien? ¿Te has agobiado? ¿En casa todo está bien? No me he acercado porque Fernando me acaba de decir que ya están dando paso para entrar a ver a Enzo. Eso quería decirte. En cuanto salga te busco otra vez.*

Me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón tejano y aceleré el paso. Eleonor apareció pasados unos minutos, emocionada, por lo que me preocupé hasta saber el motivo de sus lágrimas. Solté un suspiro de alivio cuando me dijo que no me preocupara, que era por cómo lo había visto. No había podido hablar con él porque le habían quitado la sedación, pero todavía no había abierto los ojos.

Después de esperar el turno de Guillermo y de Andrés, entré yo. Mi intención había sido que los amigos de Enzo y Fernando lo hicieran primero, pero me cedieron el puesto. Seguí las indicaciones que me dieron y llegué a la zona en la que estaba, parándome frente a una puerta.

Cogí aire y abrí. Me impactó verlo tumbado en la cama y con los ojos cerrados, tan quieto... me acerqué a él mirándolo con detalle. Tenía buen aspecto, al menos lo que se apreciaba, vamos, la cabeza, porque su cuerpo

quedaba tapado por la ropa de hospital y una sábana fina. Le acaricié el brazo contrario al que tenía el catéter y le agarré la mano.

—Enzo —susurré sentándome en un taburete que había al lado—. Creo que ya es hora de despertar. —Hice presión con la mano.

Me callé contemplándolo, tragando saliva por el nudo que se me formó en la garganta. Solo necesitaba que abriera los párpados y escuchar su voz. Tenía quince minutos para estar con él y que eso sucediera, hasta última hora de la tarde que volverían a dejarnos entrar.

—Me has hecho venir por primera vez a París y no como esperaba —solté un suspiro—, pero me alegro de este resultado, te vas a poner bien. —Le toqué el pelo—. Para tu información, la próxima vez que pise esta ciudad, quiero que sea en plan romántico porque has aniquilado de un plumazo todo lo que la había idealizado. Bueno, aunque no sé...

—¿El qué no sabes? —Pegué un bote del taburete porque pensaba que seguía dormido por la sedación y yo estaba hablando sola, más que nada porque había centrado la vista en la ventana del fondo —En plan romántico, ¿eh? —Carraspeó al tener la voz ronca.

Me emocioné al encontrarme con sus ojos, los que me miraban directamente.

—Has vuelto. —Le acaricié la mano.

—Nunca me he ido y no me has respondido.

—¿Qué? —Me hice la disimulada.

—¿Qué querías decir con que, no sabes? —Movié los dedos sobre mi mano.

—Nada, estaba desvariando —negué—. Lo de hablar sola no se me da muy bien.

—Becca. —Sonó a advertencia.

—¿Tú no tendías que estar sin fuerzas y con poca reacción?

⁰ —Fíjate, tendría, pero no es así. —Levantó una ceja, pero cerró los ojos haciendo una mueca.

—¿Llamo a una enfermera? ¿Qué te duele? —Me levanté inclinándome sobre él—. No te muevas, tienes varias costillas rotas —le pedí cuando quiso cambiar de postura.

—Qué bien, ¿no? Mejor pregúntame lo que no me duele. —Dejó el aire salir despacio—. Estoy bien —sonrió y

levanté una ceja, lo que provocó que ampliara la curva de sus labios—. Avísala cuando salgas, ahora no.

—Vale. —Volví a sentarme—. ¿Cómo sucedió? —susurré.

—Si te digo la verdad, no me acuerdo, vi el coche encima de mí. Fue todo muy rápido. —Cerró los ojos otra vez.

^a—Pero ¿por dónde estabas pasando para que te llevara por delante? Se dio a la fuga —negué cabreada.

^a

—Yo no hice nada fuera de lo normal, Becca. Iba hacia el aeropuerto. ¿Me acercas la botella de agua? —me pidió mirando hacia un mueble que tenía al otro lado de la cama.

Me levanté yendo hacia ella y lo ayudé a beber para que no hiciera esfuerzos, regresando al otro lateral para que siguiera hablando.

—Como decía, iba hacia el aeropuerto. —Cogió aire—. Salí muy temprano de la casa de Jacob, después te cuento ^l cómo terminé allí, pero hice una parada en el centro de París para tomarme un café ya que iba con mucho tiempo hasta que el vuelo saliera. —Apretó la mandíbula con una mueca de dolor.

—No hables más. —Lo frené preocupada—. Acabas de despertarte y es muy reciente. —Le acaricié el pelo.

—Está bien —aceptó con un suspiro—, pero respóndeme a lo que te he preguntado.

—La memoria bien por lo que veo. —Puse los ojos en blanco.

—Perfecta —afirmó divertido.

—Me refería a lo de en plan romántico, tú y yo y esas cositas, ¿entiendes?

—Hasta ahí lo he pillado, pero el «bueno, aunque no sé...», ¿qué significa?

—Que lo he dicho sin pensar. —Hice una mueca—. Yo que sé, es que... he supuesto demasiado con ese pensamiento —susurré.

—Yo no le veo ningún fallo. —Me acarició la mano.

—¿No? —Miré hacia nuestras manos.

—Para nada.

—No sabes lo que me alegro de que estés aquí, así, hablando y reaccionando —solté un suspiro.

—Y yo, y sobre todo el haberte visto nada más abrir los ojos. Gracias por venir —dijo con una sonrisa.

Asentí emocionada, un poquito más hablamos hasta que le pedí que descansara el tiempo que me quedaba junto a él. Haciéndonos compañía, sin dejar de mirarnos, los minutos fueron pasando y me incorporé para irme hasta que volvieran a dejarnos entrar.

—Tus padres y tu tío ya han venido a verte, pero estabas dormido —dije acomodándole la almohada—, ahora vendrán tus amigos y Fernando. Mi amigo Samuel también está aquí, nos ha acompañado.

—¿En serio?

—Sí, es que Fernando me dio la noticia estando con él, veníamos de intentar solucionar el problema con Alba —asintió—. Y... —Me callé subiendo la sábana sobre su cuerpo, alisándola por los laterales más de lo que estaba.

—¿Y?

—Que no reaccioné bien. —Tragué saliva—. Me llevé un impacto y me costó dirigir la noticia.

—Entiendo. Me alegro de que te haya apoyado y no hayas estado sola.

—Siempre lo hará —sonreí emocionada—, como mis amigas. —Imitó mi gesto—. También están Jacob y Calista —Dejé caer.

—A ella no quiero verla, que ni se le ocurra entrar. —Apretó la mandíbula.

Lo observé en silencio, analizando su reacción que me dio a entender mucho sin necesidad de preguntar, aunque necesitaba llegar al fondo del porqué.

—Ya te lo explicaré —soltó un suspiro cansado y asentí sonriendo.

Me despedí hasta más tarde, después de dejarle en la cama la botella de agua por si la necesitaba, comentándole que iba a avisar de que ya había despertado.

—¿Adónde vas? —Me agarró de la mano cuando estaba girándome.

—Tengo que irme ya.

—Ya me lo has dicho, pero ¿sin un beso? —Levantó la ceja.

Negué divertida y me incliné sobre él, acercando mi cara y dejando los labios sobre los suyos. Lo que empezó como un roce terminó cogiendo fuerza e intensidad, hasta que me aparté cuando soltó un quejido.

—¿Ves? Nada de besos ni de roces, jolines. —Me aparté enfadada.

Provoqué que riera lo que fue peor, por lo que me alejé de él refunfuñando, dejándolo divertido, pero antes de hacerlo lo abracé con cuidado, tomándome unos segundos para interiorizar la sensación de sus brazos rodeándome y cobijándome sobre su pecho.

Cuando aparecí en la sala Pablo pasó por mi lado para ocupar mi lugar, haciéndome un guiño. Yo me dirigí hacia Eleonor que estaba junto a su marido y hermano, los que me observaban con una sonrisa. Recibieron la noticia de que había despertado emocionados y satisfechos, y ella volvió a llorar. Hice un repaso por la sala de espera sin encontrar a Samuel y me levanté comentándoles que iba a buscarlo.

Otro paseo por los pasillos y salas y al no verlo me dirigí otra vez a la salida. En ese instante estaba lloviendo mucho y me abracé la cintura con los brazos al sentir la humedad porque no me había puesto la chaqueta. Miré hacia todas las direcciones, el primer lugar hacia donde dirigí la vista fue adónde lo había visto anteriormente. No estaba por ningún lado así que saqué el móvil, dispuesta a llamarlo, lo que no llegué a hacer.

Sentí un empujón por la espalda que provocó que me adelantara sobresaltada, quedándome fuera del techado de la entrada. La lluvia empezó a mojarme mientras me giraba dispuesta a decir algo a quién había chocado conmigo, siempre y cuando no hubiera sido un accidente con algún sentido de despiste o yo que sé.

l. Pero solo tuve que ver a Calista y su expresión, a pocos pasos de mí, para que todo se encendiera en mi interior.

—¿Qué narices haces? —dije con rabia.

—Ups, no te he visto o no me ha dado la gana de hacerlo. —Curvó los labios.

—Para decir una sarta de tonterías mejor no abras la boca. —Entrecerré los ojos.

—Ya te puedes ir, no pintas nada aquí. —Se acercó.

—¿Perdona? —Reí porque oye, más gracia no pude tener—. Me vas a decir tú —la señalé— lo que tengo que hacer o no, lo llevas claro. Cómo te digo esto —dije pensativa—, mejor directa porque como igualmente no lo vas a pillar.

»La que tiene que desaparecer de aquí eres tú, no sé qué narices haces. Si hubieras estado comportándote como corresponde no pasaría nada por tu presencia e incluso se agradecería por el apoyo, pero como no sabes lo que es la educación y el saber estar...

»A ver si te piensas que no he escuchado varios comentarios que le has hecho a la madre y al tío de Enzo. Da gracias a que estamos en esta situación y no era el lugar, sino ya estarías calva y llorándole a tu padre para que te pague un implante, porque ni raíz te hubiera dejado.

—Eres una ordinaria. —Se llevó una mano al pecho, indignada.

—Para según qué personas, pues sí —sonreí— y tú te llevas todos los méritos. ¿Qué puedo decir? Doy lo que recibo y se gana a pulso, ni más ni menos.

e

—Lárgate —siseó—. Voy a entrar a ver a Enzo y...

—Eso no va a suceder. —Levanté una ceja.

—¿Te piensas que me lo vas a impedir? —Me miró de arriba abajo con desprecio.

—¿Yo? Qué va, no voy a mover ni un dedo. Antes de salir he dejado claro a todos que Enzo me ha pedido expresamente que ni aparezcas. —Amplíé la sonrisa al ver su expresión—. No quiere verte, ahora digiérelo y desaparece con tu prepotencia de delante de mí. Ya estás tardando. —Chasqueé los dedos delante de su cara.

Se quedó con las ganas de responder con cualquier súper salida o idea suya, pero se calló al sonarle el móvil. Lo sacó de la chaqueta y lo ignoró sin guardarlo, mirándome con rabia.

i

—Esto no ha acabado. No me conoces.

—Te equivocas, esto acaba aquí y ahora. Y ni falta que hace porque en la vida malgastaría segundos para tenerte otra vez de frente. Tú tampoco lo haces hacia mí, ten cuidado con tus comentarios y amenazas disfrazadas porque se volverán en tu contra.

Pasé por su lado, dándole en el hombro. Tenía que hacer una salida triunfal, ¿no? Pues ahí la dejé, quejándose y dedicándome bastantes palabras que me pasé por una parte que no voy a nombrar, pero que ya habéis interpretado perfectamente.

Pocos pasos di cuando contuve la respiración al verme arrastrada hacia atrás con fuerza, hacia la pared donde estaba la puerta.

—Silencio —habló Samuel, poniéndome un dedo encima de los labios.

s

—¿Qué haces? —dije sorprendida, recomponiéndome—. ¿Dónde estabas? Te he escrito antes.

—Lo sé, lo he visto. —Miró hacia la puerta—. Necesito hacer una cosa, si vas a estar callada te quedas, si no, vuelve con todos.

—¿De qué hablas? No entiendo...

Me pidió otra vez silencio y esperó hasta que asentí. Para que actuara así tenía que ser por algún motivo y me dejé

llevar por él con toda la confianza que le tenía. Nos acercamos hasta la puerta y lo vi preparar el móvil, activando la grabadora. Me callé para no interrumpirlo sin entender nada, pero poco tiempo duró para que las dudas quedaran aclaradas cuando tiró de mí y salimos.

Rodeamos la pared del hospital agarrados de la mano, hasta llegar a un lateral donde vimos a Calista hablar por teléfono. Nerviosa, así se dejó ver porque fue más que evidente por el tono de voz que estaba utilizando y porque no podía estarse quieta. Al quedarnos ocultos ni nos vio de tan concentrada que estaba en la conversación, pensando que se había aislado lo suficiente de miradas y oídos indiscretos.

—Te he dicho que no me llames más —dijo Calista—. No, tú y yo no tenemos nada más que hablar. Lo has estropeado todo —dijo un grito—. Por tu culpa mi plan se ha ido a la mierda, joder, solo tenías que dejarlo un poco lisiado y casi se muere.

»Está en una puñetera cama de hospital y con la porquería de su familia al lado y de esa estúpida. —Hizo una pausa. Yo, en ese instante, tenía los ojos abiertos al máximo al entender el significado de lo que decía, sin poder escuchar ni saber quién estaba al otro lado de la línea, sintiéndome a punto de estallar.

»Idiota, estás acabado, intenta algo contra mí y no lo cuentas. Jajaja... mi padre nunca te va a creer, ¿quién te piensas que eres? Soy su niña y siempre me complace. Como intentes contactarme de cualquier manera a partir de ahora, no tendrás lugar dónde esconderte. Desaparece y huye, pero, sobre todo, mantén la boca cerrada porque será tu final como no lo hagas.

Colgó con rabia, soltando varios bufidos y gritos dando círculos sobre sí misma.

—Lo que acabo de escuchar es lo que creo que he escuchado —susurré en tensión, con la vista nublada por la rabia.

—Sí —respondió serio y cabreado Samuel, agarrándome de un brazo al verme—. Me he dado de frente con ello sin verlo venir —aclaró.

—Hija de...

—Contrólate. —Hizo presión en el agarre hacia él, pegándome a su cuerpo—. Tengo todo lo que necesito para llevarla a la comisaría y que pague por lo que ha hecho.

—Sabes que no va a durar mucho allí —me lamenté.

—Vamos. —Tiró de mí antes de que nos viera.

—Una mierda, esa...

—Esa va a tener su merecido, te lo aseguro.

;

—Su padre...

—Con él vamos a hablar ahora mismo. —Me arrastró casi corriendo hacia el interior del hospital.

Me alejé con ganas de lanzarme sobre ella, pero para que saliera bien, o al menos eso esperaba dada la gravedad de lo que había hecho y provocado, para que tuviera su merecido, necesitaba dejar actuar a Samuel que sabía lo que hacía. Con él llegué a la sala de espera donde estaban el resto, menos Mateo que estaría viendo a Enzo y nos dirigimos directamente hacia Jacob con las miradas de todos puestas en nosotros, extrañados al ver nuestras expresiones y lo mojada que estaba yo por la lluvia.

—¿Tiene un momento? —habló Samuel.

—¿De qué se trata? —Nos miró a los dos el hombre.

—Es algo importante y muy grave que implica a su hija —susurró para no llamar la atención de los demás—. Puedo actuar solo o con su ayuda, usted decide —continuó serio provocando que Jacob frunciera el gesto mirando por toda la sala para localizarla.

—Vamos a otro lugar —aceptó caminando, marcando los pasos, los que seguimos.

Recorrimos bastante tramo dentro del hospital hasta llegar a una sala en la que había solo una persona a mucha distancia del rincón que eligió para ponerse. Más sorprendida me quedé cuando Samuel puso delante de nosotros las imágenes que había tomado. En ellas aparecían Calista y un hombre dentro de un coche, entendiendo en ese instante el motivo por el que lo vi bajo la lluvia tan concentrado. Y cuando mostró un vídeo que les había hecho, en el que ella lo golpeaba y parecía recriminarle algo, Jacob levantó la cabeza hacia Samuel, con una expresión...

Mi amigo no solo grabó el audio del momento que yo había presenciado, no, también tenía uno anterior a las imágenes, el que había conseguido destapar a Calista delante de él, aunque se mantuviera oculto para que no lo viera. Eso sucedió cuando él salía tranquilo del baño llevándose la sorpresa de lo que escuchó por parte de ella, por suerte reaccionó rápido grabándolo para tener las primeras pruebas que le llevaron a obtener el resto. En esa grabación quedó más claro aún que ella había pagado para que atropellaran a Enzo, con el propósito de mantenerlo en París para camelarlo y llegar hasta él, para tener tiempo y conseguir lo que se había propuesto.

A su padre se le transformó la cara, para que os hagáis una idea su expresión dio miedo.

—Su hija es la responsable del accidente de Enzo, lo ordenó para que sucediera. —Cortó el silencio Samuel guardándose el móvil—. Espero que entienda la gravedad del asunto y tener su apoyo porque si intenta taparla, si consigue salir indemne de lo que ha hecho, haré todo lo que sea necesario para que esto vea la luz. —Le dejó claro por el poder adquisitivo que tenían.

—¿Dónde está? —preguntó frío Jacob, apretando la mandíbula.

—Hasta hace poco fuera del hospital —respondió Samuel.

—Acompáñame. —Pasó por mi lado y se alejó rápido.

—Vuelve con los demás —me pidió Samuel antes de seguirlo.

—Quiero ir contigo —le pedí.

—Ni hablar, ya te he enseñado lo que quería, a partir de aquí me encargo yo —negó—. Hazme caso, Becca, no vayas a ir detrás de nosotros.

—Está bien —acepté con una mueca por cómo me miró.

Asintió satisfecho sabiendo que haría lo que me había pedido y desapareció dejándome con un torbellino de emociones difíciles de controlar. Tuve que sentarme en una silla de la sala y di gracias a que no había nadie alrededor mientras intentaba recomponerme, retirándome las lágrimas con rabia, la misma que me recorría.

Di gracias porque Enzo se iba a recuperar y porque esa loca se había descubierto sola ante mi amigo porque si no, ninguno podríamos haber imaginado el motivo de lo sucedido pensando que había sido un caso aislado. Subí las piernas a la silla y apoyé la cabeza en ellas, dejando salir todas las emociones en soledad.

—Hasta hace poco fuera del hospital —respondió Samuel.

—Acompáñame. —Pasó por mi lado y se alejó rápido.

—Vuelve con los demás —me pidió Samuel antes de seguirlo.

—Quiero ir contigo —le pedí.

—Ni hablar, ya te he enseñado lo que quería, a partir de aquí me encargo yo —negó—. Hazme caso, Becca, no vayas a ir detrás de nosotros.

—Está bien —acepté con una mueca por cómo me miró.

Asintió satisfecho sabiendo que haría lo que me había pedido y desapareció dejándome con un torbellino de emociones difíciles de controlar. Tuve que sentarme en una silla de la sala y di gracias a que no había nadie alrededor mientras intentaba recomponerme, retirándome las lágrimas con rabia, la misma que me recorría.

Di gracias porque Enzo se iba a recuperar y porque esa loca se había descubierto sola ante mi amigo porque si no, ninguno podríamos haber imaginado el motivo de lo sucedido pensando que había sido un caso aislado. Subí las piernas a la silla y apoyé la cabeza en ellas, dejando salir todas las emociones en soledad.

Epílogo



Seis años más tarde...

Becca

La vida te da sorpresas. Eso es lo que nos encontramos aquel día en el que se destapó lo que le sucedió a Enzo, una detrás de otra. No solo nos enteramos de la bomba que suponía que Calista lo orquestó, sino también, de lo que lo inició todo. Os lo cuento a través de los recuerdos.

En aquel momento en el hospital, cuando Samuel se fue con Jacob en busca de Calista...

Después de tomarme mi tiempo y de hacer una parada en el baño para intentar recomponerme, me dirigí hacia la sala de espera donde estaban todos. Pues no, eso es lo que pensé, pero no lo que me encontré. Cuando llegué a ella, ninguno estaba en el interior.

Llamé a Fernando para saber dónde habían ido y me contestó diciéndome que estaban fuera del hospital y que no tardara en salir. Así lo hice, encontrándome cuando traspasé la puerta principal, a unos cientos de metros de distancia porque el agua había dado una tregua y había dejado de llover, a los familiares y amigos de Enzo junto a los míos, incluidos Samuel, Jacob y Calista a la que su padre sujetaba de malas maneras de un brazo.

—¿En qué momento me he equivocado contigo? —dijo alzando la voz Jacob, zarandeándola.

—Padre, no sé de qué estás hablando.

—No lo sabes —repitió con rabia—. Samuel.

Asustada escuchó y vio todo lo que tenía mi amigo guardado, al igual que el resto. La sorpresa fue mayúscula por el descubrimiento y ante el asombro, Calista se vio arrastrada hacia un coche que abrió su padre y la metió dentro.

—¿Qué vas a hacer? —dijo desesperada, dando varios golpes en la ventanilla cuando bloqueó el coche.

—Lo que tendría que haber hecho desde hace mucho tiempo, hija.

Con esas palabras se dirigió hacia Samuel pidiéndole que lo acompañara a la policía. Según sus palabras, en las que la tristeza se reflejó, demasiado la había consentido hasta convertirse en lo que era, una mujer capaz de cualquier cosa para conseguir lo que se le antojara. Se disculpó hacia todos abochornado, mostrando lo afectado que estaba. En ese instante Samuel se despidió de nosotros, diciéndome que nos veríamos en el hotel.

Con el mal cuerpo que se nos quedó a todos por la sensación de vivirlo y como no teníamos nada que hacer en el hospital porque no podíamos ver a Enzo hasta más tarde, quedamos en reunirnos en el hotel en el que estábamos Fernando, Samuel y yo para esperar el regreso de mi amigo y tener la información de cómo se había dado todo en cuanto llegara.

Cuando lo hizo, nos dio encuentro y mayor fue la sorpresa al explicarnos que Calista se había venido abajo por la actitud de su padre, el que se había negado a ayudarla y confesó, con rabia y en un arranque de superioridad, que también era responsable de la estafa en la empresa de Enzo.

Según relató a los policías y a su propio padre, ordenó a una persona experta a que traspasara la barrera de la empresa de Enzo y vaciara todo el capital. Su idea era dejarlo en la cuerda floja y desesperado, para poco tiempo después ella hacer su aparición ante él ofreciéndole la única posibilidad factible para salvarlo, la solución perfecta según ella para amarrarlo para siempre.

Eso, más lo del accidente, que supuestamente tendría que haber sido más leve, le proporcionaría llegar hasta él y que necesitara su ayuda el tiempo que permaneciera en París. Ideas descabelladas porque lo que ella no sabía es que Enzo desde el primer momento en el que se decidió a aceptar el viajar hasta allí, no tenía ninguna intención de asociarse con Jacob y con ella, ni mucho menos, aunque el accidente fuera de la magnitud que fuera, hubiera permanecido en un lugar desconocido cerca de su presencia.

Ese es el resumen de lo que sucedió aquel día que fue tan intenso que acabó con las fuerzas que teníamos, pero pudiendo respirar tranquilos cuando Samuel afirmó que Jacob le dio la espalda a su hija, entre lágrimas, diciéndole que debía pagar por todo el daño que había hecho.

A Enzo tardamos varios días en decirle toda la verdad. Hasta que los médicos no nos notificaron que le daban el alta preferimos mantenerlo en la ignorancia por su bien. Cuando la supo casi le da algo, realidad que recibió sin poder creerse hasta qué punto esa mujer, con la que apenas había tratado, fue capaz de cometer todas esas cosas en contra de él con un único fin. En ese instante nos explicó lo que vivió desde que aterrizó en París, cuando Calista lo recogió y todo lo que se encontró después que fue el motivo de su decisión de regresar tan apresuradamente.

Gracias a Jacob, Enzo recuperó el capital de su empresa y por fin todo volvió a la normalidad, una que nunca tendría que haberse desviado. El mismo día que le dieron el alta nos trasladamos a España, dejando atrás una experiencia difícil de olvidar.

Cuando algo de esa magnitud sucede nunca consigues hacerlo, pero por suerte todos, sobre todo Enzo, lo dejamos

en un lugar lo suficientemente apartado de nuestras mentes que nos permitió restablecer la normalidad que conocíamos.

Él siguió siendo mi jefe junto a Fernando y llevando su otra empresa tan bien como lo había hecho siempre, yo, continué siendo su empleada. Los dos teníamos más de un motivo para empezar cada mañana con ilusión. Durante varios meses nuestra relación no varió, la que se fue afianzando entre las paredes de la oficina y de nuestra rutina.

Hasta que un día, en el que me llamó a su despacho, dimos un paso más hacia un futuro que no había podido darme mejor. Cuando llamé y entré, me extrañó no verlo sentado en su mesa ni dentro, pero igualmente seguí hacia delante, cerrando tras de mí, porque la llamada que me había hecho había salido de allí.

Fijé los ojos en el suelo al llamarme algo la atención y me agaché para recoger un póliz que había pegado. En él ponía que me acercara hacia el ordenador y así lo hice, rodeando la mesa hasta quedar enfrente de la pantalla. En ese momento reí al verla llena de papelitos como yo le dejé una vez, los que continuaban por la mesa hasta llegar al teclado, cada uno escrito con una palabra.

Los fui quitando uno a uno, emocionada después de leer el mensaje final que iba dirigido a mí.

«Quiero más, necesito mucho más. No me conformo con pasar los días en el trabajo y los ratos fuera de él para después dejarte en tu piso. Te quiero, Becca, tanto, que me tienes loco. Por eso, para que no cometa una locura y tú seas la responsable, a partir de mañana te vienes a vivir conmigo. Sí, es otro poder de autoridad que me tomo la licencia de ordenarte. Porque puedo, porque lo deseo, porque lo necesito y porque te amo».

Me giré hacia el lateral del despacho cuando escuché un carraspeo y sonreí emocionada y feliz hacia Enzo, el que había estado esperando dentro del baño y se mantenía apoyado en el marco de la puerta con la misma expresión que yo. Corrí hacia él y me lancé de un salto, subiéndome sobre su cuerpo.

Con una carcajada nos fuimos al suelo porque no calculamos bien. ¿Qué más daba? El resultado fue que de esa manera y con palabras, en ese instante, le confirmé que aceptaba, pero dejándole claro que, porque yo también sentía todos los sentimientos que había escrito, no por que aceptara ninguna imposición, lo que le hizo reír más antes de besarnos con intensidad.

Un año después de que estuviéramos viviendo juntos nos casamos rodeados de todos los que queríamos, en una ceremonia íntima y en la que yo estaba embarazada de poco tiempo. Un remate que amplió nuestra felicidad y que completamos cuando Izan llegó al mundo.

Mis padres, Manuel y María, los padres de Enzo, Guillermo y Eleonor, junto al tío Andrés, Fernando y su mujer Jasmín, hicieron una piña, creando una relación entre ellos que los llevaba a estar viajando constantemente siempre que las responsabilidades les dejaban, disfrutando de momentos que atesoraban y que nos regalaban explicándonoslos.

Sobre nuestros amigos... porque ya no eran de unos y de otros, no, ya formábamos todos un conjunto, sobre ellos

ahora os cuento cómo se había dado para que hoy día... mejor os lo explico paso a paso.

Empezaré por Samuel, el que seguía enamorado y feliz junto a Sofía y a Lara, la bebé que ya hacía tiempo que había dejado de serlo. Eran su vida, siempre lo habían sido y eso no había cambiado ni lo haría. Continuaban felices y a las puertas de esperar el nacimiento de su segundo hijo, con el que los tres estaban emocionados.

Cuando Enzo le dio las gracias personalmente, por lo que descubrió y por cómo actuó ante lo que se encontró, mi amigo le quitó importancia pidiéndole dos cosas, que me cuidara y que me hiciera feliz, con eso él también lo sería. Y lo era, lo había podido comprobar día a día porque tanto él como Sofía y Lara formaban parte de nuestro núcleo cerrado de amigos y familia, compartiendo con nosotros cada momento y reuniéndonos siempre que se daba la ocasión en casa de uno o de otro, nunca faltaban.

Sobre el tema de Alba tengo que decir que quedó resuelto más que satisfactoriamente. Julia, la madre de Peter, consiguió encaminar a su hijo con esfuerzo y más de un dolor de cabeza, y también con lágrimas porque hay situaciones que para los padres son más duras que para los hijos, aunque no lo sepan ver. En varias ocasiones tuve que pedirle ayuda a Samuel, pero no pasó de varios avisos al niño, consiguiendo que siguiera por el camino marcado. A pesar de su corta edad mi amigo lo llevó una vez a la comisaria donde trabajaba como castigo, reforzado por Julia. Allí lo tuvo de un lado al otro, mandándole cosas que pudiera hacer con la edad que tenía. Quién nos iba a decir que ese supuesto castigo se convertiría en un aliciente para Peter, el que terminó el día tan emocionado que le repitió a Samuel innumerables veces que quería ser como él cuando fuera mayor. Hoy día todavía seguía yendo a la comisaria cada vez que su rutina se lo permitía y aquel primer pensamiento lleno de ilusión, con el tiempo había ido cogiendo fuerza. A sus doce años tenía mucho más claro que quería convertirlo en su profesión. Increíble el cambio que dio para la paz y la tranquilidad de su madre que vio cómo se fue convirtiendo en un hombrecito recto y con valores.

Ahora voy con la madre de Alba, mi amiga Anaís, sin tocar más ese tema que ya sabéis como terminó. Bueno, pues el resumen podría ser este... chico se acerca a chica, chica rehúsa un poco el acercamiento, chico insiste tanto, tan sutilmente y tan imperceptible, que chica no lo ve venir y acaba entre los brazos de él. Y hago hincapié en que ella lo estaba deseando, pero dado su pasado le costó tomar la decisión. Sí, me refiero a Anaís y a Mateo, e que cuando la volvió a ver después de coincidir la noche de fiesta en la que nos encontramos con Enzo y sus amigos, no quiso dejar pasar la oportunidad de intentarlo. Con Alba él tuvo una conexión al instante, lo que fue vital para que ella fuera abriéndose poco a poco. Mi amiga amó a Lucas, el que fue su esposo y padre de Alba, y fue tanta la pena, el dolor y la amargura que vivió después de su muerte que se prometió que no volvería a enamorarse nunca más. Pero en la vida y, sobre todo, en el amor, nunca puedes decir de esta agua no beberé porque cuando menos te lo esperas llega una persona que consigue lo que menos imaginas, que vuelvas a sentir con tanta intensidad que al final entre ellos pasó lo que tenía que pasar. Componían una familia de cuatro, tenían otra una niña de dos años, Luna, y eran felices.

Y, por último, estaba la pareja formada por Nina y Pablo, dos personas tan afines en caracteres que, o llorabas de la risa con ellos o te tirabas de los pelos. Mejor lo primero porque nunca iban a cambiar, así que... Él poco a poco le fue quitando la espinita que a ella se le quedó porque no la llamara después de la reunión de los ex en la que se conocieron. Y fue verdad que Pablo perdió el papel que Nina le dio con su número. Solo él podía tener la ocurrencia de no grabárselo directamente en el móvil, así lo contaban siempre Mateo y Enzo, entre risas, cuando

salía el tema. Pero para que ella empezara a bajar las barreras que no fue fácil porque se encabezonó en no querer saber nada de él, aunque lo estuviera deseando, tuvimos que intervenir todos sus amigos. Una noche en la que quedamos para salir solo las chicas, Anaís, Sofía, Nina y yo, nos encontramos por «casualidad» con los chicos, Mateo, Enzo, Samuel y Pablo. Leerlo con ironía porque de coincidir nada, eso fue más planeado que todas las cosas. No estaban casados ni tenían hijos, pero eran unos felices tíos que habían aumentado la felicidad con la decisión de adoptar. Y nosotros estábamos igual de emocionados que ellos, compartiéndola y apoyándolos en todo lo que necesitaban.

Quién nos iba a decir que dos de las parejas que formamos iban a salir de la reunión de los ex y la otra, a raíz de la unión de ellas. La vida cambia en cuestión de segundos, todo está en movimiento. A veces nos preguntamos hasta la saciedad por qué nos suceden las cosas, porque en el instante en el que lo hacen no podemos ver más allá de lo que conocemos. Sin saber, que lo que encoge el corazón en algunos instantes y crea un dolor insoportable, solo es un pequeño bache hasta que le encuentras sentido a lo pasado con el presente.

,

—¿Cómo está la mujer más preciosa del mundo? —Me abrazó por la espalda Enzo y sonreí.

—¿A quién te refieres? —Me pegué a él, divertida.

—A la que tiene su trasero encajado en mí y ahora mismo va a terminar lo que acaba de empezar.

¹ Soltamos una carcajada cuando me cogió en brazos poniéndome sobre su hombro, para aprovechar que nos habíamos quedado solos en casa. Y tan bien que lo íbamos a hacer, ya os lo digo hasta apurar al máximo.

Quería seguir sintiendo con la intensidad con la que lo hacía, quería seguir viviendo y descubriendo el camino que habíamos escogido de la mano del amor de mi vida, rodeada de todo lo que lo complementaba para tener la felicidad completa. Una felicidad que atesorábamos a cada instante y la que seguiríamos atesorando, sorteando todo lo que se nos pusiera por delante.

¡l

salía el tema. Pero para que ella empezara a bajar las barreras que no fue fácil porque se encabezonó en no querer saber nada de él, aunque lo estuviera deseando, tuvimos que intervenir todos sus amigos. Una noche en la que quedamos para salir solo las chicas, Anaís, Sofía, Nina y yo, nos encontramos por «casualidad» con los chicos, Mateo, Enzo, Samuel y Pablo. Leerlo con ironía porque de coincidir nada, eso fue más planeado que todas las cosas. No estaban casados ni tenían hijos, pero eran unos felices tíos que habían aumentado la felicidad con la decisión de adoptar. Y nosotros estábamos igual de emocionados que ellos, compartiéndola y apoyándolos en todo lo que necesitaban.

Quién nos iba a decir que dos de las parejas que formamos iban a salir de la reunión de los ex y la otra, a raíz de la unión de ellas. La vida cambia en cuestión de segundos, todo está en movimiento. A veces nos preguntamos hasta la saciedad por qué nos suceden las cosas, porque en el instante en el que lo hacen no podemos ver más allá de lo que conocemos. Sin saber, que lo que encoge el corazón en algunos instantes y crea un dolor insoportable, solo es un pequeño bache hasta que le encuentras sentido a lo pasado con el presente.

—¿Cómo está la mujer más preciosa del mundo? —Me abrazó por la espalda Enzo y sonreí.

—¿A quién te refieres? —Me pegué a él, divertida.

—A la que tiene su trasero encajado en mí y ahora mismo va a terminar lo que acaba de empezar.

Soltamos una carcajada cuando me cogió en brazos poniéndome sobre su hombro, para aprovechar que nos habíamos quedado solos en casa. Y tan bien que lo íbamos a hacer, ya os lo digo hasta apurar al máximo.

Quería seguir sintiendo con la intensidad con la que lo hacía, quería seguir viviendo y descubriendo el camino que habíamos escogido de la mano del amor de mi vida, rodeada de todo lo que lo complementaba para tener la felicidad completa. Una felicidad que atesorábamos a cada instante y la que seguiríamos atesorando, sorteando todo lo que se nos pusiera por delante.

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: [@carlotamanzanoautora](#)

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: [@ChicasTribu](#)